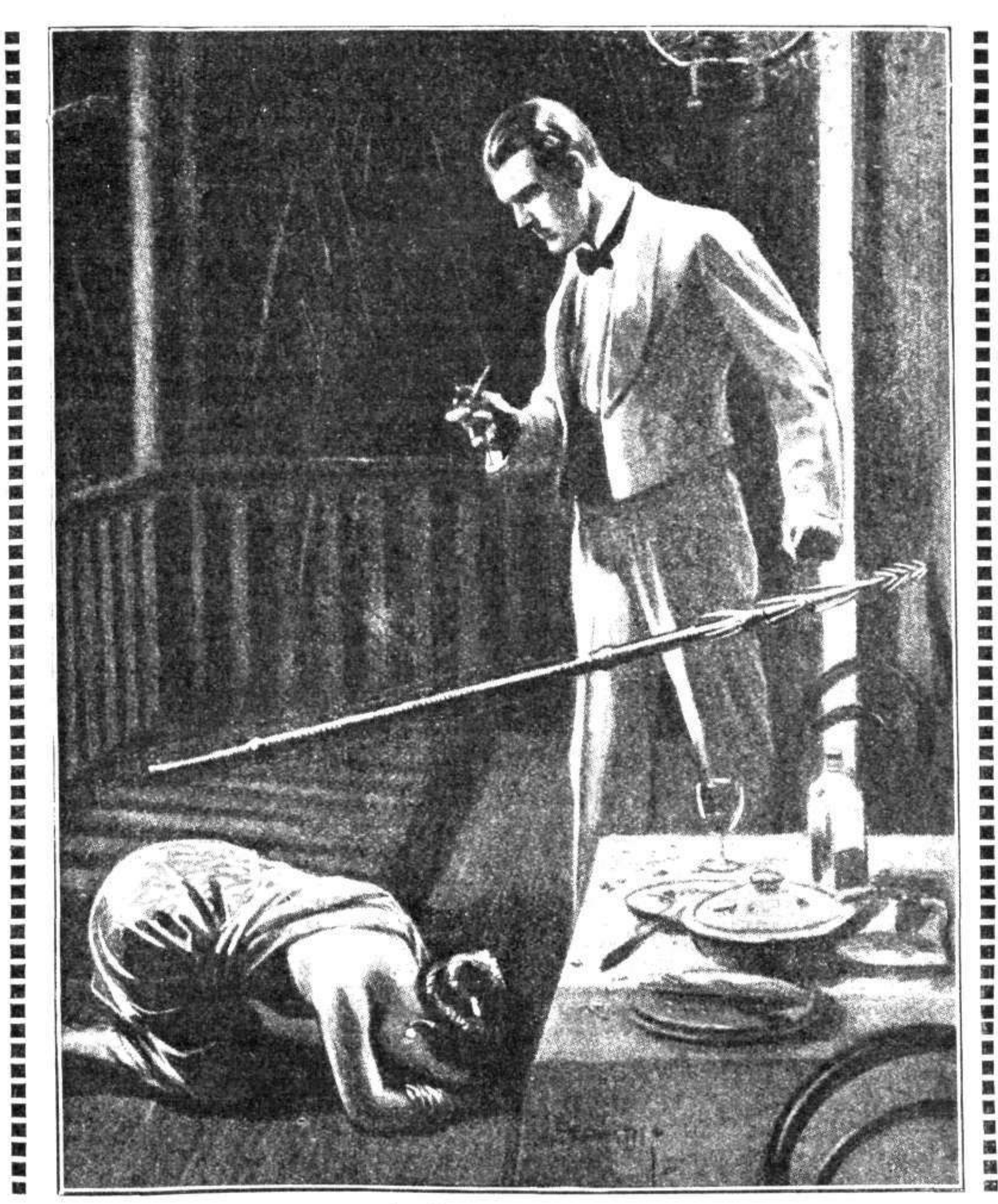
CARAS Y CARETAS



LA VOZ DEL PILOTO: ***¡LARGUEN! ¡LARGUEN!***

Si las manos no quieren aflojar,
¿cómo se va a elevar?



El anillo de ópalo

Por Edmundo Snell

La pesada atmósfera de la noche tropical estaba silenciosa y lánguida. Innumerables bichos formaban una verdadera nube en torno de la lámpara de petróleo que colgaba del techo de la casita de madera de Donald Bowen, inspector del distrito, en Borneo Oriental. El fuer.e viento anunciaba tormenta y empezaban a caer algunas gotas de lluvia.

Bowen cerró el libro que leía y se asomó a la veranda. Luego, dejando la puerta entreabierta, se acercó al aparador y se si[illegible]

No había concluído de beberlo cuando oyó un agudo grito de terror, al mismo tiempo que veía un cuerpo de mujer que se precipitaba a sus pies. En el mismo instante una lanza pasó silbando a su lado, y fué a clavarse en la pared de madera.

Vuelto de su sorpresa, Bowen vió a un hombre parado al lado de afuera de la puerta.

— Adelante, amigo — dijo en el idioma del país.

El hombre vaciló un instante; pero movido quizás por la repentina aparición de un ordenanza al pie de la escalerilla de la veranda, que le cortaba la retirada, avanzó. Era un indígena, vestido al modo de su tribu, alto, grueso, de aspecto más bien insolente.

Bowen se sentó en el borde de la mesa, con una [illegible] balanceaba lentamente.

La mujer, una muchacha, se había refugiado detrás de él, al otro lado de la mesa, y miraba la escena con ojos asustados.

— ¿Y quién es usted — preguntó Bowen enérgicamente — para meterse de noche en la casa del *Tuan-Hakim* y querer matarlo?

El indígena, perdida en parte su altanería al darse cuenta de la actitud enérgica del inspector, empezó a balbucear:

— Yo soy un Murut, Tuan, y no quería matar al Tuan-Hakim, que es bueno, sino a la muchacha, que es mala.

Bowen, que había sacado la lanza de la pared y la estudiaba atentamente, preguntó:

— ¿Y desde cuándo los Murutes salen armados de lanza a matar mujeres?

— Soy el hijo del jefe y por eso llevo lanza, y también espada. Como puedes ver, la espada está atada a la vaina, y la lanza es para pescar.

Bowen hizo un movimiento lento con la cabeza.

— Nadie busca pesca en la casa de un blanco — dijo con marcada intención.

— Esa mujer es muy mala — protestó el Murut, saliéndose por la tangente. — Estaba rabioso cuando le tiré la lanza, sin pensar en nada, porque me ha hechizado y no podía ver. Además está lloviendo — agregó, sacando la negra mano al aire, como para tomar de testigos a los elementos.

Bowen miró a la muchacha, sentada en el suelo, y le pareció que la había visto en alguna parte. Tenía la piel obscura, pero sus facciones eran finas y regulares. Bowen observó que en un dedo llevaba un anillo de oro con una sola piedra.

— ¿Quién es usted? — le preguntó.

— Zarami — contestó la muchacha, con voz suave, de entonación musical.

— Este hombre dice que es usted mala, muy mala.

— Es mentira — replicó Zarami, tranquilamente. — El sí que es un ladrón, hijo de ladrones.

Bowen se volvió al hombre y le dijo:

— ¿Dices que esta muchacha te ha hechizado?

— Sí, Tuan. Estábamos pescando a la orilla de las aguas negras, cuando de repente me volví y la vi a mi lado, con su canasto casi lleno de pescado. Desde ese momento no pude pescar más. Al verme se sonrió, y oí como un chillido de rata.

— ¿No la habías visto nunca antes? — preguntó el inspector.

El indígena negó enérgicamente con un movimiento de cabeza, y contó cómo la muchacha le había hecho perder el poco pescado que tenía antes de verla. Además, como corría como un ciervo no había podido alcanzarla sino cuando, ya de noche, había llegado a la casa del inspector. Al verla refugiarse allí le tiró la lanza, sin pensar a causa del hechizo.

— Bueno — dijo Bowen, cuando el indígena concluyó de hablar. — Porque te creo lo que dices, te dejo marchar en libertad; pero te prevengo que es una cosa seria arrojar aunque sea una caña de pescar a la casa de un blanco. Si no hubieras estado hechizado no lo habrías hecho, ¿verdad?

El indígena asintió con un ademán.

— Tú te vas — agregó Bowen, — pero esta mujer se queda aquí para que yo vea cómo es su poder diabólico.

El Murut salió y Bowen quedó solo con la muchacha. Ya tranquila, exclamó:

— Yo no tengo el diablo en el cuerpo.

— No estoy del todo seguro — dijo el inspector, ofreciéndole una silla. Encendió luego un cigarrillo y de pie delante de ella la contempló con curiosidad. Sus miradas dieron con el anillo y vió que la piedra era un ópalo.

— ¿De quién eres? — le preguntó.

— De nadie, Tuan.

Bowen cambió la pregunta:

— ¿De quién has sido?

— Del *Tuan-Besar* Faulkner.

— ¿Entonces fué él quién te dió el anillo?

La muchacha asintió con la cabeza.

— Me lo dió cuando supo que la señora blanca venía por el mar... Puede ser que el diablo esté en el anillo, porque me dijo que siempre le había llevado desgracias... El Murut me lo quería robar.

Bowen sonrió.

— Y después — dijo — vino la mujer blanca, lo que fué una desgracia para usted.

La muchacha se encogió de hombros, se arregló un poco las ropas, que dejaban adivinar las bellas líneas de su cuerpo, y dijo:

— Yo regresé al Kampon, y escondí el dinero que me dió, guardado en una caja, en el campo. Mi padre estaba furioso porque no lo podía encontrar, y me mandó a trabajar a otra parte.

Bowen le tomó la mano del anillo.

— Déjame verlo — le dijo.

La muchacha se lo sacó y se lo pasó. Era un anillo de hombre, grueso y pesado, y en la parte interior tenía grabadas unas letras, *R. F. de J.*, y una fecha.

Bowen le devolvió el anillo, y sin saber por qué, se acordó de la joven y fresca esposa de Ricardo Faulkner, a quien había visto dos veces en bailes dados por el gobernador. La muchacha se levantó para irse.

— Mira — le dijo Bowen, muy seriamente. — Ahora te has escapado en un pelo, y debes fijarte en lo que haces. Tienes que escoger entre trabajar en casa de un blanco, o...

— Si fuese a tener un nuevo patrón blanco — le interrumpió Zarami — me gustaría que fuese como usted.

— Nada de eso, Zarami — exclamó Bowen riendo; pero viendo la impresión de desengaño que sus palabras le hicieron, agregó, para consolarla: — Si alguna vez resuelvo tener una sirvienta del país, te prometo que te llamaré.

— Usted ha hecho mucho por mí esta noche — repuso Zarami, ya en el umbral — y hay cosas que a una le hacen y que una no puede olvidar.

Sus miradas se encontraron y Bowen sintió como un suave rozamiento del ala del deseo en su corazón.

— No olvidaré — repitió Zarami; y salió.

Bowen vió desvanecerse en la obscuridad su sombra, ondulante y graciosa.

— Por mi parte — pensó — creo que los olvidaré pronto a los dos. El bárbaro Murut no dejaba de tener razón, por lo demás... Como que casi logró hechizarme a mí también; pero...

La extraña significación de ese *pero*, Bowen no la advirtió. Sin embargo, si se hubiera dado cuenta de ello, habría confiado una vez más en la firmeza de sus resoluciones, en su innato sentido de la conveniencia o inconveniencia de las cosas, en su soberbio dominio sobre sí mismo y sobre sus deseos, condiciones esenciales de su carácter, que permanecían de ordinario escondidas bajo modales amables, para ponerse en evidencia solamente cuando eran requeridos sus servicios

II

El chalet del gerente Ricardo Faulkner, bien construído pero algo pretencioso, alzaba sus blancas paredes en la cima de una colina baja, y estaba rodeado por un jardín atravesado por un caminillo que llevaba de la llanura a la puerta del chalet.

Más o menos un mes después de la escena que acabamos de relatar la esposa de Ricardo, Juana, de regreso de un paseo a caballo, entregó las riendas

al chino encargado de cuidar el jardín, y se dirigió resueltamente a la habitación en que se hallaba su marido.

—¿Muy ocupado? — le preguntó.

— Sí — contestó su marido. — Siempre estoy hasta el pescuezo de trabajo. ¿Has salido a caballo?

Juana hizo un signo afirmativo con la cabeza y le mostró el látigo que aun conservaba en la mano. De pronto, lo miró fijamente y le dijo:

— Oye, Ricardo; tengo algo que hablar contigo ahora. Me tienes preocupada hace tiempo. ¿Podemos hablar?

Faulkner apretó los labios.

— ¿Es de veras tan urgente? Tengo mucho que hacer todavía.

Juana se acercó unos pasos a la silla en que estaba sentado Ricardo.

— ¿Quieres darme un cigarrillo?— le dijo. — ¿Y quieres, además, ser un poco amable conmigo?... Debes saber, Ricardo, que a veces creo que no soy absolutamente tu esposa. ¿Te has fijado que no estamos mucho tiempo juntos?

Ricardo pasó a su esposa un cigarrillo encendido, arrojó el fósforo por la ventana y clavó en ella una mirada inquisidora.

— Antes que sigas adelante — dijo — debo recordarte que cuando me escribiste que querías venir, te previne que Borneo no es país adecuado para una mujer como tú.

— NUNCA LLEVAS ESE ANILLO—DIJO JUANA A SU MARIDO, VOLVIÉNDOSE PARA MIRARLO.

— ¿A qué hora te recogiste anoche? — preguntó fríamente Juana.

— Era tarde.... Me entretuve con un amigo a quien veo sólo de vez en cuando.—Ricardo hablaba con tranquilidad; pero en su sonrisa y en el tono de su voz había algo que no le gustaba a su mujer, que continuó:

— Es posible que yo tenga sobre el matrimonio ideas pasadas de moda; pero creo que el puesto de una mujer es al lado de su marido. Además, los diarios daban noticias que me movieron a venir aquí.

— ¿Qué noticias? — preguntó Faulkner, procurando aparecer interesado.

— Alzamiento de los indígenas; asesinatos de los blancos; incendios de sus casas...

— Los diarios son muy inclinados a exagerar.

— Lo sé; pero yo no quería que estuvieses solo cuando corrías algún peligro. Por otra parte, tenía la vaga intuición de que las cosas no andaban como debían. Por eso resolví venir... Y me encuentro con que tú no tienes tiempo sino para trabajar y yo no tengo nada que hacer...

Juana sintió que la voz se le ahogaba en la garganta y calló, clavando los ojos en el suelo.

— Tienes el mejor chalet del país — argumentó Ricardo.

Juana movió la cabeza tristemente.

— Una especie de sepulcro blanqueado — repuso — sin un alma con quien hablar ni un libro ni un diario que no haya leído ya veinte veces de punta a cabo... Tú tienes fama de buen organizador, ¿no podrías organizar las cosas en forma mejor para mí?... ¿No podrías fijar una hora y un día para estar conmigo?

Ricardo se agitó, como fastidiado, en su silla.

— Dame hasta fines del mes — dijo, procurando transigir. — Entonces veré lo que pueda hacerse...

Juana hizo un ademán de angustia que no concluyó, y agregó:

— Tú nunca lo reconocerás; pero yo siento, me lo dice el corazón, que tú estás, en el fondo, fastidiado porque he venido.

— Vaya, Juana. Parece que estuvieses algo afiebrada.

— Sí, Ricardo; pero no con la fiebre que tú te imaginas... Es una enfermedad constante... Una ansiedad horrible por algo que debo tener y que nunca he tenido... Y al verme tan sola, mi mal empeora... Me deprime...

Ricardo hizo un movimiento de desesperación con los brazos. Su mujer estaba presentándosele por un aspecto que nunca le había conocido, y empezó a tener algo así como miedo.

— ¡Vamos! — le dijo amablemente, — mandaré al empleado a que compre algunos libros. Pero ahora, déjame concluir este informe para que alcance el correo.

Juana se dirigió hacia la puerta y se detuvo en el umbral:

— Nunca llevas ese anillo ahora — le dijo a su marido, volviéndose para mirarlo.

Faulkner se alarmó.

— ¿Qué anillo?

— El de ópalo que te di, cuando estábamos de novios.

Ricardo se pasó la mano por la frente.

— Me parecía que no me dejaba trabajar — explicó lentamente. — Ahora empleo las manos más que antes.

— Tal vez soy demasiado sentimental — agregó Juana; — pero me gustaría que te lo pusieras alguna vez. Puede que fuese para bien.

Y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Ricardo tomó de nuevo la pluma; pero por alguna razón extraña ya no tenía deseo de trabajar. Miró un momento para afuera; pero de pronto se encogió violentamente de hombros y exclamó:

— ¡El diablo los confunda a todos!—y acercándose a su escritorio abrió uno de sus libros comerciales.

III

Desde el fondo de su sillón de mimbre, lleno de suaves almohadones, Juana veía ponerse el sol. La noche tendió su velo sobre el mundo, reemplazando rápidamente al corto crepúsculo tropical.

De pronto, allá lejos, se encendió una lucecita como un faro.

— ¿Qué luz es esa? — le preguntó al muchacho que preparaba las lámparas.

— La casa del inspector del distrito.

— ¿El señor Bowen?

— Sí, señora.

Juana volvió a hundirse en los almohadones, las mejillas ardientes.

Media hora después su marido, después de beber unas copas de whisky en el comedor, salió a la veranda, y empezó a pasearse rápidamente, la cabeza inclinada, la frente surcada de arrugas. Como la espalda de su sillón la ocultaba a sus ojos, no vió a Juana. Sólo se dió cuenta de su presencia cuando ésta hizo un movimiento y los mimbres del sillón crujieron.

— ¡Hola! — exclamó Ricardo, acercándose a Juana. — ¿No vas a vestirte para la comida?

— No sé si tú te quedarás a comer.

Ricardo no contestó una palabra y entró en la casa; Juana comprendió que se había perdido una oportunidad para la reconciliación, y corrió tras de su marido. Llamó dos veces a la puerta de su cuarto, y como no recibiese contestación, la abrió: el cuarto estaba vacío...

Volvió a la veranda, y a la escasa luz de la noche vió a su marido que bajaba rápidamente la colina, después de haber atravesado el jardín. Iba sin sombrero, y llevaba en la mano un farol.

Y Juana, sin saber por qué, lo siguió. Estaba segura de una cosa: que su marido había salido de la casa sin decirle nada, mientras ella creía, y él debía suponerlo, que había ido a su cuarto.

Juana seguía a su esposo llena de inquietante curiosidad, temerosa de lo peor. Cuando Ricardo llegó a un sitio muy obscuro, entre los árboles, encendió el farol, cuya pequeña luz aparecía y desaparecía en medio del bosque.

En cierto punto, Ricardo empezó a mover el farol, como si estuviese haciendo señales a alguien. Luego lo puso en el suelo, y sentándose en un tronco, procedió a prender su pipa. Juana avanzó unos cuantos pasos en la obscuridad y distinguió de pronto la figura de una muchacha indígena que se dirigía hacia Ricardo. Marchaba muy erguida, llevando una lanza en la mano derecha, y la izquierda apoyada en la cadera.

— ¿El *Tuan-Besar* me ha llamado? — preguntó la muchacha, en malayo.

— Sí, Zarami, te he llamado.

La muchacha se rió y agregó:

— Sin embargo, sólo anoche...

— Si anoche hubiera sabido lo que sé ahora, habría hablado anoche. Zarami, devuélveme el anillo.

La muchacha retrocedió alarmada.

— ¿El anillo que me dió el día que supo que llegaba su esposa blanca?

Ricardo se puso de pie y se acercó a Zarami.

— Mira, Zarami — le dijo, — no puedo perder el tiempo. Te pagaré por él lo que quieras, siempre que sea una suma razonable; pero necesito tenerlo.

— ¿Lo quiere para su esposa blanca? — preguntó la muchacha.

Faulkner vaciló.

— Sí — contestó después de un momento. — Sí; es preciso que lo sepas, lo quiero para ella.

Los obscuros ojos de la muchacha echaron chispas.

— Yo no soy como otras muchachas — exclamó. — Yo lo habría muerto a usted cuando me despidió si no hubiera creído que usted no quería que me fuese.

Zarami alzó las manos como en un movimiento de protesta, y a la luz del farol que Ricardo había levantado del suelo hasta la altura de su cabeza, Juana divisó el anillo que su marido había dejado de llevar porque ahora tenía que trabajar con las manos más que antes.

Se quedó mirando el ópalo como hipnotizada, y sintió frío en el corazón...

Faulkner, en un arrebato de ira, tomó a la muchacha por un brazo, como para quitarle el anillo por la fuerza; pero Zarami, dando un grito salvaje, lo amenazó con la lanza, lista para herirlo. Ricardo la soltó y retrocedió unos pasos. Zarami aprovechó ese instante y ligera como un cierva corrió en dirección al mar, riendo a carcajadas.

— ¡Te voy a matar! ¡Te voy a matar! — le gritó Ricardo varias veces.

A poco, empezó a deshacer el camino andado, y pasó al lado del sitio en donde Juana, sentada en el suelo, la cara entre las manos, ahogaba amargamente sus sollozos.

Del chalet llegaban a sus oídos las duras, secas notas del gong que llamaba a la comida, y que repercutían en su alma como el toque a muerto de sus pasadas esperanzas.

IV

— ¡Señora Faulkner!

Y Donald Bowen se puso rápidamente de pie, tirando sobre la mesa las cartas con que se entretenía haciendo un solitario.

Juana se detuvo un momento, vacilante en el umbral; pero luego avanzó resueltamente y se dejó caer en una de las sillas de mimbre.

— ¿Qué pasa? — preguntó Bowen con ansiedad. — ¿Está usted enferma?

— Estoy muy enferma y anonadada — contestó Juana, sobresaltada. — No sé por qué he venido a verle a usted. Supongo que porque usted me parece el único blanco decente que he encontrado aquí. En el baile del gobernador, mi marido me abandonó por irse al comedor a beber y usted bailó conmigo. ¿Se acuerda usted?

En el cerebro de Bowen todo bailaba.

— Sí recuerdo — contestó, y con mayor ardor que él mismo había pensado para no descubrirse. — Esa es una de las cosas que un hombre nunca olvida.

Juana le miró fijamente, sus labios temblaron levemente y las mejillas se le encendieron. Luego empezó a hablar con rapidez, las manos cruzadas sobre una rodilla.

— Hubo un tiempo en que yo me hacía la ilusión de que no había otro hombre como él, y entonces fué cuando regalé a mi marido un anillo con un ópalo. Para mí era el más sagrado de los símbolos. Estábamos en una situación muy difícil y yo escogí el ópalo precisamente porque mucha gente cree que trae mala suerte. Le dí el significado de un desafío heroico a la vida, con la esperanza de que nuestro cariño mutuo concluiría por triunfar de todos los obstáculos que encontrábamos a nuestro paso. ¿Comprende usted?

— Perfectamente — respondió Bowen. — Tenga usted la bondad de seguir.

Juana comprendió toda la simpatía que escondía el tono sereno de Bowen y se lo agradeció con una mirada. En seguida continuó:

— Esta tarde le pregunté dónde estaba el anillo. Me hizo creer que todavía lo tenía, pero hace poco, por una casualidad, descubrí que se lo había dado a una muchacha negra. Le oí perfectamente cuando le ofrecía comprárselo por lo que quisiera... Yo lo habría perdonado todo, menos eso...

La mirada de Bowen se perdió vagamente en la obscuridad de afuera.

— El onceno mandamiento — murmuró, como si hablase consigo mismo.

— Me alegro de haberlo encontrado — siguió

diciendo Juana — porque, sencillamente, no puedo volver a su casa y no tengo un amigo verdadero en toda Borneo *¿Qué puedo hacer en el mundo?*

Bowen tuvo en la punta de la lengua una solución; pero el mero temor de ofenderla lo hizo callar. Le pareció que sería como proponer a una viuda asistir al funeral de su marido.

Se acercó a ella y durante unos instantes contempló embebecido su admirable belleza...

De pronto oyó ruido, y Faulkner apareció en el umbral de la puerta:

— ¿Conque esas teníamos? — preguntó el marido de Juana, con tono al mismo tiempo burlón y amenazante.

Jauna se irguió altivamente en su asiento.

— ¿Has encontrado ya el anillo de ópalo? — preguntó.

Ricardo nada contestó.

— El anillo que le diste a Zarami, — siguió Juana, ya con tono de menosprecio. — Supongo que también habrás tratado con ella del modo de que te deje libre siquiera una hora al día, para dedicarla a tu mujer... ¿Crees que, después de eso, una mujer decente puede volver a tu casa?

Bowen, que se había retirado al otro lado de la mesa y oía con los brazos cruzados sobre el pecho, se sentía incómodo; pero al propio tiempo se alegraba de que la llegada del marido de Juana hubiese dado a las cosas otro giro.

Faulkner perdía la calma. Lo había comprendido todo y se apretaba las manos hasta clavarse las uñas en las palmas.

— Usted... — empezó a decir; pero una mirada de Bowen lo hizo callar.

— Si quiere usted seguir mi consejo — le dijo Bowen, — siéntese y hable. Este es un asunto desagradable para todos los interesados.

— Será algo más desagradable todavía antes de que usted haya dejado de tener algo que ver en él — exclamó Faulkner. — Cuando se trata de mi esposa, nadie me ofende impunemente.

— Me agrada que lleves la cuestión a ese terreno — replicó Juana fríamente. — Ahora es deliciosamente comprensible. No creo que ni a Mr. Bowen ni a mí nos molestes mucho lo que hagas. Después de lo que he oído esta noche en el bosque, te creo capaz de todo.

Bowen fué a colocarse detrás de Juana.

Ricardo apretó en el bolsillo la culata de su pistola automática.

— Contigo me entenderé después — le dijo a Juana. — Ahora tengo otro asunto que arreglar.

Y salió.

— Está bebido — dijo Juana.

— Está lleno de whisky.

LEVANTÓ SU PISTOLA AUTOMÁTICA Y APUNTÓ A BOWEN.

— Voy a seguirlo — repuso Bowen. — Seguramente quiere matar a la muchacha.

Juana quiso detenerlo.

— Usted no irá solo — le dijo después, cuando se convenció de que sus esfuerzos eran inútiles. — Yo iré con usted... En todo caso, no puedo quedarme aquí... Puede venir a buscarme...

— Me buscará a mí — replicó Bowen con rabia. Sacó su pistola de un cajón y la examinó cuidadosamente. — Me parece que esta noche va a pasar algo — agregó. — Vamos allá.

Salieron juntos y llegaron a una parte de la playa en que las aguas del mar cubrían y descubrían alternativamente la suave arena.

En la obscuridad se divisaban algunas sombras que vagaban de un lado a otro, algunas de ellas un poco adentro del mar. De pronto, una de esas sombras se acercó a Bowen. Era un pescador indígena.

— *Tuan* — grito, — el gerente se ha vuelto loco, loco, loco...

Y señalaba con la mano hacia el mar.

Bowen lo tomó de un brazo.

— Tú te quedarás aquí — le dijo, — y cuida a la mujer blanca hasta que yo vuelva. Si le pasa algo malo...

Dejando las consecuencias de semejante eventualidad a la imaginación del indígena, Bowen se metió al agua y avanzó en la dirección en que en ese mismo instante se sintió un disparo.

Siguió algunos metros y divisó el saco blanco de Faulkner, y a unos diez pasos de distancia una sombra que supuso era Zarami. Se acercó con toda la rapidez que le permitían las olas, cuyas resistencia maldecía como si sus maldiciones pudieran tener efecto sobre ellas.

La muchacha se zabulló y Bowen la llamó en voz alta. Luego gritó:

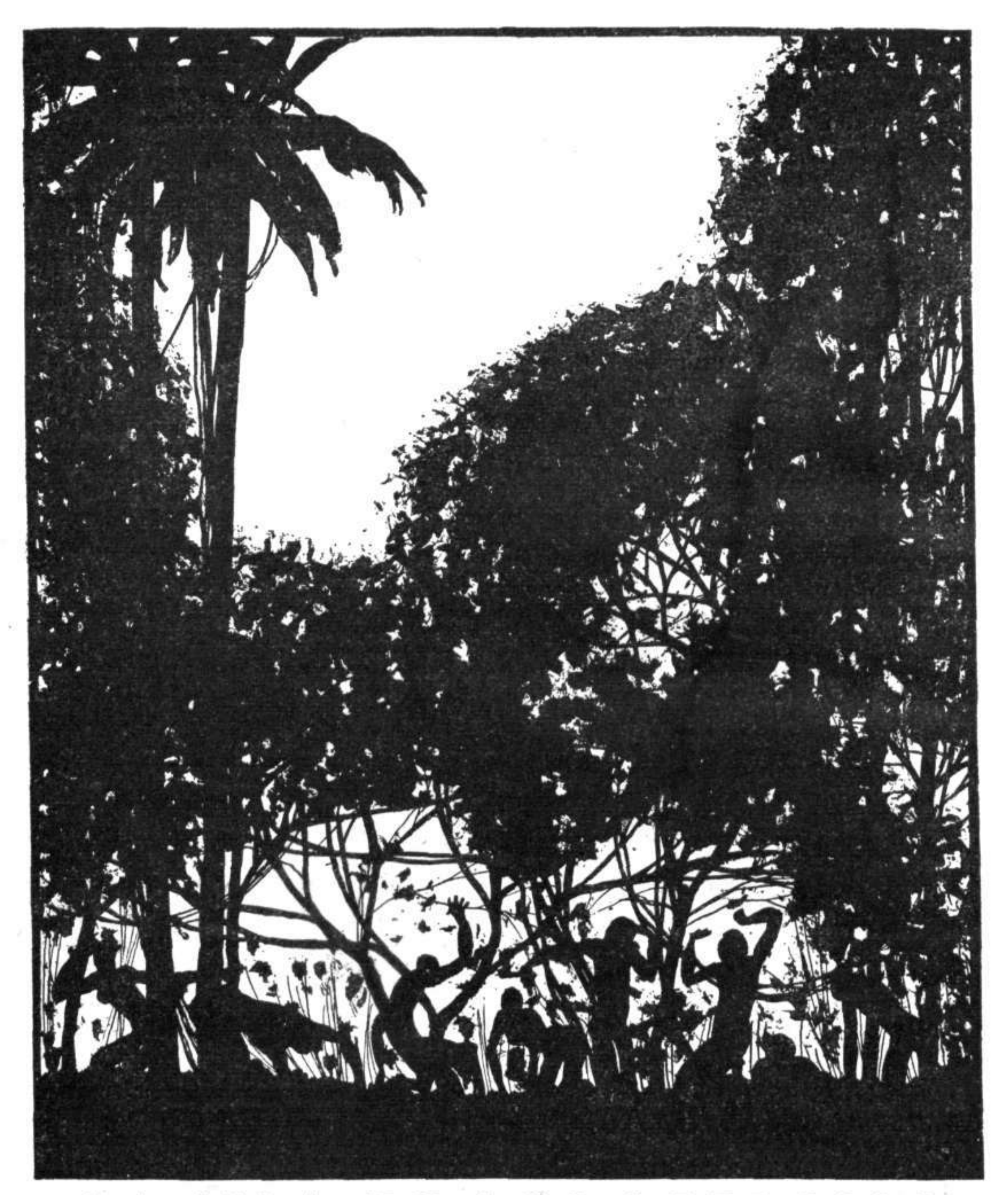
— ¡Faulkner! ¿Me oye usted, pedazo de loco? ¡Este es un juego peligroso!

La alta silueta de Faulkner se volvió lentamente y Bowen notó que el aire de la noche había tenido un efecto contrario al que había esperado. Faulkner se hallaba en aquel estado que los médicos alienistas llaman de insanía temporal. Levantó su pistola automática y apuntó a Bowen.

Pero en ese preciso momento Zarami salió a la superficie del agua, y apareció sobre las olas como un ángel vengador... Sin vacilar levantó la mano con que tenía asida su lanza de pescar, y la lanzó con toda su fuerza contra Faulkner...

El marido de Juana recibió el terrible golpe en el pecho, y cayó sin vida, con un ruido de agua que se chapotea, mientras Zarami se sacaba del dedo algo que relució a los rayos nacientes de la luna, y lo arrojaba lejos, en el mar...

F I N



LA ISLA DE LOS LEPROSOS

— ... ¡los que no tienen arrestos que cumplir, prontos para bajar a tierra!

El clarín sonó una vez más sobre el puente del «Iraouddy». Los clases repitieron la orden y una treintena de soldados de la infantería colonial desfilaron, rectificando la posición, correctos, inmaculados bajo el dolman blanco con botones de cobre y el casco blanco con un ancla incrustada, insignia de su regimiento. Frente a nosotros, negra bajo el sol que levantábase tras de ella, estaba la isla de Zanzíbar, escala de los barcos franceses que van a Tamatave.

El viento fresco de la mañana soplaba del este, transportando hasta el navío el perfume de la tierra — mil olores mezclados que se definían apenas, — el de la marea bajante que deja en seco los moluscos abiertos, los peces muertos, las ostras que se abren y respiran; el perfume de los naranjos, de los tamarindos, de los limoneros, amargo y sensual; el perfume de la pimienta que quema las narices, seca la garganta, sube a la cabeza, olores nauseabundos, olores deliciosos, y que todos reunidos hacen saltar el corazón, porque ellos anuncian el elemento del hombre, la tierra inconmovible y nutritiva, donde hay casas, árboles y mujeres.

Y como iba a descender en una de las canoas de a bordo, busqué a Barnavaux, mi amigo Barnavaux, tres veces sargento, dos veces degradado por indisciplina y la tercera vez, por indignidad. Barnavaux, que ha visto tanto el mundo que no

mira ya, y tan sabio que duerme cuando no tiene la absoluta obligación de hacer algo, siempre que no beba. Barnavaux que lo sabe todo, Barnabaux que no será nunca nada más que un soldado y a quien yo quiero como no querré a nadie jamás, ya que todo lo que se siente, se ve o se toca, todo lo que acontece y todo lo que se sueña, puede explicarlo como no podremos traducirlo nunca, con palabras que son sólo suyas. Barnavaux no tiene historia porque es un soldado. Un soldado sólo tiene «historias». Nació un día, morirá otro. He ahí todo. Las cosas que hace no tienen continuidad para él y no tienen otra unidad que en la unidad de la obra de la cual es el útil inconsciente. ¿Habréis visto jamás un gran pájaro, águila o chajá, elevarse de pronto sobre la superficie de un lago y luego desaparecer? Sólo ha quedado un instante ante vuestros ojos; sin embargo, todas las veces que la memoria evoque aquellas aguas tranquilas, esos montes inmóviles, la memoria evocará al pájaro con ellas. Con Barnavaux pasa lo mismo y pensad también en el «testigo» que los pintores colocan al pie del monumento cuando lo pintan. Es pequeñito, pero da la medida, y el monumento no sería nada sin él.

——

Barnavaux estaba sentado sobre un montón de cuerdas, cerca de la proa, un pie descalzo, el otro dentro de una alpargata y su camiseta de red abierta sobre el pecho mostrando la carne morena. Llevaba un casco para protegerse del sol, pero un casco «número dos», un monumento triste, caído a menos, sobre el cual sus dedos habían dejado rastros y que no recordaba haber conocido la caricia de la tiza.

— ¿Barnavaux — le dije, — estás arrestado?

Me miró melancólico, y repuso:

— No. No estoy castigado; pero no quiero ir a Zanzíbar.

Veíase la rada, las moles de madera y de hierro, el gran palacio del sultán (que los ingleses han quemado después para enseñarle a ese soberano que los deberes de un príncipe protegido son los de no ocuparse del gobierno). A la derecha comenzaban en seguida los jardines. Hasta el mar llegaban y más lejos estaba la campiña con sus baobabs de troncos, hechos como remolachas gigantescas en las cuales un niño se hubiera entretenido en plantarle las ramas. El baobab es un árbol negro, grueso, estúpido, ventrudo como un negro rico. Los sonidos sordos de un piano mecánico llegaban hasta nosotros: heroicos, sentimentales o voluptuosos. Todo por diez centésimos, anunciando los cafés, las mujeres, las grandes alegrías salvajes e ingenuas de los hombres retenidos largo tiempo entre las murallas de acero de los navíos a quienes se les daba libertad sólo por unas horas.

— No es posible, Barnavaux, que no bajes. ¡Acompáñame!

— No — respondió. — Lo conozco. Gracias.

Y continuó:

— Sí... se bebe... se baila... He visto todo eso hace años... y nunca se termina bien.

Los recuerdos lo embargaban. Por la primera vez de su vida me dí cuenta que tenía horror de hacerlos revivir, de hablar de ellos.

— Barnavaux — le dije, — no descenderé si tú no bajas... Me quedaré para que me cuentes...

——

Comenzó con dificultad... preocupado. No lo había visto nunca así.

— ... Era Ranaivo y una chiquilla Chetty.

Y se interrumpió bruscamente.

— No... no es eso. ¿Sabe usted lo que es la lepra?

— ¿La lepra?

— Sí. Usted no lo sabe. Usted sabe que existía efectivamente, hace tiempo, hace mucho tiempo y que hoy ya no hay más. Pero se equivoca. ¡No hay más leprosos en Francia, pero el Africa está llena, y la Oceanía y el Asia! Y cuando los europeos vuelven a estos países donde nos hallamos, la lepra se echa sobre ellos como sobre los otros. No es nada al comienzo. Apenas si se apercibe que estamos infectados: algunas manchitas rojas en la palma de la mano, luego una seña casi invisible que recuerda el dibujo de una hoja de cedro, y después las placas, y bajo de ellas, no sé qué que roe las articulaciones de los brazos, de las rodillas, de los dedos. Las placas avanzan a la cabeza, luego a la frente, al rostro que se hincha y se arruga a la vez. La boca se cambia en una trompa, las orejas se separan y los hombres y las mujeres parecen leones. Se parecen a los leones, le aseguro, y tienen algo de magnífico, de majestuoso y de feroz. Es que van a morir.

Mueren horriblemente, por pedazos. Primero los dedos que caen, las junturas del codo y de la rótula, luego el resto. ¡Lo poco que se entierra de un leproso! Es la más vieja enfermedad del mundo, la sola que cubre toda la tierra. Los europeos tienen el cáncer y la tuberculosis, que aquí no se conocen. En América tienen la fiebre amarilla, que nosotros no tenemos, y los negros mueren de la enfermedad del sueño. La lepra ha estado en todas partes, como si hubiera sido transpotada por las primeras familias de los hombres en la época de que habla la Biblia cuando se fueron de Babel.

— ¿Barnavaux — pregunté sorprendido, — qué te da semejante miedo?

— No sé — replicó, sorprendido de él mismo. Me parece que debe ser así.

Y mientras soñaba un poco, volví a ver en mí mismo las migraciones primitivas cuando los hombres sólo tenían armas de piedra y sobre la inmensidad de los espacios establecían sus primeras colonias, llevando con ellos esta lepra de la cual se encuentra por todas partes el rastro imborrable, hasta sobre las viejas osamentas de los más viejos sepulcros; luego evolucionando en razas distintas, donde aparecieron pestes diferentes, y ahora que los grandes navíos mezclan todas las razas, la combinación de todas esas pestes y el retorno sobre nosotros mismos de la más antigua de todas y ya casi olvidada.

— Hace diez años — continuó Barnavaux — yo era soldado y me enviaron a Zanzíbar para recibir una partida de mulas que debían reexpedirse sobre la costa malgache para la expedición de Tananariva. Se divierte uno en Zanzíbar. Es necesario divertirse, sobre todo que uno se detiene allí, antes de morir. Morir en las trincheras del ferrocarril que los ingleses construyen en Ouganda, morir en las minas del Transvaal, en las posesiones alemanas donde sólo hay fiebres, hipopótamos y oficiales alemanes, muy nobles y muy ebrios, morir en Madagascar.

Entonces, para no pensar en nada, ahí están los cafés, donde se bebe.

Usted no lo conoció a Ranaivo y no lo conocerá tampoco jamás. La causa se la diré dentro de poco, aunque es posible que todavía no haya muerto. ¡Buen muchacho! Su madre era una malgache, su padre un medio blanco o un cuarto de negro de la isla Mauricio, probablemente, pero nadie ha sabido la verdad. Ni él mismo. Ganaba su vida casándose con las hijas de los jefes de tribu en medio de la selva de Madagascar y del Mozambique. Es un buen oficio cuan-

do se tiene mercadería. Le deja una parte de esta mercadería al suegro, que se encarga de verderla, se va a otro país a casarse con una otra hija de jefe de tribu y a hacer la misma operación, y cuando uno se ha casado una docena de veces así, se puede liquidar, al cabo de diez años, las tiendas, las esposas y los suegros. Se está rico y no se ha pasado tan mal. Creo que fué en el ejercicio de su comercio que tomó el hábito de ser poco respetuoso con las mujeres. Era audaz... mucho más que yo. Vivía, en ese entonces, en la calle de los Mercaderes de Plata, una chiquilla, Chetty, bella como lo son las hindúes, y aun mucho más porque tenía sangre portuguesa. A causa de eso se llamaba Da Silva, como una gran señora. No era ni mejor ni peor que las otras, pero era más orgullosa, a causa de su sangre blanca, y Ranaivo no le agradaba. Son cosas que suceden y lo mejor, en esos casos, es no insistir. Yo creo que una noche Ranaivo insistió.

Hice un signo como que comprendía.

— Y jamás — continuó Barnavaux — he visto cachetada como aquella que recibió Ranaivo. No hay que creer que una cachetada en Zanzíbar es como una cachetada en París, entre gente decente, es decir, una tontera: hay la dignidad del blanco. Ranaivo fué considerado como un hombre blanco y de ahí por qué la señorita Chetty fué condenada por la justicia inglesa a pagar cinco libras esterlinas a menos que no quisiera purgar un mes de prisión.

La veo aún resistiéndose a pagar la multa, porque ella no la debía, ya que sólo se había defendido y vengado. Veo sus espaldas redondas, su traje oval, de reflejos violetas bajo las flores de oro, y la línea de sus caderas, una débil raya de cobre sobre la falda, y todo éste ser viviente tembloroso bajo el insulto. No olvidaré nunca sus ojos. Le dije a Ranaivo:

— ¿Mi amigo, si tú te fueras lejos?

— ¿Adónde?... ¿Y por qué?...

— A donde quieras. A casa de tus esposas en Madagascar o en el Mozambique. Pero no te quedes aquí. Preveo que este asunto no termina así no más.

Alzó, por toda respuesta, los hombros.

Cuando Chetty volvió a ocupar su sitio en el café donde servía, un mes después, creí haberme engañado a juzgar por su aire de tranquilidad. Hacía como que no veía a Ranaivo. Y fuimos aún mucho más sorprendidos cuando ella se casó legítimamente, algunos días después de salir de la prisión, con un agente de policía secreta contra los leprosos.

— ¿Qué es eso?

— Una invención de los ingleses.

¿Cree usted, que podría vivirse si se supiese que la lepra está al lado nuestro, la lepra que pasa invisible y que se le puede contagiar en un apretón de manos, en el pasamanos de la escalera, en el objeto que se toca, en el vaso en que se bebe? No es cuando ya marcados y que pierden sus miembros, cuando se ven esas sus caras de leones que los leprosos son un peligro. Se les puede huir, porque se les reconoce. Pero al comienzo, cuando sólo tienen las pequeñas manchas rosas o esas placas imperceptibles, cuando no lo saben ni ellos mismos... ¿comprende usted? Pues bien, hay gente que la reconoce. Tienen el ojo hecho. Los ingleses los nombran agentes de policía secreta contra los leprosos. Van por todas partes, se detienen en los mercados, entran en las tiendas, conversan con uno delante de los mostradores, en las casas de te. ¡Buscan su mercadería!

Por su denuncia, los blancos, los verdaderos blancos, tienen el recurso de pedir un certificado médico y su embarque para Europa. Pero los indígenas y los mestizos... Hay una isla para los indígenas y los mestizos leprosos, en las islas Seychelles. Un barco de policía los lleva allá y no se les ve más. ¿Comprende usted ahora?

— ¿A propósito de Ranaivo? — pregunté.

— Eso es. El detective de los leprosos lo reconoció. Lo tomó como un perro de caza toma entre sus patas a una perdiz.

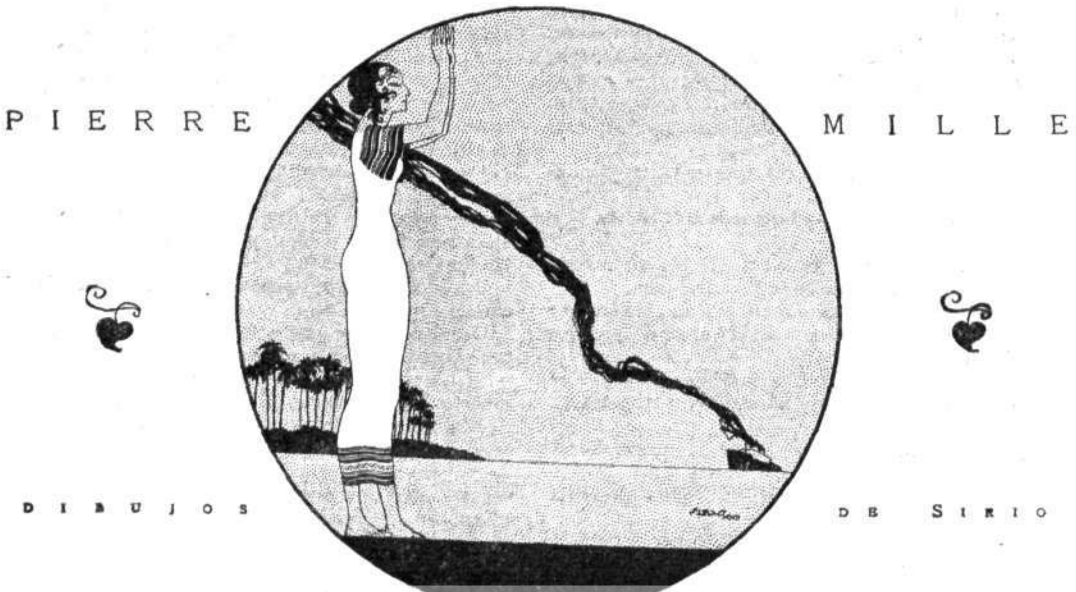
— ¿Es qué estaba leproso?

— ¡El! — respondió Barnavaux, solemnemente. — Estaba tan sano como yo. Puedo jurárselo. Pero ahora, allá, debe estarlo... Ya ve porque no quiero bajar a Zanzíbar.

Parecía revivir todos esos momentos y asombrarse. Su alma era callosa. Su moral no era la de un fraile, ni la de una virgen. Si quisiera confesarse plenamente, nos relataría historias que nos harían temblar. Pero esta fría venganza de mujer asombrábalo aún. Y agregó:

— Me olvidé de decirle, que esa isla de los leprosos se llama la isla de la Felicidad en los mapas marinos. ¡Debe ser un hermoso infierno!

PIERRE MILLE



DIBUJOS DE SIRIO



BAÑO SERRANO

Cuando se pone el sol bajo al arroyo
y al agua, nadador, feliz me entrego.
¿Me visteis zambullir? ¡Ah, qué delicia
en el rostro mojado el aire fresco!

¡Qué alegría en la tarde calurosa
la frescura del agua y el sosiego
de los divinos montes solitarios,
mientras se queman de arrebol los cielos!...

¡Qué alegría y qué fiesta en el crepúsculo
sacudir empapados los cabellos
y quedarse tendido en la corriente
mirando arroyo y escuchando viento...

Luego el campo se llena de susurros
y se diría que no pasa el tiempo.
En la paz de la tarde, toda el alma.
En la dicha del agua, todo el cuerpo

Mas ya se apaga el arrebol lejano
y se oscurecen los pesados cerros.
La tarde se corona de violetas
y echa en el agua pensamientos negros.

Entonces, a puñados generosos,
agua levanto y la salpico lejos.
Quiero esparcir su claridad postrera
en la tristeza del paisaje inmenso.

Entretanto se eleva del ribazo
la música del grillo. Y floreciendo
desde la eternidad sobre este mundo,
azucena de Dios, brilla el lucero.

Y murmura el arroyo entre las piedras...
Y un murmullo sin fin colma el silencio...
He salido del baño y me he vestido.
Monto a caballo y a las casas vuelvo.

¡Cómo está de luciérnagas la noche!...
Vívidas bullen por los campos negros.
Y el tuco enciende su esmeralda errante,
allá por la esperanza y el deseo...

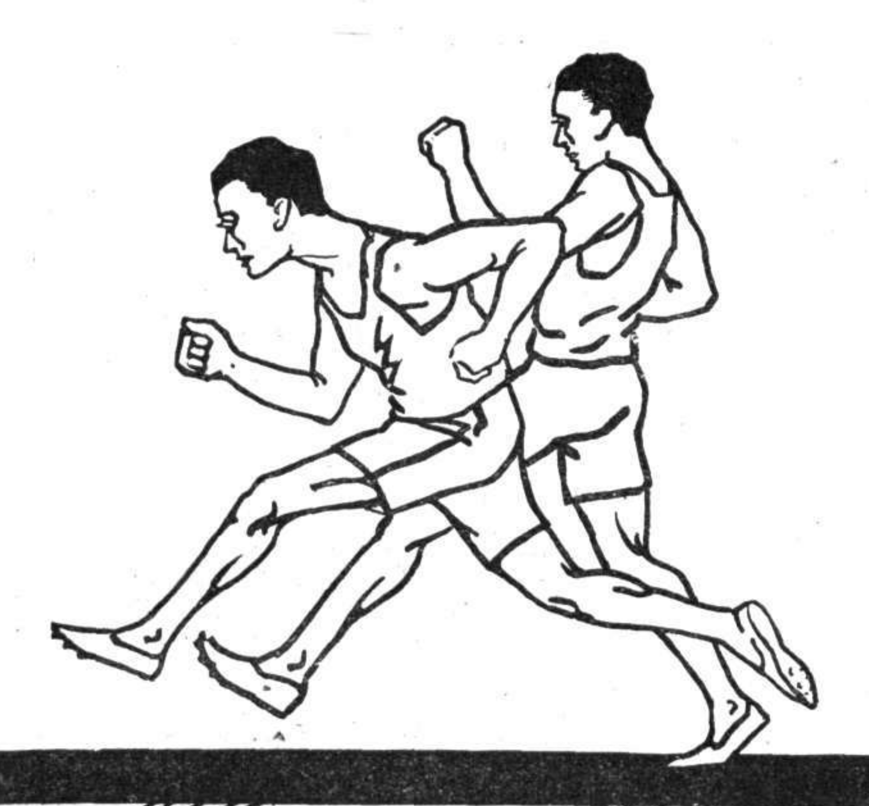
ARTURO

CAPDEVILA



En el Círculo Chilenoargentino

Parte de los asistentes al te danzante organizado por las comisiones de damas y caballeros constituidas con el propósito de allega fondos para la adquisición de un aeroplano para la joven aviadora señorita Guffanti.



El hombre mejor preparado físicamente es siempre el que gana la carrera.

Tenga esto muy presente y recuerde que en todos los órdenes de la vida ocurre lo mismo: en el atletismo como en los negocios, en el comercio como en sociedad.

IPERBIOTINA
MALESCI

le preparará físicamente dando robustez al cuerpo, llevando fortaleza al sistema nervioso y haciendo que por las venas circule sangre pura.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS.

Preparación patentada del Establec. Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia). Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina:

M. C. de MONACO

VIAMONTE, 871 - Buenos Aires



Los TEATROS y la MÚSICA en BUENOS AIRES



«Papá Bonini», de don Alejandro E. Berruti.

La compañía de don Roberto Casaux ha estrenado en el teatro de la Opera la comedia en tres actos de don Alejandro E. Berruti, «Papá Bonini», y según es la acogida de complacencia que el público le otorga, ha de durar poco en el cartel. No es, en efecto, una pieza para la demostración de las extraordinarias facultades parodistas del gran actor que dirige esa compañía; no es un sainete largo, ni entre sus cuadros figura un «cabaret», y nadie canta lloronamente el tango preferido de la multitud. Es una composición correcta, casi original a fuerza de ser antiteatral, sencilla y sin situaciones extrañas. Quizás podría decirse que es vulgar y sin interés, como la vida de la generalidad de los espectadores, para explicar que estos no le hayan concedido mayor triunfo. Está bien escrita, los diálogos son fáciles y desenvueltos, las réplicas picantes e ingeniosas, el ambiente poco explotado por nuestra escena, los caracteres lógicos y bien delineados (salvo cierta falta de egoísmo común a todos los hombres y de la coquetería infaltable en todas las mujeres), los cuadros excelentemente compuestos... Pero en el asunto no sucede nada, no ocurre siquiera un incidente, un conflicto, algo que conmueva y que produzca el necesario interés romántico, novelesco o tan sólo inhabitual para atraer la atención del auditorio.

Los dos pintores enamorados de la misma modelo (de la que no se conoce ningún antecedente) y rivales en el premio del Salón, son tan generosos y están unidos por una amistad tan noble, que ambos desearían sacrificarse para la felicidad recíproca. Semejante tema, de una rareza estupenda, podría hacer inspirado una acción mil veces más vibrante; pero demuestran muy escasa pasión en sus sentimientos, ponen en juego una especie de indiferencia demasiado trivial en sus anhelos, para que lleguen a interesar como tipos humanos. Y los personajes secundarios, así la viuda a la caza de aventuras, como los artistas a la caza de mendrugos, y la propia modelo sin relieve, se esfuman en el asunto principal, sin imprimir ninguna emoción intensa. El protagonista, sin embargo, se destaca como tipo de observación real: un buen hombre italiano, inteligente y desprendido, que ha adoptado a los artistas como hijos, y se ocupa de hacerlos trabajar, de proporcionarles lo necesario y lo superfluo, de ayudarlos en sus tribulaciones, libre luego de cobrar su comisión en la venta de las obras. Sea porque el autor ha pintado con más claros matices ese personaje, o porque lo encarne el señor Casaux, lo cierto es que constituye la figura de más nítidos contornos y de mayor interés de la comedia.

La ejecución de la obra ha sido realmente acertada. Las señoras Palomero, Musto, Sinisterra y Bernabé, y los señores Casaux, Bouhier, Costanzó, Sande y Gómez Bao, personificaron excelentemente los personajes de la pieza. Y es de mencionar también la buena escenografía, casi lujosa, que tuvo.

«La suerte del turco Alí», de don Juan Manuel Pintos.

No ha tenido fortuna este año la compañía Vittone-Pomar en su temporada de sainetes excesivos, revistas ingenuas e imposibles farsas. Después de todas sus tentativas para imitar el brillo de un espectáculo extranjero, después de intentar la atracción del público esquivo con la resurrección de viejas piezas, como «El diablo con polleras», de Parravicini, o la parodia de «Don Juan Tenorio», en idioma «cocoliche» (español hablado por italianos), ha decidido reanudar sus estrenos con el sainete de don Juan Manuel Pintos, «La suerte del turco Alí». Mala decisión, por cierto.

No es el fuerte de los actores principales de la compañía la caracterización verosímil y artística de tipos reales; tanto el señor Vittone como el señor Pomar, directores del conjunto para quienes nuestros comediógrafos buscan personajes adecuados, se destacan en la caricatura inmoderada y a veces procaz, y el primero realiza verdaderas hazañas al ridiculizar ciertos personajes italianos, así como el segundo encarna admirablemente la figura del matón orillero. En la pieza del señor Pintos ambos desempeñan papeles de comerciantes sirios, y ni su acento ni sus gestos proporcionan la impresión de la verdad vista.

Pero esto no es nada en comparación con la moraleja de la pieza: la hija de una planchadora que para obtener los muebles de su casamiento se deja cortejar por el turco Alí, y ella y el novio agradecen al buen hombre su generosidad cuando aparta la acción de la policía contra su estafa. El espectador sale edificado de la representación, sin saber qué admirar más, si el desparpajo con que se desnaturalizan los sentimientos de honradez innatos del pueblo o la tolerancia del auditorio ante el cúmulo de inverosimilitudes que estallan en cada escena.

No es de felicitar a la compañía por su elección, pero sabido se tiene que ella es la que ha contribuido en mayor medida a bastardear en estos últimos años la escena nacional con las demasías de un repertorio que adula en exceso los sentimientos bajos del vulgo.

«Un hogar», de don Samuel Eichelbaum.

El teatro Smart Palace, en que actúa la compañía Pagano-Ducasse, sin duda la más laboriosa y seria de nuestras organizaciones escénicas, venía de cierto tiempo a esta parte capeando el temporal de los públicos reacios con las representaciones de obras diversas, celebradas otrora, o con la ejecución de algunas nuevas, de insegura suerte. Ultimamente ha estrenado una comedia de don Samuel Eichelbaum, cuyo estilo corresponde, ciertamente, a ese criterio.

Su título, «Un hogar», es la única ironía que contiene. El hogar que nos muestra es la casa de doña Carmen, madre de cinco hombres y una mujer, todos solteros, todos egoístas y duros. Cada familia es un mundo, y cada hogar esconde un drama o una comedia; sólo que esta vez la comedia que se nos ofrece es amarga y áspera como un drama. A esa casa, donde las disputas y las intolerancias reinan, llega una parienta de provincias, que recibida primero con acre despego, se transforma, al fin, en la redentora de esos torvos caracteres. A su contacto aparecen, en efecto, los fondos de las personalidades, y el hermano mayor se muestra sumido en la desesperación de su vejez inútil, el otro encastillado en su amor propio, el tercero huyendo de todos como animal salvaje, Ignacio filosofador impenitente, y el último deschavetado y haragán, aunque de buen corazón. La hija, Eugenia, es una desilusionada algo histérica, y la madre una pobre señora resignada a su desgracia, sola en medio del desamor de sus hijos. La provinciana trae consigo otros sentimientos; en su casa el cariño es el verdadero lazo de unión de la familia, y no el interés o la conveniencia. Les da a sus huéspedes una larga lección de bondad, de abnegación, de caridad, y cuando ella también sufre su desilusión con la falacia del afecto de un amigo común, parte de esa morada llevando, como sus primos, la muerte en el alma, pero la generosidad en el corazón.

El desarrollo de este asunto, hecho en escenas de tardo movimiento, y con extensos discursos que parecen análisis de psicología, no denota un dominio completo de la técnica teatral en el autor. Pueden señalarse lagunas notables en la realización del tema, tales, por ejemplo, como la falta de explicación de la ebriedad de Eugenia al final del primer acto, o la falta de preparación suficiente para el estallido de Marta, la provinciana, contra las pretensiones de Alvarez, en el tercer acto, y la falta de necesidad del suicidio de Ignacio en el final, pero estos son lunares veniales para una pieza que contiene gran cantidad de méritos, entre los cuales no es el menor la diversidad y el relieve de caracteres que acusan los nueve personajes principales que se mueven en la obra.

La señora Pagano ha estudiado y realizado el papel de Eugenia con magnífica perfección, dándole una importancia que destaca a la artista entre nuestros actores más dignos. La señora Barausse no ha podido todavía desprenderse de cierto amaneramiento en la recitación; pero encarna a la joven Marta con admirable delicadeza. Los señores Fregues, Zucchi, Silva d'Hervil, Sassone y Mansilla fueron acertados.

José Ojeda.



ESE cosquilleo insoportable de la garganta que le obliga a Vd. a toser, y que aparece en el momento en que el resfrío baja de la cabeza al pecho; ese cosquilleo tan fastidioso sobre todo de noche cuando uno está acostado, se quita fácilmente

Aquí el remedio

LAS Pastillas Iodeína Montagu quitan ese cosquilleo en un momento. Una pastilla en la boca es suficiente.

Además de ser medicamento enérgico, *las Pastillas Iodeina* Montagu son muy agradables y deben ser usadas en los casos de tos, bronquitis, asma, enfisema y todas las afecciones del aparato respiratorio.

PÂTE PECTORALE

IODÉINE MONTAGU

MONTAGU

A L'IODÉINE · MON

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida — Buenos Aires

A bordo del "American Legion"



Señores Francisco Laguarda y César E. Etcheverry, delegados a la Conferencia Internacional de Policía de Nueva York, rodeados por el personal de policía y amigos que fueron a recibirlos a su llegada de los Estados Unidos de Norte América.

LA COLECCIÓN DE PIPAS DE HARDING

El presidente Harding, que tiene una colección de pipas tan numerosa que ya ha perdido la cuenta, acaba de recibir un obsequio consistente en una pequeña cachimba de espuma de mar de uno de sus admiradores.

Cuando Mr. Harding residía en Marion y estaba al frente de su periódico, el "Marion Star", era un aficionado a las cachimbas de olote, uso que continuó cuando fué senador; pero una vez en su puesto de presidente comenzó a usarlas de mejor calidad. Entonces sus amigos y admiradores le obsequiaron pipas en tan gran número, que llegó a tener un cuarto lleno de los regalos.

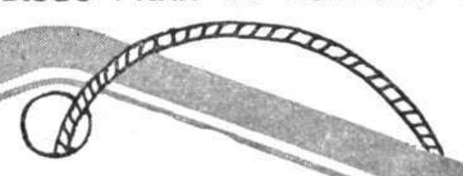
En su estudio tiene varias vitrinas que encierran la enorme cantidad de los obsequios, pero siempre que se pone a trabajar, y sobre todo cuando tiene algún grave asunto que resolver, recurre a su vieja cachimba de olote, que es su mejor amiga, según él mismo dice.

Al terminar la obra conviene temblar, que a muchos hace naufragar el estar próximos a la orilla. Disminuye el cuidado cuando la esperanza crece y todo riesgo es mayor para quien no lo teme.

Metastasio.

MALTA
URANO
IMPORTADA

LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO.



PARA las madres que crian, para los niños, ancianos, personas débiles y convalecientes, es lo mejor.

Su poder nutritivo es mayor que en sus similares; el contenido en las botellas es mayor también. Por estas dos condiciones debe considerársela más barata que las otras, aunque en apariencia cueste algo más.

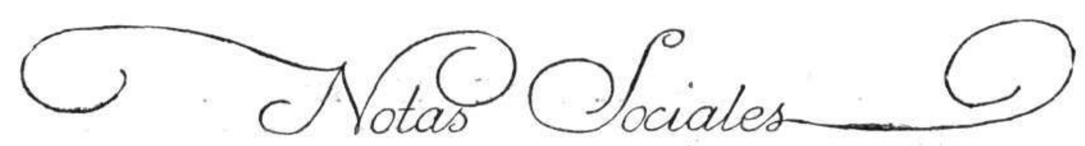
No es dulce como no debe serlo ninguna malta de buena calidad; es de sabor agradable y estimula el apetito.

Satisface las exigencias de las autoridades y está en venta en los almacenes y farmacias. Si encuentra dificultad para adquirirla diríjase a sus únicos importadores:

ESCALADA & Co.
1170-BARTOLOMÉ MITRE-1174
TELÉFONOS: Unión Telef., Rivadavia, 1990 / Coop. Telef., Central, 133







Lectoras amigas, nuestra vida se complica por momentos y resulta inaudita pretensión el proponerse reflejar siquiera *una sola* de sus múltiples, infinitas fases... Convengamos también en que el ambiente diáfano, intensamente luminoso de los últimos días, ejerce extraña sugestión sobre nosotras; el alma — que diría el poeta — «se olvida *a ratos* de sí misma, de las apasionadas revueltas del vivir y se cierne libre de preocupaciones, con las alas tendidas, dejándose mecer bajo el cielo, en la luz, en el aire...»

Pero hemos dicho que tal olvido dura pocos momentos: la vida intensa y complicada nos atrae poderosamente, ya sea porque se mencione en aristocrático círculo alguna crónica sentimental, o porque se critiquen ciertas modalidades incorporadas a la alta figuración mundana...

Nuestra vida ha llegado a complicarse de manera tal, debemos hacer acto de presencia en tantas partes a la vez, se ha hecho tan difícil el aunar las actividades sociales, ni siquiera en el reducido círculo del hogar, que las horas transcurren, se desgranan, mientras nosotras nos prodigamos al azar... ¡Cuántas veces se ha repetido en estos días de bullicio y movimiento el decantado decir de «me he aburrido como una ostra...» o «estoy postrada de cansancio y no he logrado divertirme»!

Sin embargo, para todas las edades, para todos los estados, se multiplican las tentaciones, las oportunidades... La independencia de que se disfruta hoy a todas las edades y en todos los estados es una de las características de la vida moderna; parece haberse perdido ya en la noche de los tiempos aquella bonita práctica, fórmula de respeto y sumisión, que hacía decir a las hijas de familia cuando se las invitaba directamente al teatro o a algún paseo: «acepto encantada, si mamá me lo permite, o si mamá no ve inconveniente...» Pero los papeles han cambiado; es la madre, hoy, la que depende en absoluto del programa que harán sus *chicas*... Y eso, en el mejor de los casos, cuando no se trata de niñas ultra-independientes, y de mamás tan enteramente jóvenes y tan liberales que se deciden a *tanguear* a la par de sus hijas, o a permitirles jugar — en compañía de jóvenes *snobs* — interminables partidas de *loba*, mientras ellas se hunden en las arrobadoras combinaciones del *bridge* o del *póker*, nimbada la frágil silueta por la tenue humareda de la *cigarette d'Oriente*...

¡Vivimos muy a prisa, amigas mías! Pero en medio de las múltiples, infinitas fases de esta existencia brillante, febril, nos preocupa siempre la nota sentimental; «después de todo, querer y quererse es la única razón de la vida, y el cariño el mejor perfume, y las solas palabras que valen algo son las que llevan cariño dentro...»

Tal axioma ha inspirado sin duda la resuelta actitud de una aristocrática y encantadora figurita de porteña que ha decidido rehacer su vida a pesar de todas las reflexiones que pudiera hacer a su lado la experiencia de la vida... «Las solas palabras que valen algo son las que llevan cariño dentro», y aunque ellas se pronuncien con un acento extraño al nuestro, pero atrayente al mismo tiempo, la porteña encantadora y desdeñosa hasta hace poco ha resuelto su destino, y espera serenamente la vuelta del admirador que supo conquistarla, antes de cruzar las altas cumbres, en viaje hacia el Pacífico...

El susurro mundano menciona además, con la mayor seguridad, otra nota sentimental... Se trata de dos juveniles figuras pertenecientes a los más altos y brillantes círculos de nuestra aristocracia; la primera reune — tal como las princesitas de leyenda — los más preciosos dones de la existencia: singular belleza, bondad, inteligencia prestigio social extraordinario... Su apellido compuesto evoca una elevada y noble tradición en la política, en el foro, en las letras argentinas... Pero el fulgor intenso de sus ojos negros, la gracia de su sonrisa, la exquisita sencillez de su trato, lleno de señoril distinción, bastarían para hacer de esta descendiente de un estadista ilustre una de las figuras juveniles más completas de su generación...

La segunda, cuyo nombre parece como un símbolo de completa felicidad, lleva también apellido compuesto que representa, al lado de la opulencia de la alta banca, el viejo y prestigioso nombre que culminó en el foro argentino y en la política; en la actualidad uno de los herederos de ese nombre — por la línea materna — forma parte del gobierno provincial... La silueta frágil de la interesante jovencita, su atrayente tipo de morena y su natural sencillez la han hecho conquistar muchas simpatías en la alta sociedad argentina...

Ambas figuras femeninas, a las que vincula estrechamente la sólida, tradicional amistad de sus familias, parece que han de llevar dentro de poco el mismo nombre, incorporado a nuestra sociedad con todos los prestigios de la honorabilidad, de una actuación caballeresca y una fortuna cuantiosa...

Dos de los representantes de ese nombre — morenos, guapos y arrogantes, que diría algún *croniqueur* hispano — se han propuesto conquistar, y tal vez lleguen a lograr su propósito, a las interesantes, aristocráticas figuritas...

Luego, el incesante comentario mundano comenta otras notas de índole sentimental — si así puede decirse — pero intensamente dolorosas: epílogos de romances que pasaron, rupturas, amargos desenlaces... ¿Para qué hablar de tales cosas? Insensiblemente nos vamos habituando a comentar el divorcio sensacional expresando nuestro juicio sobre resoluciones cuyo origen no podemos descifrar... ¡Pasemos! Es mil veces preferible reflejar otras fases de nuestra vida, tan complicada y febril...

¿Por qué no hablar de la música de moda? Se trata de un verdadero prodigio... puesto que hay personas que poseen el don de arrancar sonidos dulces y armoniosos de un instrumento ignorado: el serrucho... ¿Quién se atrevería a negar ahora que las más humildes o toscas formas pueden guardar dentro de sí el tesoro de ignoradas armonías? Pocos días más, y el arte de hacer vibrar prodigiosamente ese humilde instrumento de trabajo hará furor entre nuestros *snobs*... Por ahora solo puedo revelar que una encantadora figura juvenil, de esbelta y flexible silueta, cuya bronceada cabellera sombrea la clara mirada de sus ojos grises, y que lleva el mismo nombre de una reina de nuestros tiempos, que supo cantar y describir la infinita poesía que encierran las leyendas de los balkanes, hace vibrar con acentos de singular dulzura el extraño, casi inverosímil instrumento.

La dama duende.

Buenos Aires, noviembre de 1922

PARA VERTE PASAR

Despejaré el camino. Quiero de lejos verte,
pasar sereno y noble, pasar altivo y fuerte.
Sentir en tu mirada la verdadera llama
de aquel que sabe y siente, que sufre, sueña y ama.

Y antes que de tu paso la huella se haya ido,
las rosas de mi huerto, sobre ella habré vertido.
Y como si un hechizo dejara tu presencia
aquellas blancas rosas no perderán su esencia.

Será la senda bella por donde irá mi vida
tejiendo sueños de oro, de amor y de partida
Porque los horizontes se abrirán a tu paso,
y humildemente lejos, te envolveré en mi ocaso.

LITA PEREYRA CAMAÑO


Los médicos discutirán solamente,
cuando a sus manos llega una receta preparada por nosotros, la eficacia o no de la combinación prescripta; pero,
eso sí, jamás
la preparación de la misma, porque ellos saben que una fórmula interpretada por nosotros es exactamente lo que debe ser. De ahí que tratándose de calidad, exactitud y capacidad profesional, entre médicos y enfermos, se prefieran siempre cualquiera de nuestras dos farmacias.
Nuestros precios, sin embargo, nunca pasan de lo que realmente vale lo que se entrega.
Diego Gibson
FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON
168, DEFENSA, 192
Unica Suc. Florida, 159 (P. Güemes)
Unión Telefónica del 5921 al 5925, Avenida

Demostraciones



El subcomisario Alfredo C. Martín rodeado de un núcleo de amigos y vecinos de la 12.ª sección de policía, después de la comida que le fué ofrecida con motivo de su próximo enlace.



Lunch ofrecido por el señor Enrique Grenier en honor de la Comisión Directiva del Centro de Almaceneros y un numeroso grupo de asociados.



Cabecera de la mesa en el banquete ofrecido al ex ministro de Obras Públicas, doctor Pablo Torello, y al señor José San Sebastián, en Caballito.



Banquete dado por el "Círculo" al ilustre educacionista el doctor señor José Cortes

ARTICULOS PARA HOMBRE



Precios especiales de la venta extraordinaria, actualmente realizable en la **TIENDA SAN JUAN.**

CAMISAS de fino bramante, pechera a tablas, puños dobles, de zephir de hilo fantasía, para hombre, a pesos..... 5.20

CANOTIER de paja «rustic» semi-grueso, tipo liviano, con cinta de seda, para hombre, a.. $ 3.80

CAMISETAS de algodón, tipo muselina, blanco con rayas de color, mangas cortas, para hombre, a pesos............ 2.50

CORBATAS tejidas, pura seda, forma colmarín, variedad de colores de moda, para hombre, a..... $ 1.20

PIJAMAS de zephir de hilo, colores varios, con alamares y cuello vuelto, para hombre, a.... $ 13.50

CALCETINES hilo mercerizados, fondo de color con rayas anchas y angostas, para hombre, a... $ 2.20

AMBO saco redondo y pantalón con bota, confeccionado en brines jaspeados clase extra, a pesos......... 18.50

ZAPATO de becerro color o negro, de gran solidez, horma elegante, a $ 16.70

De potro charolado, a pesos 18.40

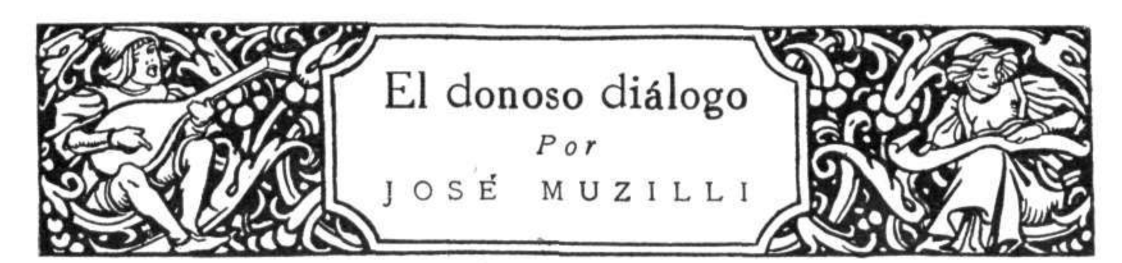
SOLICITESE FOLLETO ESPECIAL

CAMISETAS «Americanas» blancas, de brillantina, clase extra, muy frescas, para hombre, $ 3.05

CALZONCILLOS cortos, haciendo juego, a... $ 3.90

GRANDES ALMACENES
TIENDA
SAN JUAN

CIBRIAN Hnos. (S. A.) — ALSINA y PIEDRAS



El donoso diálogo

Por

JOSÉ MUZILLI

... Como queda dicho, aquel lugar era deleite de los sentidos, que tanto los embriagaba con el perfume de las flores vecinas y acariciábalos con la suave brisa que movía las hojas de los árboles, en ese soto ameno donde cantaba el agua y se unía a su murmullo el melodioso trino de los pájaros, los cuales, como era la estación propicia de la primavera, andaban en fiesta de amor y se perseguían de rama en rama.

No pasaran mejor la noche — que aquella era divina, estelada y clara como una bendición — en castillo alguno de príncipes, por altos que fueran y dados a blanduras y regalos gentilicios. Sancho, después de apurar el exiguo bastimento que llevaba consigo, no sin pensar con dolor en el sabroso olorcillo de las ollas de Camacho, que ya sólo andaban por las regiones obscuras del recuerdo, acomodó las albardas del rucio, que para la ocasión ramoneaba unas rosas vecinas, sobre una tupida floración de margaritas que a la vera del agua crecían, y después de abatir la cabeza en la montura, dió un suspiro de alivio y, entregándose a la frescura de la noche espléndida, ofreció descanso a su robusta persona.

La luna era toda redonda en el cielo azul y hacía de plata el sendero y el agua de la fuente, y dando en la armadura de Don Quijote, el cual hallábase a manos de sus pensamientos, meditando, sin duda, en Dulcinea y en la hora que había de llevar su nombre a los astros, le daba reflejos tan vivos



que de plata parecía también, y de plata el yelmo de Mambrino (digo bacía) que en el suelo y a su lado estaba. Tan pensativo hallábase Don Quijote y entregado por gracia del momento a meditación, pues que gustaba de filosofar, como corresponde a un caballero que se precia tanto de su espada como el alto ejercicio de las letras, que bien se avienen y dan prez y honra, que habíase olvidado de quitarse la armadura, y así todo él parecía de plata. Y en verdad gozaba del momento, porque le daban frescura la brisa, perfume las flores cercanas, consuelo la luz pura de la luna y las estrellas llovíanle paz en su titilar de diamantes.

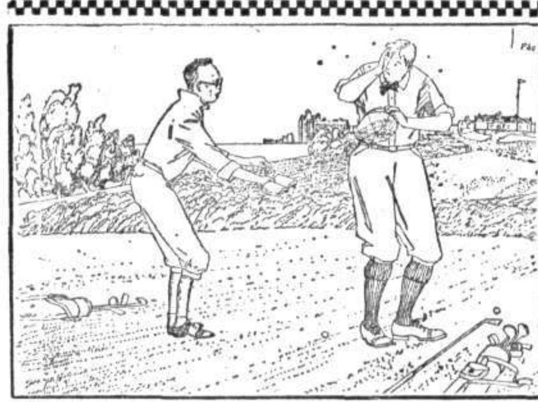
De pronto, abandonando la silenciosa meditación que le hiciera dialogar con los astros, comenzó a hablar en alta voz, diciendo éstas o parecidas razones:

— Aquí se advierte, en verdad, la muy ejemplar misericordia de la naturaleza, que nos brinda su hermosura para consolar nuestras penas y es tan benevolente que tiende a nuestros pies tapices recamados con arabescos de luna. Y digo y tengo por seguro que esto es especial homenaje que a mí me hace, pues sabe que profeso la orden de la caballería andante y que rudas aventuras me esperan para justicia de débiles y menesterosos, y gloria merecida a la sin igual hermosura de Dulcinea. ¡Alabada sea la naturaleza, que nos brinda un castillo encantado en plena noche y nos ofrece lecho blando, mullido! Razón tienen los poetas al dedicarle las más espléndidas loas de su inspiración, pues es motivo de belleza que recrea el espíritu y le prepara para los más elevados y nobles pensamientos.

Y como al finar estas o parecidas razones levantara el tono de la voz, tanto que su decir ya parecía discurso, interrumpió el dulce sueño de Sancho, que molestado, sin duda, levantó la cabeza y dijo:

— ¡Ah, señor! ¡Qué dulce y grato sueño acabáis de interrumpirme, que en verdad nunca le gocé más regalado y blando! Y sepa vuesa merced que soñaba en un yantar, y ya estaba yo en la parte de acometer un sabroso jamón que era una delicia, y ya sabe vuesa merced que bueno es ver tales cosas aunque sea en sueños, porque el sueño, según dicen y tengo averiguado, es el consuelo de los pobres.

— Calla, Sancho — respondió Don Quijote. — Bien se advierte que estas filosofías no son para personas de tu condición, y déjame seguir a manos de mis pensamientos, y sueña tú en el yantar, que si acaso mi decir te interrumpe el sosegado sueño que alabas, puedes acomodarte un tanto lejos de estos lugares, donde he de expresar las palabras



— ¿Por qué no avisó usted al ver que iba a recibir el pelotazo?
— Disculpe, amigo; pero el libro de reglas dice que un jugador sólo debe ser avisado por su "caddie" o el compañero.



— Me tienes hecha una esclava, José; ¡jamás me regalas nada, como hacen otros maridos!
— ¡Parece mentira que digas eso, Lucía! ¿No te regalé hace tiempo una azada y un balde para trabajar en el jardín? ¿Y la semana pasada no te compré una escoba nuevita?

que la belleza del momento ejemplar me inspira.

— Pues que vuesa merced no desea gozar la delicia de estos instantes durmiendo, y que difícil me será retomar el hilo de mi sueño, no será mal que su escudero le acompañe.

Hubo una tregua silenciosa en que la paz de la noche se ahondó en los ánimos, y como notara Sancho que su amo estaba a la sazón más ensimismado, trató de iniciar plática con estas razones:

— Bien se advierte, señor Don Quijote, que no tenéis en mucho el cuidado y adelantamiento de vuestra persona, pues ya que veis los preciosos dones que brinda la naturaleza y que acabáis de alabar, antójaseme que podríamos vivir en santa paz a su acomodo, que en nuestra aldea no faltan las fuentes y los árboles y las flores de toda condición, en lugar de buscar aventuras que considero empresa arriesgada y de poco provecho, que en lo mucho que llevamos andado no se nos brindó aún regocijo que valiera la pena, ni nuestra mesa es espléndida, y si no que lo diga este mi estómago que a no ser por haberlo engañado con el yantar del sueño interrumpido, me estaría reclamando la parte que ¡ay de mí! le debo...

— Razonas como podría hacerlo tu cabalgadura, Sancho, pues has de saber que los hombres que se acogen al más elevado de los ministerios, que es el de desfacer entuertos y consolar y defender desvalidos y débiles que por el mundo andan, han de saber sacrificar ante todo su personal comodidad y entregarse a todos los sacrificios. ¿Pues cuál fuera el mérito de un caballero que por satisfacer las ansias voraces del estómago no cumpliera con su deber de acudir adonde grita la voz de la inocencia vejada y adonde la fuerza domeña a los débiles? ¿Qué especie de caballería fuera aquella que, escudándose en el regocijo de los sentidos, prefiriera los goces que hicieran famosa a Sibaris? Has de saber que para profesar en la orden de la caballería, cuyas blasonadas armas uso, menester es ser varón sin tacha y no arredrarse ante ningún peligro. ¿Y qué fuera para mí un ejército entero que por este camino se viniese, por aguerridos los sus caballeros, que yo no hubiese de acometello y alanceallo?

— Si mal no pienso, señor Don Quijote, aunque soy hombre rústico y de pocas luces, paréceme que lo mejor es que cada cual cuide de su hacienda y no se meta en cercado ajeno, aunque se cometan en él esas que vuesa merced llama injusticias...

— Tu asno no razonaría mejor, Sancho amigo. Y aunque noto que eres duro de mollera para entender estas razones, quiero continuar contestándote, porque no está mal que los señores conversen alguna vez con sus escuderos, con lo cual dan prueba de humildad y demuestran asimismo su sabiduría. Si fueras leído en filosofías, que, puesto que eres un rústico, no has podido entrar en ellas, verdadero deleite del espíritu, según tengo por mí, sabrías que Platón, famoso varón de ejemplares virtudes que floreció en la antigua Grecia, nos otorga varias almas, y pone la del entendimiento en la parte superior, y el alma animal, la del sustento, la del torrezno que te es grato, Sancho amigo, colócala en el estómago, con el cual piensan, a lo que parece, las personas de tu condición. Si yo fuera amigo de refranes, como lo eres tú, que me espetas uno a cada instante y por cualquier motivo, te habría de decir que no sólo de pan vive el hombre. Tan cierto es cuanto te digo, Sancho, que me vieras despreciar todos los bienes de la tierra, esos que a ti tanto te agradan, por una poesía de Ariosto o por una sonrisa de Dulcinea.

— O es que soy un imbécil, señor, pues que no cabe discutir lo de rústico, o no entiendo tan bellas razones como acabáis de exponer; mas lo cierto es que digo y repito que más vale el sosiego del hogar, como que es también verdad que más cuenta hace asno vivo que sabio muerto...

Don Quijote, que a la sazón insinuaba una sonrisa irónica, rió sonoramente la torpeza de su escudero, e, invitándole a dormir, díjole que no hubiera cuidado por el yantar, que puesto que tan cuerdamente lo anteponía al ideal y a los desasosiegos de la caballería, no le haría faltar en adelante su ecuánime ración de ajos.



Oído lo cual, Sancho dió un suspiro de alivio, y, acomodando la cabeza sobre la montura, volvió a dormir con gran regocijo de toda su persona.

El rucio continuaba ramoneando rosas, y Rocinante, cabizbajo, parecía un filósofo triste y resignado.



La mamá. — No, querido; te repito por centésima vez que no te doy más chocolate.

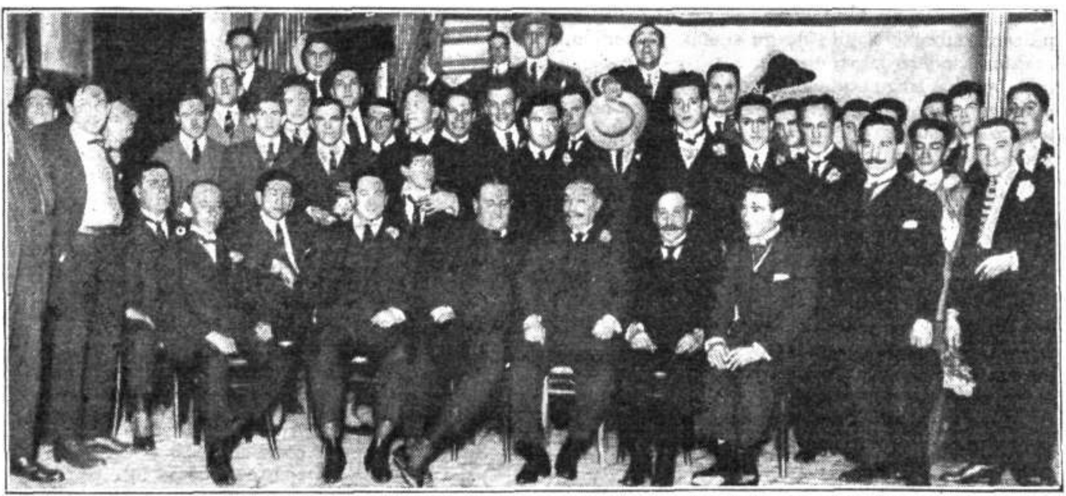
El niño, reflexivo. — La verdad, no sé por qué papá dice que constantemente estás cambiando de opinión.



— ¡La ves tan orgullosa! Antes de la guerra andaba entre los chanchos.

— Pues entonces nada ha cambiado para ella.

Club "Sportivo Barracas"



La comisión directiva del club "Sportivo Barracas" rodeada por un grupo de socios después del banquete celebrado festejando el 9.º aniversario de dicha entidad.

PRISMAS

(APOTEGMAS Y NOTAS)

A medida que envejecemos la vista se debilita más y más, y el mundo va siendo un paisaje que se aleja.

Pero somos nosotros que nos alejamos...

El olvido es la fortaleza de los débiles. El recuerdo la debilidad de los fuertes.

Cuando visitamos un cementerio y contemplamos tumbas sin una flor, sin una piadosa huella, sentimos compasión.

—¿Será piedad por los muertos?

—No enteramente, sino presentimiento melancólico de ser un día olvidados.

La vida es una serie de cosas que suceden por la primera vez. La muerte es la última de ellas.

Este necio, que ha vivido muchos años, cree que lo que él ignora no existe, que lo que él no comprende es absurdo.

¿Qué sería del infeliz si de pronto supiese que hay un universo infinito que él desconoce por completo?

La cuestión no es vivir largos años sino comprender aunque sea algunos minutos.

E. CARRASQUILLA MALLARINO.



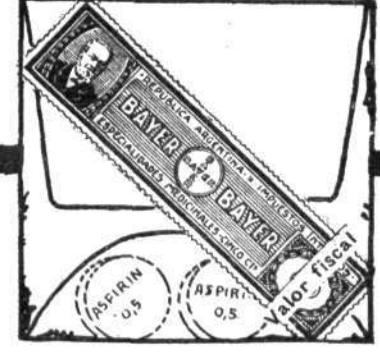
Esta admirable innovación proporcionará a Vd., y a todos los que compran Aspirina al por menor, la enorme ventaja de recibir dos tabletas Bayer de Aspirina (Bayaspirina) tan absolutamente puras, tan absolutamente legítimas y tan absolutamente inalteradas como las que se venden en tubos de vidrio.

EL "SOBRE BAYER"

sale de la fábrica herméticamente cerrado y sellado con la Cruz Bayer. Por tanto, las tabletas llegan a Vd. sin que nadie las haya tocado y sin que el aire ni la humedad hayan disminuído su eficacia. Compare Vd. este método higiénico, límpio, seguro y cómodo con las tabletas sucias, deterioradas por la acción atmosférica, manoseadas por distintas personas y sin la Cruz Bayer, que corre Vd. el riesgo de recibir cuando pide tabletas sueltas. ¡No siga Vd. exponiéndose a tomar Aspirina pasada e impura! ¡No acepte más las dos tabletas sospechosas de siempre, envueltas en un papel cualquiera! Eso es peligroso y sucio. Pida

"UN SOBRE BAYER",

como lo hace hoy toda persona cuidadosa, aseada y culta.



Así es el dorso del Sobre Bayer. ¡Mírelo! ¡Recuérdelo! Cuando necesite una dosis de Aspirina, ¡pídalo!.

He aquí su garantía de legitimidad: Todo Sobre está provisto de la estampilla fiscal sanitaria con la Cruz Bayer.



El cuadro filodramático del Círculo Valenciano, que tan brillante actuación desarrolla bajo la dirección del señor Arturo Navarro.

Concurrentes al festival danzante organizado por el Círculo Valenciano, conmemorando el Día de la Raza.

Belleza Perpetua

Simples procedimientos caseros bastan para asegurarla.

A pesar de que los modernos métodos para el perfeccionamiento y conservación de la belleza femenina están muy divulgados, muchas mujeres ignoran todavía que tienen a su alcance sencillas substancias de toilette, de aplicación fácil y agradable, cuya eficacia está plenamente demostrada.

Un mal cutis no puede ser mejorado. Es fácil cambiarlo por uno nuevo.

TODO el mundo sabe que el oxígeno consume toda la materia gastada del cuerpo. Un cutis pobre, sólo proviene de acumulaciones de esa materia gastada, casi muerta, adherida fuertemente al rostro y provocando manchas, palidez y sequedad de la piel. El oxígeno puede emplearse ventajosamente para corregir esa desfiguración. Toda farmacia puede venderle cera mercolizada (en inglés "pure mercolized wax"), que contiene oxígeno, en tal forma, que entra a accionar al tocar el cutis. Naturalmente, el oxígeno ataca y destruye toda esa materia muerta, sin afectar en manera alguna la piel sana. Y es así que, con pocas aplicaciones de esta sencilla substancia, la cara queda limpia y luce libre y tersa la hermosa tez que toda mujer posee inmediatamente debajo de la cutícula vieja que la desfigura. El procedimiento es agradable, no dando lugar a molestia alguna.

Lave y ondule Vd. misma su cabellera.

HE tenido una verdadera sorpresa sabiendo que esta señorita con el cabello tan bellamente aterciopelado no se lo lava nunca con jabón o con polvos de shampoo artificial. Se hace ella misma su propio shampoo disolviendo una cucharadita de las de café llena de granulados stallax en una taza de agua caliente. "Yo le encargo el stallax a mi boticario — dice esta señorita — y él lo recibe en paquetes que vienen sellados, y solamente se venden así, conteniendo cada paquete cantidad suficiente como para hacerme de veinticinco a treinta lavados de cabeza. Es de tan rico olor el stallax, que muchas veces lo comería como si fuera una golosina". "Ciertamente, y aun con esta extraña idea, el pelo de esta señorita se conserva tan hermoso que desde este momento voy a probar en mí misma el efecto del plan".

Para extirpar el vello sin dolor y definitivamente

COMO quitarse de un modo permanente, no sólo temporalmente, el vello que desfigura la belleza es cosa que muchas damas desean conocer. Es una lástima que no esté extendido más generalmente el conocimiento de que basta para el caso el uso de porlac puro pulverizado, de venta en todas las farmacias. Debe aplicarse directamente al pelo que se quiera hacer desaparecer. Este tratamiento se recomienda porque no sólo borra instantáneamente el vello sin dejar la menor señal, sino también porque mata por completo las raíces.

Para eliminar rápidamente barrillos puntos negros y pecas.

POR medio del nuevo tratamiento del baño espumante del cutis del rostro, quedan eliminados al instante los puntos negros pigmentosos, la grasa y los anchos poros que destruyen la hermosura de la cara. El único procedimiento para ello es tan sencillo como agradable e inofensivo. Eche usted una tableta de stymol (de venta en las boticas) en un vaso de agua caliente y bañe usted su cara con ese líquido después que la efervescencia producida haya desaparecido. Los negros pigmentos habrán salido de su guarida para confundirse avergonzados en la toalla, las grasas también habrán desaparecido, y los poros estarán borrados y naturalmente contraídos. El rostro quedará con una piel clara, lisa, suave y fresca. Para que este lisonjero resultado tan rápidamente obtenido se convierta en permanente, repita usted el tratamiento unas cuantas veces con intervalos de pocos días.

El hermoso sonrosado del cutis.

UN rostro marchito y amarillento añade años a nuestra persona. Las desventajas de pintarse la cara son tantas que no es necesario enumerarlas: baste sólo decir que el uso de carmín, rouge o cualquier otro colorete resulta sumamente perjudicial para la salud y para la verdadera estética. Para devolver a un rostro marchito el hermoso sonrosado colorido natural de la primera juventud basta aplicar, sencillamente, sobre las mejillas un poco de rubinol, que es una maravillosa substancia que tiene la virtud de no notarse y cuyos efectos son verdaderamente sorprendentes. Así lo afirman todas aquellas mujeres a quienes el rubinol ha permitido y permite hacer gala de colores hermosos, atractivos y avasalladores.



AL LAURO DE ALFONSO XIII

Poesía premiada en los Juegos Florales realizados en la ciudad del Rosario con la medalla de oro ofrecida por la Municipalidad de Santa Fe.

¡Rey Alfonso! ¡Rey Alfonso! exclamaron los troveros,
los que tercian negras capas y empenachan los sombreros
con la misma gracia altiva del poeta medioeval,
pues al ver de España el lauro, revivió en la evocación,
las mercedes otorgadas en Castilla y Aragón
a los bardos peregrinos del ensueño y del ideal.

¡Juan II de las letras! ¡Lírica alma del Rey Sabio!
que a pesar de la distancia nos divisa tu astrolabio
y en guirnaldas a las liras de la blanca Cruz del Sud,
por la flor que nos regalas, yo trovero en esta fiesta,
haré notas musicales con las rimas y una orquesta
con la cítara y la lira con el harpa y el laúd.

Lauro emblema de un Rey magno, que luciera sus blasones
en la histórica conquista domeñando a los leones
de la tierra que hizo suya Don Fernando e Isabel,
y que hoy viene a visitarnos sin la cruz y sin la espada,
mensajero de los sueños de las musas olvidadas,
portador para el Poeta de un simbólico laurel.

Por la Reina tu Señora, por tus hijos los Infantes,
yo juré sobre ese lauro concurrir a las galantes
y sutiles controversias que mantiene el Gay Saber.
¡Pobre Enrique de Villena! plena el alma de ilusiones,
que no sabe que en las "cortes" no son "joya" sus canciones
ni le aplauden los troveros ni le aplaude la Mujer.

¡Quién me diera la divina lira de oro del poeta,
que en las justas provenzales disputaba la violeta
o al jazmín con sus canciones a la Patria, Fe y Amor!
En cascadas de harmonías su cordaje desbordara,
si en la España del pasado nuevo Apolo me inspirara
el cantar que lleva el lema del antiguo trovador.

Noble lauro, que despierta en el alma americana,
la magnífica epopeya que la espada castellana
para ejemplo y enseñanza dió a los siglos por llegar:
magna gesta, que con guantes, con espadas y clarines,
realizaron por la patria los corteses paladines,
o el barbudo, torvo y recio Don Rodrigo de Vivar.

Sepa el bardo americano que aquella épica historia,
fué la Cruz del Nazareno alma máter de la gloria
y del gran descubrimento alma máter también fué;
fué consuelo del soldado; y en la empresa temeraria,
el andante caballero releía la plegaria
que escribiera enamorada blanca mano de mujer.

Regio lauro que al forjar la mujer de mis ideales,
en "la noche de los tiempos" cual tres astros siderales
muéstranse Doña Jimena, Doña Elvira y Doña Sol.
Si en el vuelo de los siglos se perdió la rubia Iseo,
muere en sombras la memoria de la amante de Romeo,
pero aun vive luminosa la del ínclito español.

¡Reina augusta de la fiesta! ¡Luz de todas las estrellas
que aureolean tu hermosura! si en la justa me querellas
por ingrato al no cantarte, penitencia dé tu ley.
Por la aurora de tus labios... por la noche de tus ojos...
por la luna de tu frente... cálmense los tus enojos
os lo imploro por la Reina, por España y por su Rey.

ALBERTO J. MAZZA



Nuestras Grandes Ofertas Reclame

N.º 3013. — Muy buena **GUITARRA**, de voces inmejorables, construída con maderas bien estacionadas, $ **12.—**

N.º 3015. — **GUITARRA** construída en madera extrafina de nogal, cenefa alrededor de la tapa armónica y mosaicos en la boca y cabeza, a pesos.......... **17.—**

N.º 3002. — Hermosa **GUITARRA** construída en madera especialmente escogida de nogal, doble filete alrededor de la tapa armónica, incrustaciones de nácar en la boca......... $ **25.—**

N.º 3021. — Preciosa **GUITARRA** en maderas finas especialmente elegidas. Bonitas incrustaciones de nácar en la boca, voces inmejorables, a pesos.......... **36.—**

Con cada GUITARRA regalamos el método AMERICA para aprender sin maestro. Cualquiera de estas guitarras puede llevar clavijero mecánico, aumentando su precio en $ 3.—.

Otros modelos de Guitarras hasta pesos.......... **500.—**



Las más famosas por su sonoridad y construcción artística.

MANDOLINES "AMERICA" de renombrada fabricación italiana. Son los preferidos por su sonoridad y elegancia.

N.º 5613. — Precioso **MANDOLIN**, clase buena, voces melodiosas, escudo calado, filetes alrededor de la tapa armónica, finas incrustaciones de nácar en la boca, lira imitación carey, clavijero mecánico. Precio con método para aprender sin maestro....... $ **24.—**

Otros modelos, desde pesos 11.— hasta $ **400.—**

VIOLINES modelo STRADIVARIUS de fabricación esmerada y voces incomparables.

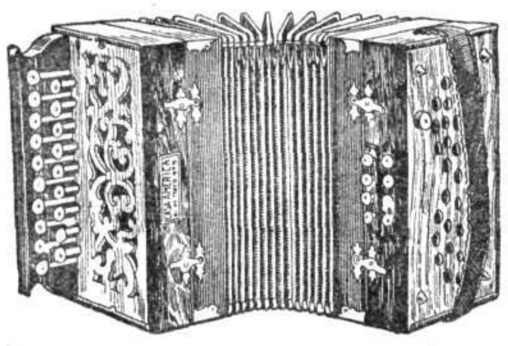
N.º 4100. — **VIOLIN de estudio.** Completo con arco y pez (sin estuche)..... $ **25.—**

N.º 4101. — **VIOLIN tipo Conservatorio.** Completo con estuche, arco y pez..... $ **30.—**

N.º 4102. — **VIOLIN de Orquesta.** Completo con estuche, arco y pez.......... $ **35.—**

N.º 4002. — **VIOLIN de Salón.** Completo con estuche, arco y pez.......... $ **42.50**

Otros modelos finos y antiguos, hasta $ **1000.—**



ACORDEONES "AMERICA"

Los más renombrados por su sólida construcción, terminación esmerada y sonido fuerte y vibrante.

¡OJO! AFICIONADOS ¡OJO! — OFERTA SIN PRECEDENTES

Por sólo **$ 21.—** remitimos libre de todo gasto a cualquier punto de la República, este precioso ACORDEON de 8 bajos y 19 voces, artículo verdaderamente fino que vale el doble. Con el ACORDEON regalamos además el método fácil para aprender a tocarlo en pocos días. Tenemos también un grandioso surtido de Acordeones a piano y semitonados que ofrecemos en condiciones muy ventajosas.

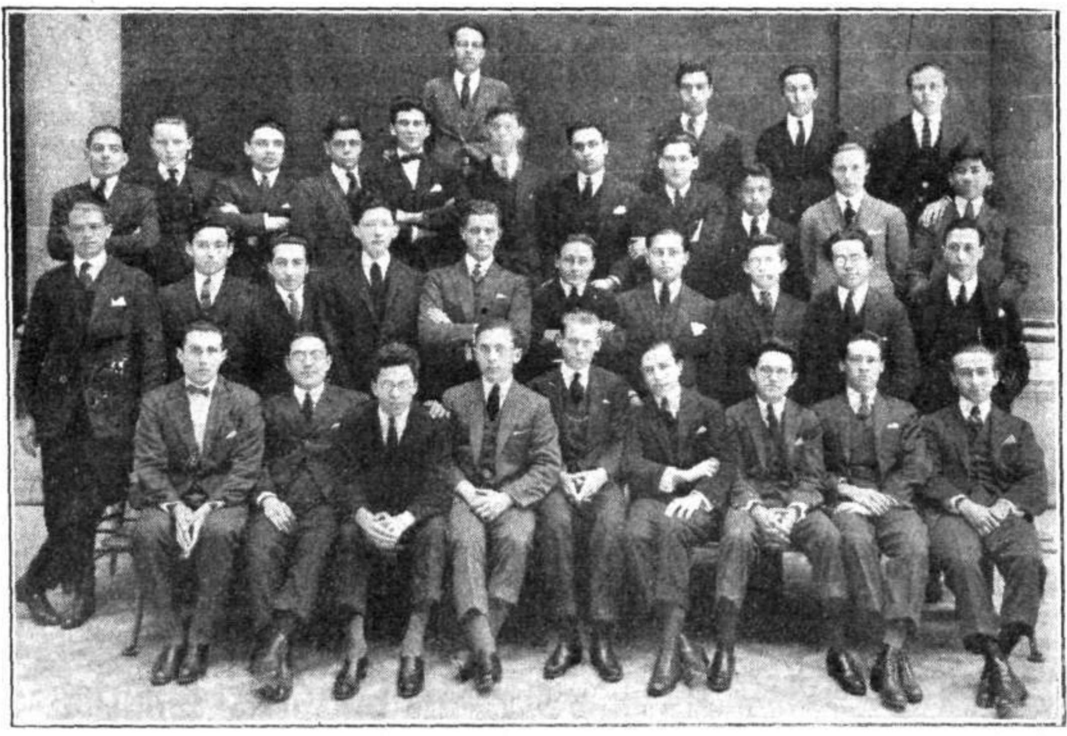
Gran Catálogo ilustrado del instrumento que le interesa, remitimos enviándonos veinte centavos en estampillas.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

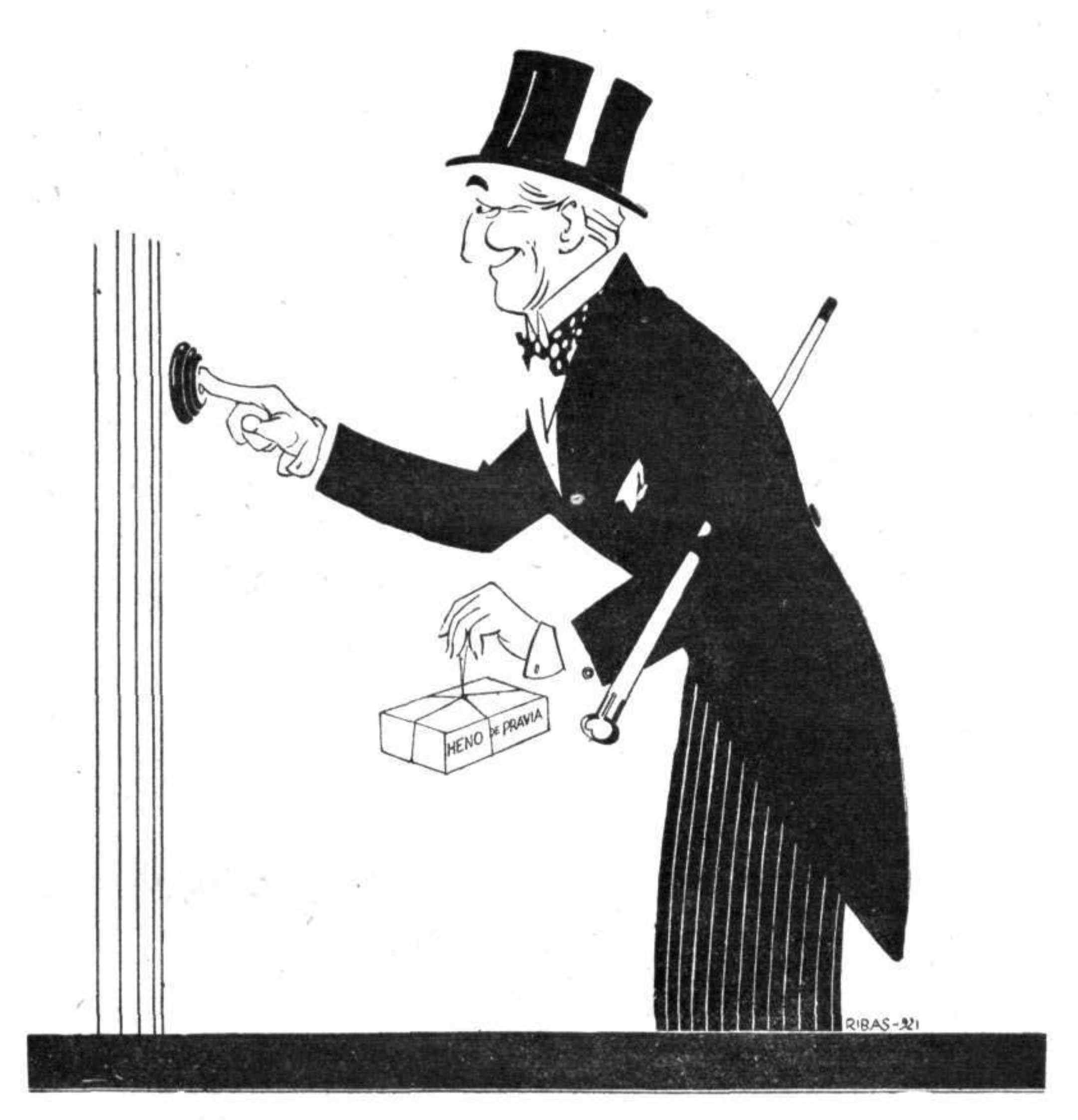
AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES

NO TENEMOS SUCURSALES — **NO CERRAMOS LOS SABADOS**

Nuevos bachilleres



Bachilleres egresados del Colegio Nacional "Mariano Moreno". 5.º año, 1.ª división. Primera fila (sentados y de izquierda a derecha): A. Rossi, D. Scarpa, L. Adelstein, F. Montoreano, F. González (celador), E. Larroudé, C. Hojvat, D. Falconnet y P. Falconnet. — Segunda fila (de pie): O Paladini, P. Edelman, R. Sotoro, J. Passicot, A. Peper, A. Poletti, M. Rabinovich, M. Pirotzky, D. Rogowsky, y L. Viggiano. — Tercera fila (de pie): E. Liberatore, E. Montag, O. Gaviña, L. Burdman, L. Trucco, M. Larceri, G. Varas, A. Marin, J. Chiaffardon y J. Vercesi. — Cuarta fila (de pie): C. Domato, E. Andreau, P. Tassi y I. Panizza.


HENO DE PRAVIA
RIBAS-921

El fetiche

por

Luis Pascarella



TODOS sabíamos que al doctor Hortinguer le había sucedido una extraordinaria aventura en su juventud; pero ignorábamos en qué consistía. Fué así que, congrega los los pocos ex alumnos sobrevivientes en la época en que el maestro festejaba su octogésimo aniversario, alguien hizo referencia a ese episodio de su vida. — ¿Habría inconveniente — preguntó el más indiscreto de los circunstantes — en saber concretamente en qué consistió la aventura?

El maestro sonrió, acarició su luenga y blanca barba, y dijo:

— Si el hecho tuviera por objeto halagar mi vanidad no valdría la pena recordarlo; pero es posible que ustedes puedan deducir alguna enseñanza, y en tal sentido ahí va lo que me sucedió:

Tendría a lo sumo 22 años — lo que ya hace rato por cierto — cuando el director de nuestro museo se dignó confiarme la misión de comprobar en la región de Hauden si era exacto que ciertos descubrimientos contradecían el principio arqueológico de que el arte originario no se aparta de la burda imitación del medio en el cual nace y se desarrolla. El tosco artista primitivo — afirma la teoría — carece de imaginación suficiente para reproducir lo que previamente no ha obrado en alguna forma sobre sus sentidos. Hay que aplicar, pues, siempre el principio del filósofo inglés: nada puede ser patrimonio de la inteligencia si no ha pasado por algunas de las puertas materiales, diré así, que se comunican con ella.

Un hallazgo verificado por nuestros exploradores de vanguardia pareció contradecir en absoluto esta teoría.

Se trataba de diversas piedras de la más remota antigüedad en que aparecían, toscamente grabadas, las siluetas del mamut, bisontes y otros animales con cuernos, y nada del llamado arte geométrico. En toda la región, por otra parte, no se encontraron restos de semejante fauna prehistórica, ni, dada la naturaleza del terreno, podía haber existido.

¿Cómo explicar este aparente misterio?

Desde luego, dentro del orden lógico de las cosas, sólo cabía suponer que quienes poblaron aquella zona en la antigüedad no eran autóctonos, o que aun no se había dado con los restos de animales de tan remota época.

— ¿Puede tomar a su cargo — se me dijo — la descifración del misterio?

Ya que se presentaba la circunstancia de vincular mi nombre a una cuestión de tanta trascendencia científica, acepté sin vacilar.

Hice mi bagaje — modestísimo bagaje de arqueólogo incipiente, — solicité la compañía de un ayudante preparador, y... en camino hacia las regiones del misterio.

II

Hauden no era lo que pudiera llamarse un paraje solitario, sino una de esas viejas ciudades que de reducción en reducción van quedando a la simple categoría de gran aldea. Sus habitantes me parecieron amables, comunicativos, tolerantes, con todos los dones, en fin, de los pueblos hospitalarios. En presencia de aquel conjunto de virtudes presumí, fundadamente, que ningún obstáculo se opondría a la misión que se me había confiado.

Días después, sin embargo, cuando se supo concretamente en qué consistía mi propósito, en todo el mundo noté una extraordinaria reserva. Esta circunstancia me obligó a interiorizarme de cosas que no hubieran tenido ningún interés para mí. Es así como supe que la vida entera de aquella población estaba subordinada a los dictados de un fetiche, dictados expuestos por intermedio de sus sacerdotes. Nadie sembraba, tejía, se casaba o emprendía la menor tarea sin consulta previa del oráculo. Se comprenderá, pues, el efecto que produjo mi propósito cuando se supo que para llevarlo a cabo tenía nada menos que comenzar por profanar el augusto santuario de aquel soberano dispensador de bienandanza. Dándome cuenta de la situación que semejante creencia, falsa o verdadera, me creaba, intenté ponerme al habla con sus agentes para ver si era posible realizar mi tarea dejando intactos los fueros de la tradición.

Excuso decir que mis gestiones amistosas fueron coronadas por el más rotundo de los fracasos.

¡Socavar los cimientos del pedestal que sostenía la sagrada imagen! ¡Interiorizarme yo, un profano extranjero, de los misterios que allí sucedían, se hubiera traducido en el aniquilamiento, en la extinción de todo lo existente desde que el mundo era mundo!

Pronto aquella oposición se exteriorizó por actos más positivos y para mí nada tranquilizadores. Noté que los ancianos y las mujeres, al verme, fruncían el entrecejo y me señalaban con el dedo. Comprendiendo que no ya mi misión, sino mi misma persona peligraba, opté por manifestar que desistía de mi propósito y regresaría a mi tierra.

Días después, cuando comprobé que la población se había tranquilizado, soborné un guía y a media noche me hice conducir al corazón mismo del bosque donde todo el mundo ubicaba el famoso santuario. Sufrí el más cómico de los desengaños. Allí, en una especie de cueva, había algo semejante a una gran calabaza perforada en forma que representaba una grosera figura humana.

Ante aquel descubrimiento, mi vanidad juvenil me sugirió una idea que yo consideré muy civilizadora, es decir, la de demostrarle a la población, testimonio en mano, que había sido y era objeto de la más burda superchería.

Cargué, pues, con el adefesio, y a la mañana siguiente hice correr la voz que, debiendo partir, deseaba despedirme de tan amables moradores.

Aglomerado el pueblo en una explanada rodeada de ruinas que hacía las veces de plaza, le hablé más o menos de esta manera:

« No creo que el respeto a vuestras creencias « deba ser superior al que merece la verdad. Me « habéis impedido excavar en vuestro bosque sa- « grado alegando que se oponía el ser que inspira « todos vuestros actos.

« ¿Sabéis quién es ese sabio opositor? Pues bien, « aquí lo tenéis.

« ¿Es siquiera presumible que vosotros, ancianos « y jóvenes, creáis sinceramente en que esta calaba-

« za pueda saber de qué lado soplarán los vientos? « ¿Creéis que puede traeros la mala o la buena « suerte?, ¿que conoce el pasado y predice el por- « venir?... ¿Queréis convenceros de la verdad de « lo que veis? Id al centro del bosque y vuestros « ojos serán los mejores testigos de lo que digo. »

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando de la multitud brotó un intenso clamoreo:

—¡Que lo maten! ¡que lo maten! ¡a la horca! ¡al fuego!, etc., etc...

El hecho de contarles el cuento — continuó diciendo el maestro — prueba que pude salvarme, y me salvé gracias al guía que, por el temor a que se supiese quien me condujo al santuario, se dió maña para que pudiera escapar a la furia de la turba.

III

Aquí debería concluir esta vulgar aventura. Pero es el caso que, medio siglo después, cuestiones de orden científico me obligaron no a ir, sino a pasar por Hauden.

Un hecho sucedido hace cincuenta años no deja mucha huella que digamos, sobre todo cuando con el andar del tiempo, lejos de guardarles rencor, pude apreciar el significado de la oposición de aquella buena gente.

Pero hete aquí que antes de llegar al corazón, diré así, de la ciudad ya noté algo extraño. Me pareció que todo había cambiado. Las calles tenían cierto aspecto que llamaré europeo y los cultivos eran más numerosos.

Las ruinas habían desaparecido y la explanada aquella, donde estuve a punto de pagar bien cara mi temeridad, se había transformado en verdadera plaza, elevándose en su centro un monumento de granito.

Semejante cambio, como es de suponer, me sorprendió y me intrigó. ¿En virtud de qué causa se había producido aquella transformación?

Puesto al habla con un representante de la «nueva generación», me dijo más o menos lo siguiente:

« La Historia de Hauden se divide en dos pe- « ríodos: la pro y la postfetichista. La primera se « caracterizó por la creencia ciega en el poderío de « cierto fetiche encerrado en una cueva que se « encontraba en el centro del bosque hoy desapa- « recido. Hará cosa de medio siglo vino a estas « tierras un joven extranjero con el propósito de « verificar estudios arqueológicos, y con tal motivo « profanó nuestro santuario nacional, y como si « eso no bastará intentó justificar su atentado con- « gregando al pueblo en el lugar convertido hoy « en la plaza principal de la ciudad.

« Nuestros analistas aun discuten si el intruso « pagó o no con la vida semejante temeridad; pero « lo cierto es que desapareció y nunca se supo nada « a su respecto. Los ancianos transportaron solem- « nemente la calabaza a su santuario y, creyendo « que con ese acto reanudaban la vida anterior, « volvieron al culto del fetiche. Pero el velo que « oculta los misterios no se rasga en vano. Los « jóvenes a quienes el fetiche se le había pintado « con todos los atributos de la majestad divina, « cuando se dieron cuenta de la verdad comenzaron « a protestar y, con el andar del tiempo, quemaron « el bosque y destruyeron la calabaza.

« Como es natural, acontecimiento de esa mag- « nitud produjo en Hauden un revuelo semejante « al que se origina en la colmena cuando desapa- « rece la reina. Por algún tiempo todo fué confu- « sión y desorden.

« Dado, sin embargo, de que los días y las noches « y demás fenómenos naturales se sucedían en la « misma forma que durante el reinado del fetiche, « los jóvenes, recordando las palabras del extranje- « ro, prescindieron de todo elemento extraño para « orientar su conducta con los resultados que pue- « den apreciar quienes conocieron a Hauden en « aquel tiempo y la contemplan ahora.

« El monumento de granito que usted ve en « esa plaza fué levantado en homenaje a quien, « con riesgo de su vida, se atrevió a rasgar el velo « de nuestra ignorancia. »

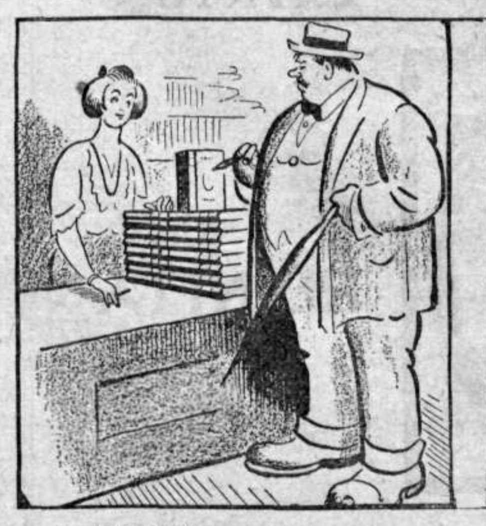
— ¿Y usted no se hizo conocer? — preguntó el más indiscreto de los circunstantes.

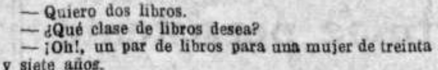
El maestro acarició su barba, nos miró uno a uno en los ojos y luego exclamó.

— ¿Para qué? Nadie me hubiera creído.

Sobrada satisfacción fué para mí poder comprobar que en el orden de las ideas se cumple el principio de que nada se pierde. Lo único que debemos hacer es sembrarlas con fe y entusiasmo.

—Cuando se tienen — murmuró uno entre dientes.





— Quiero dos libros.
— ¿Qué clase de libros desea?
— ¡Oh!, un par de libros para una mujer de treinta y siete años.



— ¿Cuándo volverá vuestro marido?
— Cuando menos le necesite.

El acusado era un inglés de tez roja, congestionada, con grandes labios gruesos, de cuerpo robusto y ágil, vestido con un traje de color mostaza.

No difería de sus numerosos compatriotas que en todos los rincones del mundo saborean su te y juegan al tennis.

Unicamente sus ojos, de un azul opaco un poco extraño, parecían fijos perpetuamente en un punto lejano.

Fué primero la audiencia del único testigo, la señora viuda de Bernard, directora de una pensión de familia en...

Refirió que Mr. Brown había alquilado en su casa dos piezas; su mujer ocupó una, y él y su hijito la otra. Cortés con su mujer, el inglés era con su hijo de una severidad excesiva: le golpeaba por la menor falta. Pagaba regularmente sus semanas, no bebía: abreviando, la señora Bernard le había considerado como un pensionista honorabilísimo hasta el día del crimen.



UN CRIMEN

por

RENÉE D'ULMES

(Traducción de Marcos Fingerit)

DIBUJO DE MACAYA

Aquella mañana, Mr. Brown bajó solo, a las ocho, a tomar su desayuno.

La criada subió para arreglar la pieza, pero apenas entró prorrumpió en gritos terribles. La señora Bernard acudió, y vió al niño extendido en la cama, en camisa, con una corbata de hombre fuertemente ceñida alrededor del cuello. El médico, llamado precipitadamente, comprobó el deceso por estrangulación y previno al comisario. Mr. Brown declaró de inmediato. La madre cayó en cama, desesperada.

El presidente preguntó:

—Acusado, ¿tenéis algo que decir en defensa vuestra?

El inglés replicó:

—Voy a contároslo todo.

Se expresaba correctamente, con un leve acento, mirando la pared, frente a él, con una atención intensa. Y prosiguió, con tono amable y ligero, como si se tratase de una charla mundana:

—¿Amáis a los niños, señor? Yo odio esos pequeños seres sucios, glotones y gritones. Amo la vida tranquila, metódica. Me he casado a fin de tener junto a mí, siempre, una persona que me cuide y me sirva. Los primeros tiempos todo fué muy bien. Pero he aquí que mi mujer está encinta... Pasaron semanas. En fin, el niño nació.

El presidente le interrumpió:

—Vamos al hecho. Después de haber criado vuestro hijo hasta los cinco años, ¿por qué le habéis asesinado?

El hombre respondió gravemente:

—Porque *ellos* eran demasiados. Figuraos que a la pensión donde me instalaba durante el verano llegaron tres matrimonios y siete niños; sí, señor, más de dos niños por matrimonio. Uno tenía ocho años, otro nueve, otro diez, el mayor diez y seis; aquello era ya imposible.

El magistrado preguntó aún:

—¿Por qué golpeabais a vuestro hijo sin motivo?

El acusado replicó con tono confidencial:

—Tenía una cara como para golpearla, señor. Una piel acribillada de manchas rojas, ojos pequeños sin pestañas, un cabello rojo, erizado y rojo, exactamente como esos clowns que en las pantomimas reciben puntapiés y puñetazos. Entonces, cuando el *boy* se me acercaba, me veía obligado a golpearle. ¡Oh, sin hacerle daño! Unicamente unos buenos bastonazos en la cabeza, para que su cerebro comprendiera el castigo. ¿Para qué golpear si el cerebro no entiende? ¿Y cómo comprendería él si no le golpeaban?

El presidente interrogó:

—Explicad la causa de este asesinato abominable.

Un resplandor animó la mirada inmóvil del hombre, y, vehemente, dijo:

—Señor, no amo los niños. Ahora bien; yo veía todos los días, dos veces por día, siete niños. El de ocho años, con una quijada en la que faltaban dos dientes, hacía roncar incesantemente su trompa. Y yo pensaba: «El mío también estará pronto sin dientes, y también tendrá una trompa ruidosa». El de nueve años se roía las uñas. Uno de doce tiraba incansablemente con una pistolilla de ceba. Otro organizaba el imbécil juego del soldado y el general. Yo soy antimilitarista, señor. Y el de diez y seis años tenía unas grandes manos rojas, agrietadas de sabañones, una risa fatua, un monóculo y una manera exasperante de decir siempre: «¡es de mi flor!». Mi hijo se parecía a todos esos seres odiosos sucesivamente, desde el pilluelo sin dientes hasta el colegial pretensioso. Durante la noche, yo olvidaba un poco; pero desde la mañana, en el desayuno, *ellos* llegaban todos, monótono desfile de los años que me estaban reservados. Yo os pregunto, señor, ¿podía yo continuar viviendo así? Un loco solamente hubiera soportado eso, *¡y yo no estoy loco!*

Y repitió con fuerza, fija su mirada de pronto en el magistrado:

—*¡Yo no estoy loco!* El niño era una cosa mía. Esperé la noche. El chico dormía. Sobre la almohada blanca se destacaba su cara de bobo de cabellos rojos, odiosamente rojos. Dormía... Le he golpeado entonces... El ha abierto los ojos, ha fijado en mí una mirada más vieja, como si él tuviera ocho años. Yo he cogido mi corbata, he apretado... y él me miraba... y sus impertinentes ojos tenían diez años... doce años... diez y seis años... luego se han cerrado.

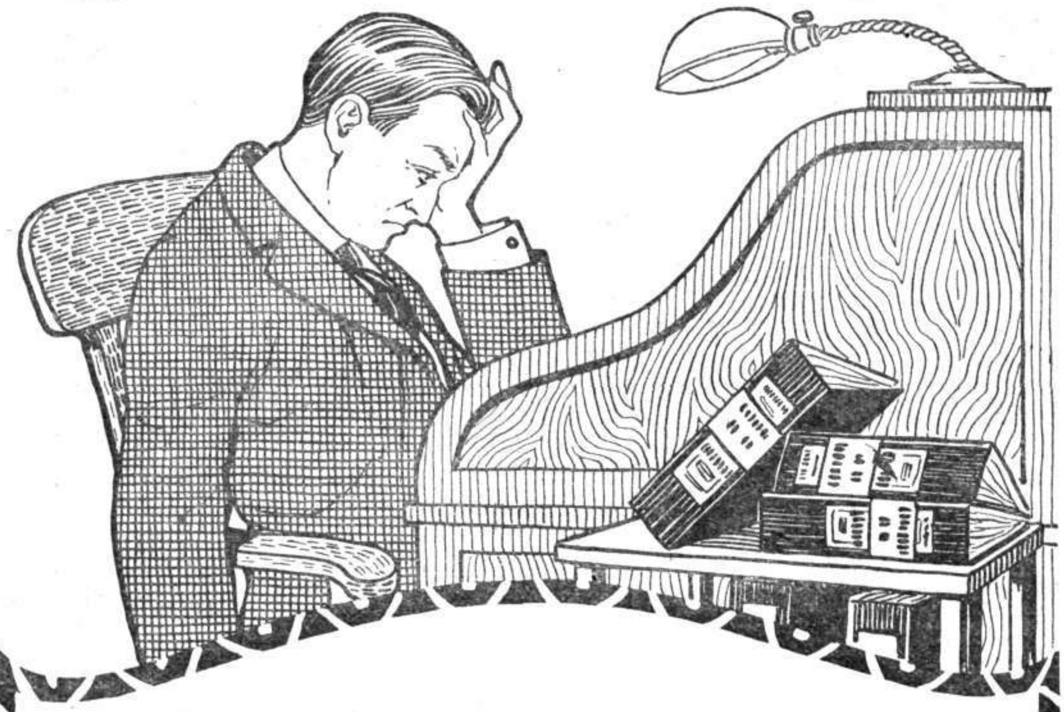
Y con tono satisfecho, agregó:

—Sois un gentleman inteligente, señor... Yo os lo he explicado todo... creo que estoy libre.

Permaneció de pie, muy claros de pronto sus ojos azules, con una expresión cándida de criatura.

El presidente había comprendido. Dió una orden y el acusado fué llevado a la enfermería especial del Depósito, y luego internado como loco.

Exceso de trabajo



hállanse las personas débiles que descuidan su alimentación.

El único tónico fácilmente asimilable y de fuerte poder nutritivo es el

Fluid Carnis Estrella

extraído de carnes seleccionadas de bueyes del país, reemplaza ventajosamente el vulgar jugo de carne, sin tener ninguno de todos sus inconvenientes.

CONVIENE A LAS PERSONAS:

decaídas por exceso de trabajo o de placer. Evita la anemia a las mujeres embarazadas o nodrizas y es el tónico más apropiado para los niños débiles.

EN VENTA:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.

DEFENSA 215, sus secciones y toda buena farmacia.



EL ULTIMO CIGARRILLO

por

ENRIQUE M. RUAS

Conocí a un excelente hombre cuyo único vicio era el cigarrillo. Se me dirá que así hay muchos. Pero quién sabe si serán tantos.

Llamábase Fermín Soto. Fumaba como una chimenea; y aquí debo advertir, por las dudas, que las chimeneas también fuman, porque fumar es echar humo o fumo. Se levantaba fumando y se acostaba fumando. Encendía un cigarrillo en la colilla o pucho del otro, y seguía fumando. Se sentaba a la mesa con el cigarrillo encendido, y no le daba tiempo de apagarse: fumaba entre plato y plato. De él hubiera podido decirse aquel chiste de que no fumaba cuando dormía.

Tanto fumar no carecía de inconvenientes. El buen Fermín Soto olía tanto a tabaco, que ya era oler a fábrica de cigarrillos. Cuando su noviazgo con la que después fué su mujer, ella no podía dejarse abrazar sin que luego lo supiese la madre, cuyo olfato era excelente y suspicaz.

— ¿Es posible, hija mía? — le decía con severa intención la madre a la hija. — ¿Es posible que tú también fumes? ¡A ver la boca!

Y le tomaba el olor a la boca y, en efecto, olía a tabaco.

Después del casamiento, el cigarrillo fué causa de las únicas reyertas domésticas que tuvo el matrimonio. Un hombre que fuma como Fermín Soto apesta la casa apenas entra y echa a perder más sábanas y manteles que lo que gasta en tabaco. Se duerme con el cigarrillo en la mano, y al momento olor a chamusquina. La mujer de don Fermín tenía que andar siempre detrás de su marido con un cenicero. Gracias a esto no se le quemó todo el ajuar doméstico.

Entre paréntesis, digo: ¿qué será del mundo si las mujeres de la clase media, a imitación de las damas elegantes, se acostumbran también a fumar? ¿Cuántos maridos no tendrán entonces que andar detrás de sus mujeres con un cenicero? Verdad que, si ellas se acostumbran, los fumadores tendrán la ventaja de que en los tranvías se levantará la prohibición de fumar. ¡Lo pedirían las mujeres mismas! Pero no se puede fumar impunemente como don Fermín fumaba.

Empezó a sentir algo al corazón, y su estado general llegó a ser malo. Fué a ver al médico. Este le revisó, y le dijo:

— Amigo, elija usted entre dejar el tabaco o reventar.

— ¡Caramba, doctor, no será tanto como usted dice!

— Creer o reventar, amigo mío.

— ¿Y cómo hago, doctor, para dejarlo?

— Lo deja usted o revienta. En cuanto a la consulta, son diez pesos.

Y lo dejó despachado.

Al pobre don Fermín le costó ímprobo trabajo dejar el tabaco. ¡Cuántas veces no pensó si no sería mejor morir fumando que vivir sin fumar! Pero triunfó el miedo de morir. Claro que uno morirá algún día, pero cuanto más tarde, mejor. La única compensación que tiene la vida es la longevidad. Y en fin, el hecho es que don Fermín dejó de fumar.

Contra lo que él creía, comprobó que sin fumar se vive perfectamente. El fumar es un placer; pero el bienestar es un placer mayor. El cigarrillo es una compañía, pero uno está tan bien acompañado sin el cigarrillo como con él, y además, le sale más barato. La humanidad no aprendió a fumar sino hace todavía muy poco tiempo; nuestros antepasados, que no conocían el uso del tabaco, tampoco sentían su necesidad. Y otras cosas que tenía apuntadas en una libreta que se me ha perdido.

Don Fermín, tal vez por lo que había dejado de fumar, tal vez por lo que había fumado antes, tal vez por las dos cosas, y en suma, no se sabe por qué, llegó a muy viejo. Cuando murió tenía ochenta y no sé cuantos años, y hacía ya cuarenta que no fumaba. Hacía también más de setenta que no se confesaba, pero, al sentir que se acercaba la muerte, pidió un confesor. Cien mil han hecho lo mismo; no tiene nada de particular. Vino el cura, y lo confesó y le dió la absolución. Después estuvieron conversando un rato, y confesor y penitente adquirieron cierta familiaridad. Al irse el cura, don Fermín le detuvo:

— Oiga, padre, dígame una cosa. ¿Usted no fuma?

— Sí, hijo, fumo. ¿Por qué?

— Bueno, convídeme con un cigarrillo.

Enlaces



Señorita Susana Paz Posse con el doctor Rufino Cosio (hijo). — Tucumán.



Señorita María del Carmen Novillo con el señor Honorio Cassain Blanco. — Salto.



Señorita Dora B. Aguiriano con el señor Francisco Vegaray. — La Larga, F. C. S.



Señorita Teresa Fersaghi con el señor Miguel Scarafia. — Grutly Norte.



Liarte-Fragueiro. — Posadas.



¡MIS HIJAS ESTAN LOCAS!

LAMENTOS DE UN PADRE INFELIZ

¡Señor, Señor! ¡Hasta cuando tu bondad infinita me tendrá sumido en el olvido! ¡Líbrame ya, Señor, de este tormento! ¡Haz, Dios mío, que cesen mis congojas!

Tu sabes bien, Señor, que soy padre de cuatro hijas casaderas.

Sabes también, mi Dios, pues que todo lo sabes, que mi sueldo es harto mísero; que ya no voy para viejo sino que lo soy; que siempre cumplí tus preceptos como buen católico; que fuí hijo humilde y amante esposo...

¿No te dueles de mi pesar?

¡Cese, Padre mío, el castigo de este tu siervo, que por creerse bueno implora tu misericordia!

Escucha, mi Dios, en que consiste mi dolor.

Son mis hijas, Señor, las que a mal traer me llevan y me traen.

El escaso dinero que tras innúmeros días y con gran trabajo me procuro, me es arrebatado por ellas y consumido en frívolas galas.

Ya no se lo que es comer, si comer debo llamar al hecho de chupar hasta dos mates cimarrones — que ni azúcar me dan — y romperme los escasos dientes que aun tu gracia me permite tener, pretendiendo arrancar de un descarnado hueso piltrafas que un can despreciaría.

Verdad es, Señor, que mis hijas tampoco comen más.

Vivimos muriendo en un departamento interior.

¿Sabes, Señor, lo que esto es?

Es el castigo a que algunos hombres sin entrañas condenan a sus semejantes; es el suplicio de saber que hasta el más vil y obscuro animalillo que creaste es libre y dueño del lugar que pisa; es ver que tu obra, tan grande, la explotan quienes en su desmedida ambición te volvieron la espalda...

Allí, en pocos metros, donde el invierno nos mata con sus fríos y el verano nos agobia con su implacable calor, vivimos cinco hijos tuyos, que no quiero cometer la irreverencia de decir que son seis, por el gato que con nosotros convive...

Desde que te llevaste — ya va para diez años — a aquella santa mujer que fué en el mundo mi esposa, la carga de mis hijas cayó por completo sobre mis espaldas, que ya encorvadas, van buscando en la tierra el lugar propicio para el eterno descanso.

Las que creí el sostén de mis ancianos años; las que cuando tu gracia nos las envió, pensé que traían con ellas la alegría y el sol, ahora se han convertido en mi tormento, del que te pido, Dios Santo, me libres de una vez.

Sin duda tu desmedida bondad ha permitido, y perdóname esta reconvención, que todos los diablos del Averno se adueñen de la Tierra.

Antes — te hablo de mis años mozos, — también los diablos visitaban el mundo y aun ganaban para sí ciertas almas de suyo predispuestas al pecado.

¡Pero, ahora!...

Ahora la maldita ralea, tan prolífica como todo lo malo, se ha extendido por doquier y sobre nada la vista puede posar que no encuentre un motivo de tentación.

En mis tiempos ninguna mujer honesta habría tenido el descoco de fumar ante sus padres o en privado. Tampoco ninguna niña se habría entregado, como ahora, y en lugares extraños, al más desenfrenado de los salvajes bailes cuyos nombres exóticos ni quiero saber.

Fuera del casero licor, siempre estomacal y aromático, o los dulces criollos, tan ricos o sabrosos, ¿se hubiera atrevido una mujer a llevar a sus labios — que tampoco se pintaban — esas infames bebidas compuestas, como la tentación, de mil venenos de brillantes colores?...

Pues bien, Dios mío; mis hijas, la carne de mi carne, que en su casa se privan hasta de lo más necesario so pretexto de conservar la línea, acuden sin reparos y contra mi gusto y aquiescencia a esos lugares de perdición, esperanzadas ¡ah ilusas! de encontrar en la vanalidad de los hombres que a ellos concurren el príncipe encantado que las redima de su pobreza.

Ningún sacrificio es tal si, con las galas que a costa de tanta privación consiguen, atraen la curiosidad malsana de los que sólo quieren ver en la mujer objetos de placer.

Ellas encuentran lícito embadurnar sus caras con cremas y colores, como si tu obra, Dios mío, pudiera ser modificada por quienes te deben la vida.

No saben ¡infelices! que al espíritu sólo le atrae el espíritu, y que a éste no se le engaña con disfraces de la materia.

Mi pobre mujercita, que tu gloria haya, fué con sus virtudes que a mí me conquistó. De ningún artificio hubo de valerse para que mi corazón fuese cautivado.

¡Sus hijas, en cambio!...

No hay secreto de tocador que éllas no conozcan ni que no practiquen.

¡Las vieras, Señor, por la noche, cubiertas sus caras con horribles caretas de goma colorada!

En el arreglo de las manos se pasan medio día, en lugar de zurcir mi destrozada ropa. No les hables de entrar en la cocina ni de lavar un trapo. La aguja en sus dedos jamás conseguí verla, y el plumero y la escoba no saben lo que es.

Tan sólo las deleita la música canalla de la plebe. Sus labios repiten, sin comprender su alcance, las obscenas palabras de los tangos en boga.

El biógrafo las apasiona por el ambiente misterioso de sus templos. Nada que a sus artistas se refiera lo ignoran. Saben de sus amores, de sus triunfos, de sus penas y de sus ilusiones...

¡Sólo yo, su desgraciado padre, les resulto extraño!

Este es mi martirio, Señor. Haz que vuelvan a ti esas ovejas descarriadas; infiltra en sus cerebros la cordura; que sea la paz en mi hogar, en manos hoy de la más desatada locura.

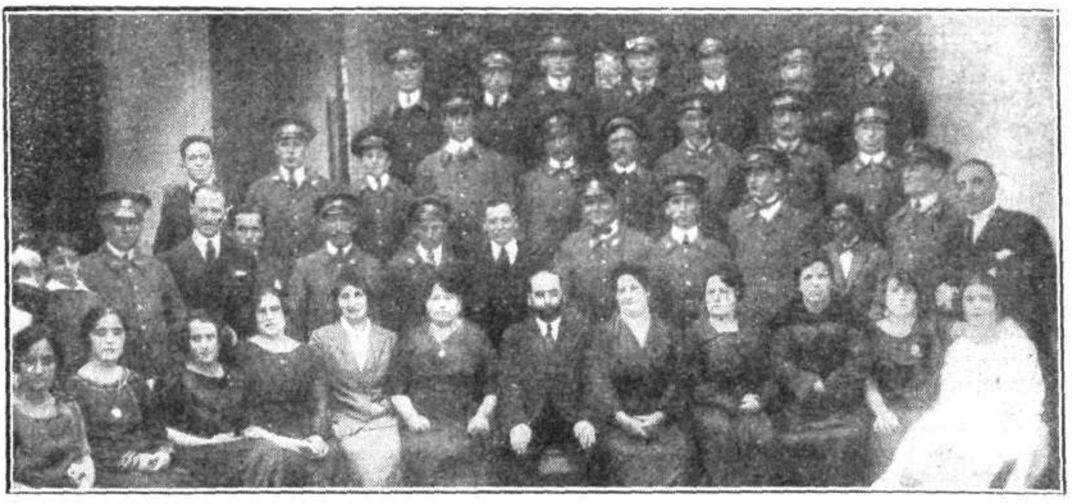
¡Así sea!

Por el padre infeliz



AMADEO TOVÍA

De Avellaneda



El jefe de correos local, señor Manuel Núñez Otero, rodeado por el personal de su oficina, que le tributó un justo homenaje el día de cumplir sus bodas de plata con esa repartición.

EL INGENIO DE DESCHANEL

Numerosos periodistas y hombres de letras se han atrevido asegurar que Paúl Deschanel carecía de ingenio. Antes que nada, debemos tener presente que el gran patriota formó parte de una generación enérgica.

A aquella energía se agregaba a veces cierta astucia, como lo demuestra esta graciosa anécdota que fué contada por M. Albert Dauzat. Avido de acción el joven Deschanel, se le presentó una mañana al ministro M. de Marcére y le pidió que lo agregara a su gabinete. Pero el ministro se sorprendió del aplomo del joven imberbe y le respondió simplemente: "Vuelva a verme cuando tenga algunos pelos en la barba". Al día siguiente el joven Paúl Deschanel se volvió a presentar a M. de Marcére con una patilla postiza. "Qué tal — le dijo, — ¿me encuentra usted ahora bastante barbudo?" Lejos de molestarse por aquella travesura, el ministro se echó a reír, exclamando: "¡Este muchacho hará camino!" Y como le gustaban los audaces, no le escatimó su protección en adelante.

Trágico accidente de aviación en Ayacucho



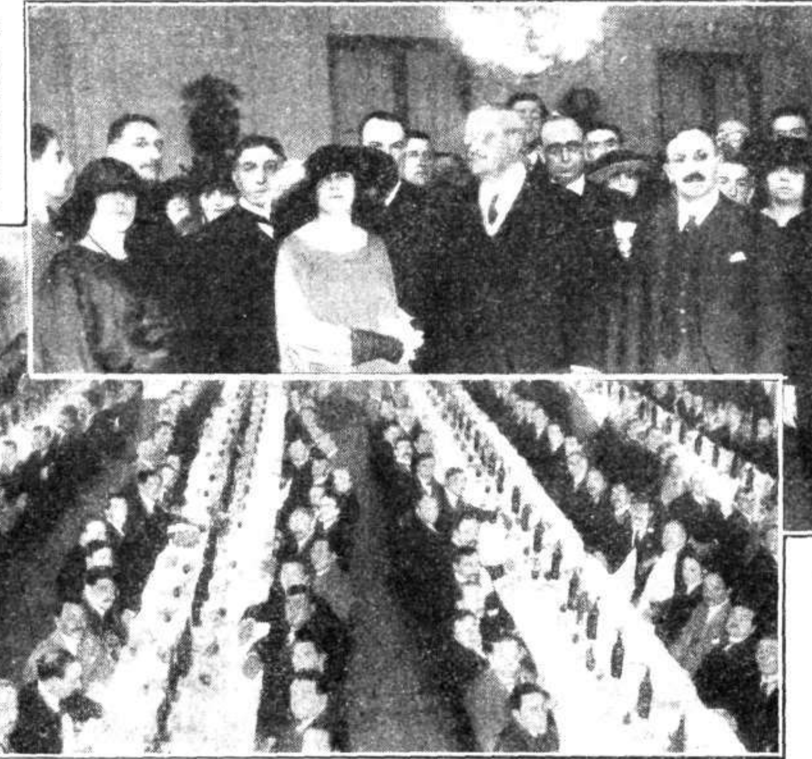
Estado en que quedó el aparato; fotografía tomada momentos después de la caída.

La catástrofe ocurrió al intentar aterrizar en la quinta del señor Gubieta, paraje habitual para el descenso de aeroplanos. El teniente Aguirre murió instantáneamente, y el piloto Marina gravemente herido, falleció al llegar al hospital. El hondo sentimiento causado en el pueblo por el trágico accidente ha tenido consecuencias luctuosas que intensifican el pesar ocasionado por el doloroso suceso.

Piloto, señor Guillermo Marina. Teniente Jesús Aguirre.

En la isla Maciel

El gobernador de la provincia, señor Cantilo, y demás concurrentes en la recepción llevada a cabo festejando el 19.° aniversario del Centro Comercial e Industrial.



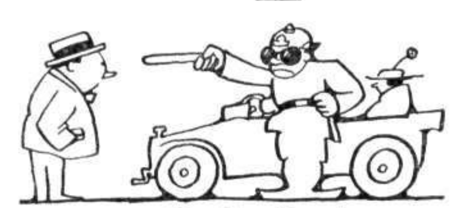
Vista general del salón durante el banquete dado en el recreo de la isla Maciel.

PETICIONES AL NUEVO JEFE DE POLICIA

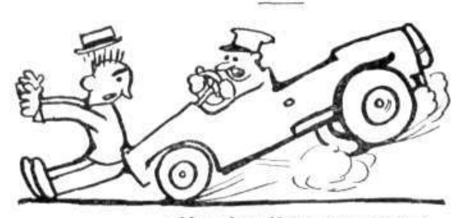
Entre las que hace poco ha recibido,
las más curiosas hemos elegido.



«Recoja las novelas inmorales
llenas de desatinos colosales
que venden en diversas librerías.
Recoja las novelas
llenas de porquerías
y déjenos jugar a las quinielas.
Perdone si insistimos.
Moralidad, moralidad pedimos.»



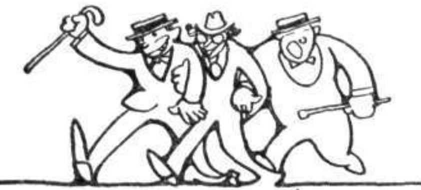
«He visto diferentes
vigilantes con lentes.
¿Es que son vigilantes
o son conferenciantes
sesudos y elocuentes?
¿Será la autoridad corta de vista?
Esta pregunta la hace un oculista.»



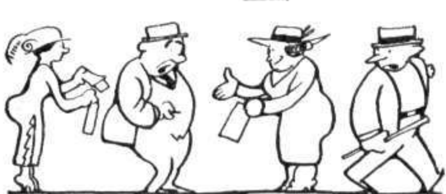
«Un chauffeur respetuoso
y nada irreligioso,
le pide al señor jefe que le deje
manejar bien o mal cuando maneje.
Quien dirige su coche con prudencia
y tiene la debida competencia,
no es un vulgar cochero.
Sea con él más blando.
Yo no atropello de continuo, ¡pero
déjeme atropellar de vez en cuando!»



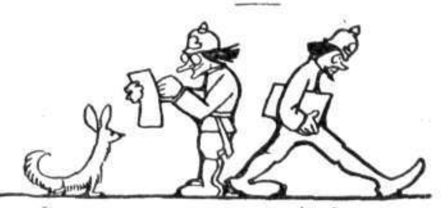
«Auxilieme, señor. Si no me auxilia
mi ruina, a no dudar, va a ser completa.
Déjeme usted que instale una ruleta.
Recuerde que soy padre de familia.»



«Como es hombre sensato,
no puede usted tomar por desacato
la actitud de unos mozos bochincheros
que hoy día, en calidad de patoteros,
se proponen formar un sindicato.
Tiene el patoterismo
igual razón de ser que el feminismo.»



«¡Lo que se sacaría
con una lotería
a beneficio de los gatos tuertos!
Somos hombres expertos
en cosas de esa clase.
Con tan sólida base,
la empresa nos parece macanuda.
Préstele usted su ayuda
y se lo van a agradecer los gatos.
Recuérdelo usted bien, no son ingratos.»



«Le proponemos que en el año en curso
abra usted un concurso
policial-literario
o, aun mejor, literario-policial.
Su éxito será enorme, extraordinario,
atroz, descomunal.»



«Quiere usted castigar a los guarangos
que dicen palabrotas en la calle.
Bien está que persiga a esos zanguangos;
pero no se ha fijado en un detalle.
En la Cámara puede,
como a veces sucede,
que algunos diputados de mal gusto
digan las palabrotas
que en la calle no debe un lustrabotas
decir impunemente. Eso no es justo.»

LUIS GARCIA

DIBUJOS DE MACAYA



Comisión directiva de la Asociación de Fomento pro policía local y jóvenes aficionados que tuvieron a su cargo varios números en el festival organizado en el teatro Italiano.

UN BARCO HANGAR

El Ministerio de Marina de los Estados Unidos dispone ya de un buque para el servicio aéreo hecho expresamente para este fin y perfectamente acomodado. El buque es hangar y depósito al mismo tiempo. Además del dispositivo para elevarse los hidroplanos, tiene en la parte de popa un depósito en donde van almacenados seis globos de observación y todo lo concerniente a estos servicios como una planta generadora de hidrógeno, varios depósitos de hidrógeno comprimido, una turbina y un taller de reparaciones para globos e hidroaviones. Cuenta además con laboratorios aerológicos y fotográficos admirablemente montados y acomodo desahogado para la tripulación.

El primer buque de este género ya ha sido botado al agua y bautizado con el nombre de "Wright" en recuerdo del iniciador de la aviación moderna.

Los europeos, cuando hablan de la patata, lo hacen siempre considerándola como de origen americano; nosotros, en cambio, le conferimos un origen europeo.


LLEGÓ EL NUEVO
MODELO
REO
6 CILINDROS - 30 H. P.
CON SESENTA RASGOS SOBRESALIENTES
El R. E. O. liviano, de 7 pasajeros, hace del turismo un deporte delicioso, de irreprochable comodidad.
No hay otro automóvil de 7 pasajeros comparable con el presente R. E. O. en modicidad de precio, en comprobada resistencia, en rapidez de marcha, en superioridad mecánica, en predeterminada economía y en completa satisfacción.
Es ineludiblemente el modelo 1922 faetón de 7 pasajeros más resaltante por su valor intrínseco.
Este nuevo modelo R. E. O., por el rendimiento de su motor, su científica suspensión, es ideal para malos caminos y para subir cuestas; pasa donde otros automóviles de más y de menos precio se detienen.
Les invitamos a inspeccionarlo y probarlo sin compromiso de compra.
DARTIGUELONGUE Y TOULOUSE.
Esmeralda, 142 - B. Aires.
PRECIO DE RECLAME
$ 6.500
libre de gastos s|w. B. A.
Agentes de responsabilidad necesitamos



Llevando debajo del brazo un bulto envuelto en el número 223 de la «Gaceta de la Bolsa», Sasha Smirnov, hijo único de su madre, entró con cara avinagrada en el gabinete del doctor Koshelnikov.

— ¡Hola, muchacho! — exclamó el doctor al recibirle. ¿Qué hay? ¿Cómo se encuentra usted? ¿Qué me dice de bueno?

Sasha bajó los ojos, y poniéndose la mano sobre el corazón, dijo con voz emocionada:

— Saludo a usted, Ivan Nicolaievich, de parte de mi madre, quién me manda expresarle nuestro agradecimiento. Soy su único hijo y usted... me salvó la vida... me ha curado de una enfermedad peligrosa y... no sabemos como agradecerle a usted...

— ¡Ea, basta de cumplidos! — le interrumpió el doctor reventando de satisfacción. — Yo no he hecho más que lo que hubiera hecho cualquier otro en mi lugar.

— Soy único hijo de mi madre. Somos pobres y, claro está, no podemos recompensar a usted su trabajo, y... nos sentimos muy avergonzados, doctor, aunque, por lo demás, mi madre y yo le rogamos encarecidamente que se digne aceptar en prueba de nuestro agradecimiento este obsequio, que es un objeto muy valioso de bronce antiguo, una verdadera obra de arte.

— ¡No había motivo! — dijo el doctor frunciendo el entrecejo. — Y dígame, ¿para qué es esto?

— Dígnese usted aceptarlo — continuó Sasha, mientras desenvolvía el paquete. — Rechazándolo ofendería a mi madre y a mí. Es un objeto muy bonito de bronce antiguo. Nos lo dejó mi difunto padre, y nosotros lo conservamos como una preciosa reliquia. Mi padre compraba toda clase de bronces antiguos y los vendía a los aficionados. Ahora mamá y yo nos ocupamos en lo mismo.

Sasha descubrió el objeto y lo puso solemnemente encima de la mesa.

Era un candelabro de tamaño reducido, de bronce antiguo y de un bello trabajo artístico. Representaba un grupo: sobre un pedestal hallábanse dos figuras femeninas, vestidas con el traje de Eva, colocadas en determinadas posturas, para cuya descripción no poseo la audacia ni el temperamento conveniente. Las figuras sonreíanse de un modo harto atrevido, y en conjunto producían el efecto de que, de no tener la obligación de sostener el candelabro, hubieran bajado de un salto de lo alto del pedestal y organizado en la misma estancia una escena tan libertina que sólo pensando en ello padecería el pudor de mis lectores.

El doctor examinó un poco el regalo, rascóse despacio por detrás de la oreja, tosió, y sonóse, desconcertado, las narices.

— Sí, el objeto es verdaderamente precioso — murmuró el doctor — sin embargo, no sé cómo expresarme..., es muy poco... esa... ¡El diablo sabe lo que es eso!

— ¿Y por qué lo cree usted así?

— Ni la misma serpiente tentadora hubiera sido capaz de inventar nada más pecaminoso. ¡Colocar sobre la mesa ese grupo significaría violar la corrección de esta casa!

— ¡Qué extraño modo tiene usted, señor doctor, de mirar el arte! — replicó Sasha contrariado — ¡Y es un objeto de arte, fíjese usted bien! ¡Tiene una belleza, un encanto, capaz de llenar el alma de sentimientos sublimes y de arrancar lágrimas de los ojos. Contemplándolo se olvida uno de todo lo terrestre que nos rodea. Fíjese bien; ¡qué movimiento, qué airosidad, cuánta expresión!

— Todo eso lo comprendo perfectamente, amigo mío — interrumpió el doctor, — pero soy padre de familia; por ahí suelen corretear mis hijitos, aquí vienen las señoras.

— Si se miran las cosas desde el punto de vista de la gente vulgar — dijo Sasha — este objeto altamente artístico se le presentará a usted bajo otra luz. Pero, señor doctor, elévese usted por encima del vulgo, pues con su negativa nos afligirá profundamente a mi madre y a mí. Yo soy el único hijo de mi madre. Usted me salvó la vida. Nosotros le ofrecemos nuestro objeto más venerado; sólo siento que no tengamos la pareja.

— Muchas gracias, amigo; estoy muy agradecido. Salude a su madre de mi parte. Pero... juz-

guen ustedes mismos: los niños corren por aquí, vienen las señoras. Pero sea como sea, déjelo ya que no hay manera de convencerle.

— Pues no hay más que hablar — replicó Sasha alegremente. Póngalo usted aquí, junto a este jarrón. ¡Qué lástima que no tengamos la pareja! ¡Bien; pues adiós, señor doctor!

Después de haber salido Sasha el doctor quedóse largo tiempo mirando el candelabro. Rascábase detrás de la oreja y meditaba.

«El objeto es precioso, eso es indiscutible — repuso él — y me da lástima tirarlo. Pero dejarlo en casa es imposible. ¡Hem! ¿A quién podría regalarlo? He aquí el problema.»

Después de una larga meditación le vino a la memoria uno de sus buenos amigos, el abogado Ujov, al cual debía dinero por gestiones acerca de sus asuntos.

«Perfectamente — resolvió el doctor. — A él, como amigo, le sería violento cobrarme, y vendrá muy a propósito ese pequeño regalo. Le mandaré esa hechicería. Además es soltero y bastante ligero.»

Sin esperar más tiempo el doctor vistióse, cogió el candelabro y se marchó de su casa dirigiéndose a la de Ujov.

— ¡Buenos días, amigo! — dijo encontrando al abogado en su casa. — Vengo a verte. Vengo a gratificarte por tus trabajos. Ya que no quieres aceptar dinero, aquí tienes un recuerdo, amigo mío.

Al ver el objeto el abogado quedó preso de un entusiasmo indescriptible.

— ¡Qué pieza! — exclamó riendo de satisfacción. — ¡Ah! camarada, ni los mismos diablos inventarían cosa mejor! ¡Maravilloso! ¡Admirable! ¿Dónde has encontrado esta preciosidad?

Después de haber mostrado su entusiasmo, el abogado echó una mirada recelosa a la puerta y dijo:

— Pero, amigo mío, llévate este regalo. No puedo aceptarlo.

— ¿Por qué? — preguntó el doctor asustado.

— Pues porque aquí viene a veces mi madre, vienen clientes, y tengo reparo además, por la servidumbre.

— No, no, no debes rechazármelo — replicó el doctor — moviendo los brazos. — Sería una ingratitud de tu parte. El objeto es muy artístico. ¡Cuánto movimiento! ¡Cuánta expresión! ¡No me digas eso! ¡Sería una ofensa para mí!

— ¡Si estuviera al menos velado con hojas de parra!

Pero el doctor, agitando las manos con vehemencia salió disparado de la casa de Ujov, y contento de haber logrado deshacerse del regalo, marchóse hacia su casa.

Después de haber salido éste, el abogado quedóse mirando el candelabro minuciosamente, y lo mismo que el doctor, durante mucho tiempo se devanó los sesos pensando qué haría con el regalo.

«El objeto es bellísimo — pensaba — y me da lástima tirarlo; pero por otra parte, no sería decente guardarlo en mi casa. Lo mejor que puedo hacer es regalarlo a alguien. Ya lo tengo pensado: lo ofreceré esta noche a Shashkin, el actor. A ese bribón le gustan esas cosas, y además hoy es el día de su beneficio.

Dicho y hecho. Por la noche, cuidadosamente envuelto el candelabro, fué ofrecido al actor Shashkin.

Durante toda la noche el cuarto de vestirse del actor fué tomado por asalto por los hombres que iban a solazarse contemplando el regalo; y hubo un constante cuchicheo de admiración, entrecortado por algunas risas, que más bien parecían relinchos que risas.

Cuando alguna de las artistas acercábase a la puerta preguntando «¿Se puede entrar?», contestaba inmediatamente la voz enronquecida del actor, que decía.

— ¡No, no, chica! ¡No estoy aún vestido!

Terminado el espectáculo, el cómico, encogiéndose de hombros y meneando los brazos reflexionaba:

— ¡Pues señor! ¿dónde meteré yo esa pornografía? Vivo en una casa particular, frecuentada por los artistas. ¡No es lo mismo que una fotografía, que puede fácilmente esconderse en el cajón!

— No se apure, véndalo usted — aconsejábale el peluquero. — Aquí mismo, en el arrabal, vive una vieja que compra el bronce antiguo. Va usted, y pregunta por la señora Smirnova. Todo el mundo la conoce.

El cómico así lo hizo.

Unos días después el doctor Koshelnikov estaba sentado en su gabinete, y con el dedo puesto en la frente estaba pensando en los ácidos biliosos. De repente se abrió la puerta y entró volando en el gabinete Sasha Smirnov.

El muchacho sonreíase, brillando de alegría; toda su figura exhalaba una suprema dicha.

En las manos llevaba algo envuelto en un periódico.

— ¡Señor doctor! — empezó a decir jadeando. — ¡Figúrese usted mi alegría! ¡Por suerte suya hemos logrado adquirir la pareja de su candelabro! Mamá está contentísima. Yo soy su hijo único, y como usted me ha salvado la vida...

Y Sasha, temblando de emoción y gratitud, colocó delante del doctor el famoso candelabro. El doctor abrió la boca para decir algo, pero no logró proferir ni una palabra. Se le había paralizado la lengua.



De Lomas de Zamora

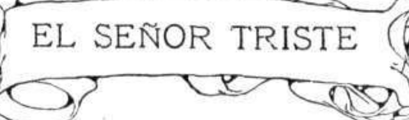


El gobernador, señor José Luis Cantilo, siendo recibido por la comisión directiva del Asilo Tutelar de Menores el día de la inauguración de dicho benéfico establecimiento.

REGENERACIÓN DE LA PATATA

De algunos años a esta parte multiplícanse los trabajos sobre la degeneración y enfermedades microbianas que atacan la patata, degeneración que es fácilmente comprensible si se tiene en cuenta que esta planta desde hace cuatrocientos años se propaga por esquejes de tubérculos, sin que intenvenga en lo más mínico el cruce de la reproducción sexual.

Para regenerar la patata, recientemente se ha ideado un método basado en la influencia que ejerce un hongo sobre el desarrollo de los tubérculos. Este método consiste en sembrar semillas sobre buena tierra de huerto abonada con hojas descompuestas. La experiencia ha demostrado que por este sistema pueden obtenerse tubérculos de 3 kilos de peso. Estos resultados inducen a esperar que este método regenerará con rapidez la patata y se obtendrán por cruzamiento y selecciones cuidadosas variedades de gran rendimiento o condiciones muy especiales desde el punto de vista alimenticio e industrial.

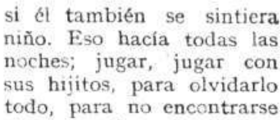


EL SEÑOR TRISTE

En toda la cuadra los vecinos le llamaban el Señor Triste.

Era un señor que se parecía a Dante. Así delgado, así demacrado, así de nariz aquilina, de rostro largo y de ojos mansos y grandes.

Un año atrás el Señor Triste había ocupado una casa en la cuadra, juntamente con su esposa, una joven señora rubia, y tres hijitos, un varón de cuatro años y dos mujercitas de seis y ocho.



En ese entonces los vecinos de la cuadra comprendían que el señor era feliz. Realmente lo era. Decíalo su cara siempre risueña, su jovialidad. Todas las noches se le veía jugar con sus hijos en la vereda. Los alzaba a «babucha», les declamaba versos, les cantaba, mientras su esposa asistía desde el balcón a aquellos tiernos coloquios.

La señora era joven y elegante. Todos los días la veían salir apenas la tarde se iniciaba y retornar con las primeras sombras de la noche. Así todo el año, hasta que un día los vecinos no la vieron más. Desde entonces el señor adquirió un aspecto de honda melancolía y desde entonces también le llamaron el Señor Triste.

Dejó de jugar con los niños en la vereda, la puerta de calle se entornó, las persianas no se abrieron más y se hizo en la casa un profundo silencio como si alguien hubiera muerto en ella.

Diariamente, a las doce, salía el Señor Triste acompañando a sus hijitos a la escuela. Los niños no vestían de luto, pero el señor sí, y de un luto riguroso; los vecinos no podían comprender eso.

A las cuatro de la tarde, también diariamente, aparecía en la puerta la vieja sirvienta. Echaba llave y se iba, retornando en seguida con los niños.

A la hora del crepúsculo el Señor Triste volvía a su hogar, después de sus ocupaciones. Caminaba lentamente afirmándose en su bastón y pasaba ante los vecinos saludando a algunos.

La vida del Señor Triste en lo privado era diversa de lo que se suponía.

Apenas el señor penetraba en sus habitaciones sus hijos corrían a recibirlo. Entonces el señor, hincándose, abría sus brazos y abarcando a todos a la vez, los estrechaba tiernamente contra su pecho. Sólo en aquel instante el rostro del Señor Triste se iluminaba con una sonrisa de alegría.

Entre la algazara de los niños se sentaba a la mesa el señor, pero más bien por fórmula, porque sólo probaba la comida. En vano la sirvienta, que se interesaba mucho por la salud del bondadoso señor, le incitaba a comer un poquito más; él se disculpaba siempre. Prefería ver comer a los niños, oir sus charlas, ser juez amable en sus desacuerdos y servirles él mismo, plato por plato.

Cuando terminaba la comida, entonces llegaba la hora en que tomaba su alimento, que era para él puramente espiritual.

Los niños, a su vez, esperaban ese momento, porque aquel padre, aunque lleno de desdichas, tenía para sus hijos un sempiterno manantial de alegría. Poníase a jugar con ellos y a reir como si él también se sintiera niño. Eso hacía todas las noches; jugar, jugar con sus hijitos, para olvidarlo todo, para no encontrarse ante sí mismo. Cuando el cansancio se apoderaba de todos, el señor invitaba a los niños a dormir y aquí se descubría otro aspecto de su infinita ternura paternal.

Los niños ocupaban solos un dormitorio y allí el señor, por su propia mano, descalzaba a las nenas, las desvestía, les trenzaba bien el pelo, poníales pequeñas cofias blancas y las acostaba bajando los rosados mosquiteros, lo que también hacía con el nene.

Cuando todos sus hijos estaban ya en cama, aquel padre, semejante a una tierna madre, se sentaba en un rincón ante un viejo armonio y empezaba a cantar una canción de cuna acompañado por suaves y lentos arpegios. Su canto era un murmullo, su voz grave y melancólica repetía siempre el mismo tema musical hasta que los niños se quedaban dormidos. Entonces él se levantaba en puntillas, besaba a cada uno y a su vez se acostaba; así siempre.

Una noche el señor, después de haber acostado a los niños, se sentó en el armonio y cantó largamente los ritornelos de su canción de cuna.

Los niños se durmieron y ya el señor iba a levantarse cuando entró la sirvienta y le dijo algo en voz baja. El señor palideció, dió una orden y poniéndose de pie quedó a la expectativa.

Leve susurro de una falda y luego la presencia de una mujer que quiso hablar. El señor la retuvo, le hizo una seña y ambos salieron de aquella habitación.

Ya en el dormitorio del señor, éste le indicó su propio lecho y sin decir una sola palabra retornó al dormitorio de los niños y se acostó con el nene.

El señor no pudo dormir, y muy temprano estuvo en pie, los niños también despertaron y en camisita se pusieron a jugar como siempre.

A la hora del desayuno, cuando los niños estaban sentados a la mesa, el señor fué a su dormitorio en el que la huésped ya estaba en pie. Una señal, ella le siguió y ambos penetraron en el comedor. Ante el incidente los niños abrieron tamaños ojos; el nene preguntó:—¿Quién es esta mujer, papá?...

Hubo un momento de silencio mortificante; luego el señor tomó su sombrero, besó a cada uno de los niños y, como respondiendo a la pregunta del nene, pregunta que quedara vibrando en el aire, dijo con voz temblorosa y con los ojos llenos de lágrimas:—Es vuestra madre, hijitos, es vuestra madre que acaba de llegar de un largo viaje... Y salió bebiéndose el llanto.

La puerta de calle no se entornó más, las persianas se abrieron de nuevo, la silueta de la señora volvió a verse de vez en cuando en las penumbras nocturnas, el señor volvió a jugar en la vereda con sus hijos, pero no cambió de aspecto, no se sacó el luto y los vecinos siguieron llamándole el Señor Triste.



G. CORIA PEÑALOZA



Si usted se siente débil debe tomar con preferencia

OPORTO DOM LUIZ

cuyas altas cualidades lo han incorporado a las adquisiciones de la ciencia tendientes a restaurar las fuerzas perdidas.

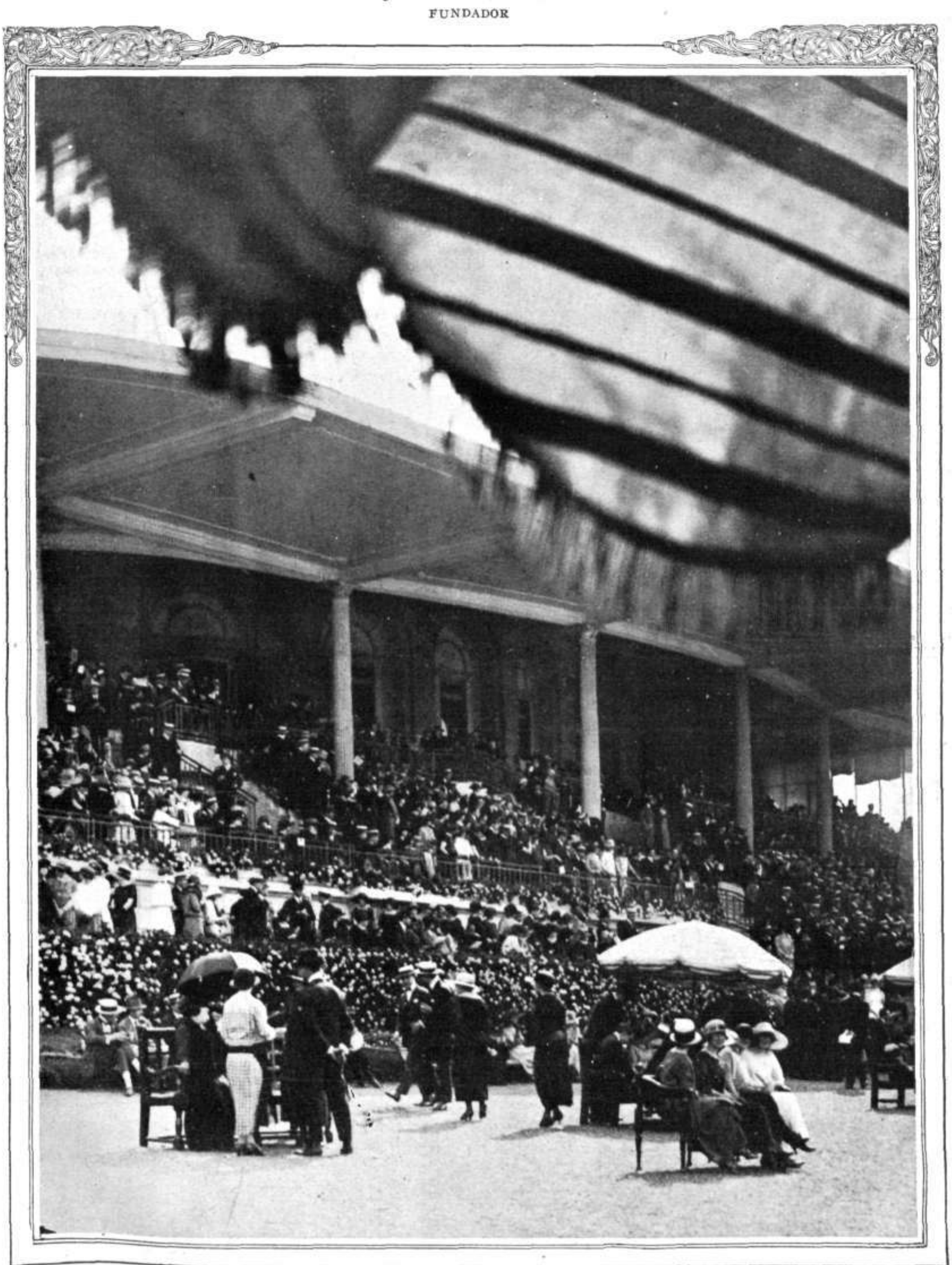
BUENOS AIRES, 11 DE NOVIEMBRE DE 1922

AÑO XXV

CARAS Y CARETAS

N.º 1258

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



EL GRAN PREMIO CARLOS PELLEGRINI

ASPECTO DE LA TRIBUNA OFICIAL DEL HIPODROMO ARGENTINO

Bajo los auspicios de un dia maravilloso, la reunión que tenia por base el último clásico importante de la temporada, adquirió magníficas proporciones. Nuestras elegantes pusieron en la aristocrática tribuna oficial y en la pelouse, una nota de distinción y originalidad. La victoria del invicto «Rico», fué saludada con inenarrables ovaciones; las manos femeninas quietas y displicentes momentos antes, uniéronse en un aplauso entusiasta al júbilo general.

FOTO DE VARGAS.

Juan B. Barnetche



† EN ESTA CAPITAL.

El deceso del señor Barnetche, ex intendente municipal y miembro altamente conceptuado en los centros comerciales del país, ha causado dolorosa sorpresa. Si bien era cierto que una grave enfermedad le aquejaba, no se concebía un fin tan rápido. El partido radical, del cual era uno de los partidarios más entusiastas, pierde con su desaparición, una de sus más descollantes y caracterizadas figuras.

Contraalmirante D. Aguirre



† EN ESTA CAPITAL.

La armada nacional ha tenido que lamentar la pérdida de un jefe de vasta preparación y de recta y ecuánime caballerosidad. El contraalmirante Diógenes Aguirre había desempeñado delicados y altos cargos durante su brillante carrera mereciendo siempre justos elogios todos sus actos. Fué diputado a la legislatura de Entre Ríos, y al Congreso nacional por la provincia de Mendoza. Ha fallecido después de una larga y penosa enfermedad.



CUARTO ANIVERSARIO DE LA GLORIOSA BATALLA DE VITTORIO VENETO. — El ministro de Italia, conde Colli de Felizzano, y distinguidas familias de la colectividad, en el Hospital Italiano donde fué colocada una lápida en conmemoración a la victoria.



NUEVOS MIEMBROS DE LA ACADEMIA DE MEDICINA. — Los académicos recientemente nombrados, que asistieron a la sesión verificada en el salón de la Facultad de Medicina, con motivo de su incorporación.



EN EL AMERICAN CLUB. — El destacado hombre de negocios norteamericano, Mr. Frank C. Munson, presidente de la Compañía de vapores Munson Line, hablando en la comida mensual que realizó ese prestigioso club y en la cual fué invitado de honor.



EN HONOR DEL EMBAJADOR ARGENTINO EN ESPAÑA. — El obsequiado, doctor Carlos de Estrada, con el embajador español ante nuestro gobierno, marqués de Amposta, y las personalidades que fueron comensales en el banquete que le ofreció el ilustre diplomático citado.

DICHO Y HECHO, POR ALVAREZ



Le Breton. — Diablos, esto sí que no hay en Yanquilandia.



Herrera Vegas. — ¿Qué hace, doctor, tan contemplativo?

Alvear. — Estoy esperando las renuncias.



UNA SITUACION CRITICA



PREMIO APERTURA

Alvear. — Apronte el librito; lo piden de Jujuy.



LAS SILENCIOSAS CALLES DE LA «CIUDAD DE LOS MUERTOS», CON EL INUSITADO ASPECTO QUE PRESENTABAN EN LA TRADICIONAL RECORDACIÓN.

EL CULTO A LOS MUERTOS

La actual primavera supo ayudar generosa a los dolientes que rindieron florido homenaje sobre las tumbas de sus fieles difuntos. Allá en el otro hemisferio el otoño regateó las flores. Aquí la la gente humilde tuvo abundante cosecha de ramos, que las piadosas lágrimas riegan en memoria de los queridos e inolvidables seres desaparecidos.

EL MISTERIOSO ASESINATO DE RAINES Y LERMAN

Un nuevo crimen perpetrado en pleno centro de la ciudad

Los homicidas prepararon y cometieron el terrible hecho con extraordinaria audacia

ANGUSTIOSA Y ENERGICA DEFENSA HECHA POR LAS VICTIMAS. — ENSAÑAMIENTO DE LOS CRIMINALES. — EL MOVIL FUE EL ROBO. — SOBRE EL LUGAR DEL SUCESO LOS FOTOGRAFOS DE "CARAS Y CARETAS" REALIZAN LA NOTABLE LABOR GRAFICA QUE OFRECEMOS COMO UNA PRIMICIA INFORMATIVA.



Abraham Raines, la primera víctima del inaudito y bestial asalto.



La policía custodiando la entrada del negocio donde se cometió el doble asesinato mientras los funcionarios requisando el interior, efectuaban el sensacional descubrimiento. *Los agentes absortos ante el hecho,* no reparan en la persona que atraída por la noticia contempla emocionada la labor policial.



Max Lerman, la víctima ocasional de la trágica agresión.

Max Lerman, aún con vida es sacado sin conocimiento en una camilla, de la casa de compra y venta propiedad de Raines. El aspecto del herido, cuyo rostro estaba desfigurado debido a los golpes que le infirieron los asesinos, inspiraba unánime compasión al público que presenciaba la dolorosa escena.

El cadáver de Abraham Raines tal como fué hallado en el negocio. El desorden del salón y las manchas de sangre que aparecen en diversas partes del piso denotaron la lucha que debió sostener el muerto con sus victimarios. Los golpes inferidos en la cabeza a Raines, han sido espantosos, y como se ve en la fotografía dejaron grandes señales. Los brazos de la víctima tenían una completa rigidez, como si hubiera hecho un último y desesperado esfuerzo antes de fallecer, y unas de sus manos apretaba un mechón de cabellos.



Instrumento de hierro, que según las primeras presunciones fué utilizado por los asesinos como arma homicida.



Fondo del negocio donde cayó Lerman acosado por los malhechores. La policía lo halló tendido sobre el poncho que se ve en el centro de esta foto. Siendo ese sitio distante varios metros de donde estaba Raines, hace suponer que la segunda víctima trató de huir seguido por los malhechores que lo abandonaron, en la creencia seguramente de que estaba sin vida.

El bárbaro crimen cometido en la casa de compra y venta de la calle 25 de Mayo produjo en la opinión pública enorme sorpresa.

Hay motivos para deducir que los autores de la misteriosa tragedia pertenecen a elementos criminosos extranjeros. La clase del arma elegida y ciertos indicios, que parecen atestiguar confianza entre los malhechores y las víctimas, así lo hacen suponer. Indudablemente el asalto fué premeditado con siniestras maestría y audacia, aunque al realizarlo los criminales dieron tiempo a sus víctimas para una defensa desesperada.

Lerman, que sobrevivió varias horas al terrible atentado, ha muerto sin que pudiera declarar. En poder de los autoridades existen diversos indicios que dan ciertas esperanzas.

Todas las circunstancias han favorecido a los malhechores, que durante las muchas horas transcurridas desde la perpetración del crimen tuvieron tiempo para huir.

La policía realiza activos trabajos de investigación, y tal vez haya logrado sus laudables propósitos a la hora en que aparece esta nota. El empeño con que ha sido iniciada la pesquisa dirigida por el jefe de investigaciones, señor Santiago, y el personal a sus órdenes, así lo hacen preveer.

Abraham Raines era ruso, nacionalizado, de 30 años. En la noche del crimen hallábase en el interior de su negocio realizando operaciones de balance en compañía del corredor Max Lerman, su compatriota y amigo con quien luego iría a cenar. Fué en ese momento cuando los criminales llamaron a la puerta, siendo introducidos por Raines produciéndose luego la tragedia. Sólo 16 horas después fué descubierto el delictuoso hecho,



El primer auxilio prodigado a Lerman a su llegada al hospital Juan A. Fernández. La infeliz víctima pidió angustiosamente se le diera agua, desgraciadamente esas fueron las únicas palabras que pronunció con cordura, siendo en seguida presa de un horrible delirio que le duró hasta su deceso.

Impresionante fotografía obtenida en el instante en que un amigo íntimo del herido trataba de conseguir alguna contestación a las preguntas que le hacía en idioma ruso. La angustiosa expectativa de las personas que asistían al tristísimo y vano interrogatorio, daban al cuadro una grande e indefinible emoción. Pocas horas después y en medio de infinitos sufrimientos dejaba de existir, llevando cons[illegible] a los asesinos.

EL ATENTADO ANARQUISTA DE VILLA BALLESTER

La explosión de la bomba causa la muerte de un oficial de policía, hiriendo a un agente.



Oficial escribiente Nicolás Venancio Ortega, la infortunada víctima del atentado.



El jefe de policía de la provincia, señor Argañaraz, con el padre y el hermano de la víctima, encabezando el cortejo.



Agente Antonio Celso, que se salvó milagrosamente, resultando herido levemente en el rostro.



Los deudos y compañeros de tareas del oficial Ortega llevando el féretro hasta la última morada. Una imponente masa de público formó el cortejo, demostrando así su indignación por el incalificable atentado.



Frente del local ocupado por la panadería, bajo cuya ventana estaba depositada la bomba explosiva.

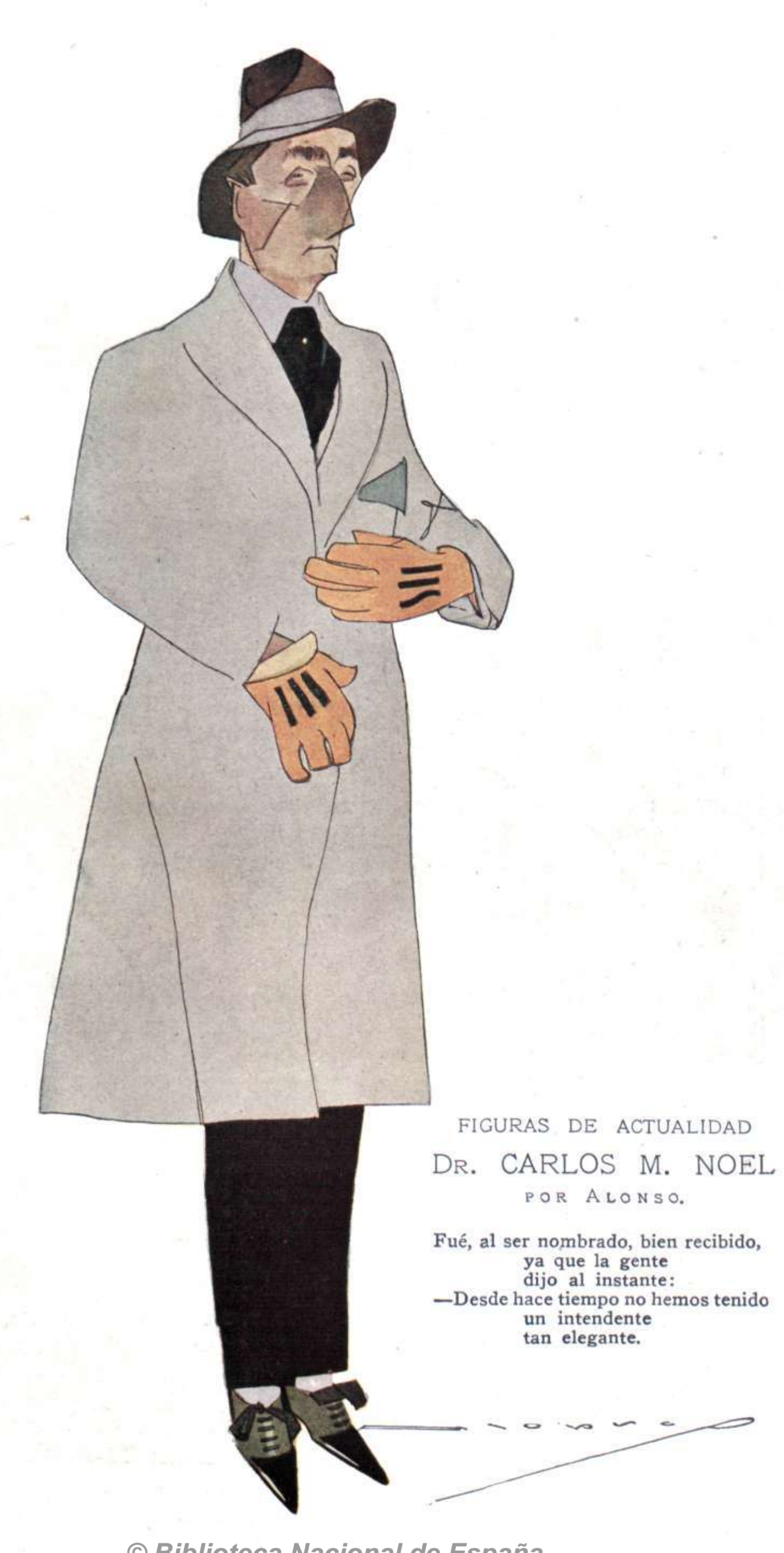
FOTOS DE ARROYO.

Desgraciadamente poco tiempo había transcurrido desde el último atentado terrorista hasta el perpetrado en la localidad de Villa Ballester, y que ha causado la muerte de un joven y recto funcionario policial y puesto en peligro la de un humilde agente. El anhelo del oficial Ortega de evitar una catástrofe, al ser avisado por el agente Celso del hallazgo de una bomba, hizo que al intentar apagar la mecha encendida no lograse su noble objeto, produciéndose en ese instante la terrible explosión que le causó una muerte instantánea.

La bomba fué depositada por manos criminales bajo la ventana de la panadería instalada en la calle Independencia, 52, al parecer con el propósito de atemorizar a los obreros que allí trabajaban. La infausta consecuencia del atentado produjo un intenso movimiento de indignada protesta en la población, cuyo comercio cerró las puertas en señal de duelo.



El doctor Luis Caselli haciendo uso de la palabra, durante el sepelio, en representación del Poder Ejecutivo provincial y de la Jefatura de policía.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

Dr. CARLOS M. NOEL

POR ALONSO.

Fué, al ser nombrado, bien recibido,
ya que la gente
dijo al instante:
—Desde hace tiempo no hemos tenido
un intendente
tan elegante.

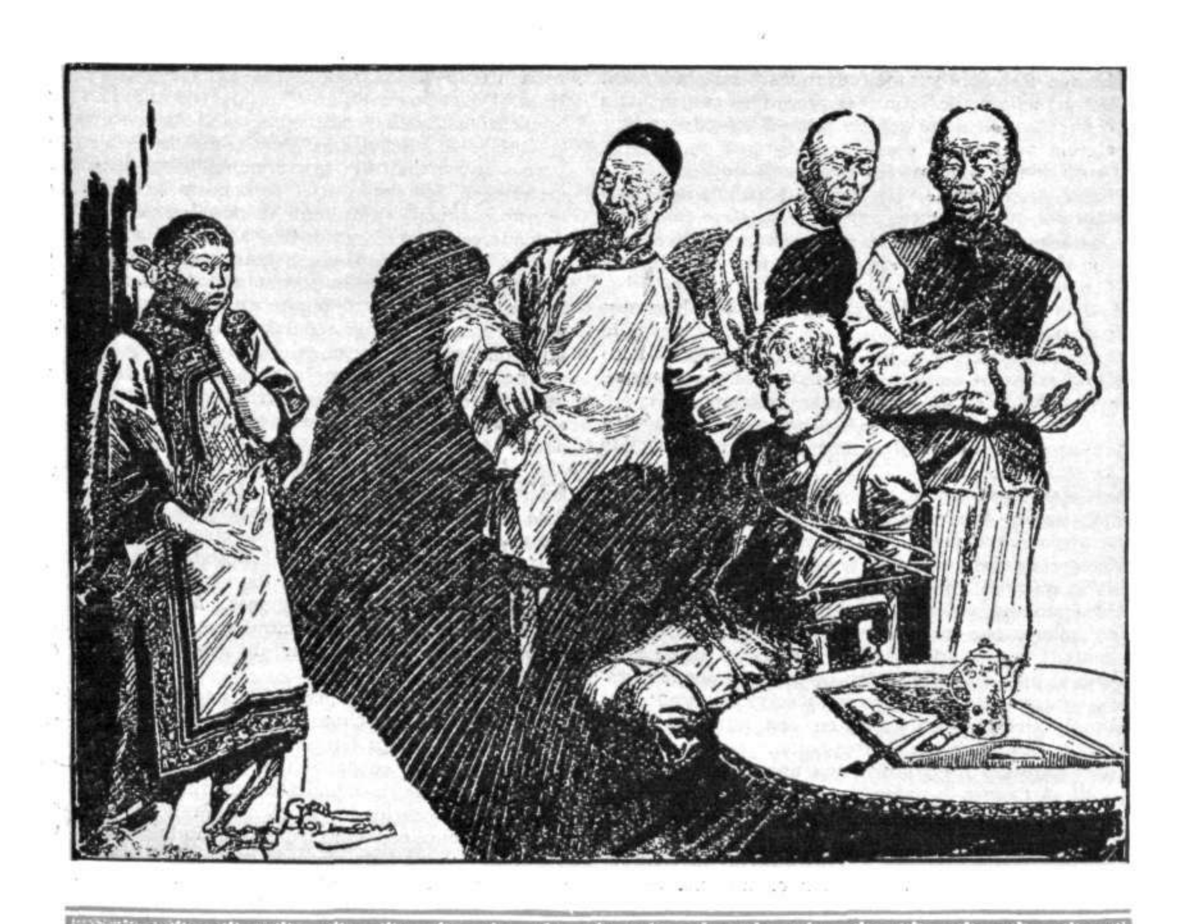
La Ultima Palabra de la Moda

Paris



A LA SALIDA DEL "TE DANCING"

CHAL DE "CRÈPE DE CHINE" NEGRO, AMPLIO
[illegible]



Un Don Juan pelirrojo

Por

Donal Holman

A menudo vemos una gran cantidad de tinta desparramada sobre papel, en el tema de cierta clase de romance acontecido en el este de Asia. Pero el audaz joven que va allí, con todas esas ilusiones metidas en la cabeza, se merece lo que le puede ocurrir. Tome el caso de Ginger Pearce, por ejemplo.

Ginger Pearce era uno de los jóvenes maquinistas de a bordo, en su primer viaje por aguas extranjeras. Estaba tan lleno de romanticismo como una dieta completa de novelas baratas podía haberle metido en la cabeza. Acostumbraba a languidecer recostado en la barandilla, contemplando las tropicales puestas de sol, soñando con palmeras y muchachas de morena tez, que, sentadas sobre las rompientes de olas, tocaban sus pequeños mandolines.

Su imaginación vagaba, mientras se encontraba de turno en la cámara de máquinas, entre el buen y honesto olor del aceite caliente, pensando en los aromáticos vapores transportados desde la costa por el caliente viento de la tarde. Su sueño había sido llegar algún día hasta la China, porque éste era el país donde los arrozales crecían en las escalonadas laderas de las montañas, como una serie de verdes esteras en miniatura, donde el murmullo de la brisa entre la espesura de bambú estaba lleno de misteriosos mensajes del pasado, mientras el dulce sonar de las campanas de la pagoda llamaba a los búfalos de su pradera para volver a través de las sombras de la tarde. Estas eran las ilusiones de que su cabeza estaba llena.

Y ciertamente lo favoreció la suerte. Poco antes de llegar a Hong Kong un defecto en la máquina fué la causa de que el buque tuviera que quedar por quince días en el muelle de Koulun para hacer la reparación. Ginger Pearce disponía de bastante tiempo para estar en tierra.

Recorrió las calles de la ciudad en busca de romance. Por supuesto, en un sentido, los distritos principales de Hong-Kong se prestan para ideas de aventura. Todas esas casas cuadradas, construídas excéntricamente, pintadas de crema, rosa y azul claro, rodeadas de un jardín semitropical, entre árboles de espeso y obscuro follaje, puentes arqueados sobre cristalinos lagos salpicados de flores de loto; estos colores y detalles producen tal efecto en la mente del hombre que lo incitan al idilio, que generalmente va seguido de consecuencias algo desagradables. Por lo menos ese fué el efecto que hicieron en Ginger

Pearce. Se ponía sus mejores ropas y salía a rondar por aquellas calles, con el sombrero hacia atrás y un cigarrillo colgando de los labios. Cuando pasaba alguna ventana la ojeaba con interés, en la esperanza de que tras los sólidos barrotes hubiera alguna chica observándole. Le parecía bastante razonable suponer que las chicas chinas de la clase rica estarían esperando y alertas para correr una aventura con un muchacho papanatas, pelirrojo y con la cara llena de pecas.

Los porteros llegaron a conocerle tan bien que empezaron a mirarle con sospecha. Una vez notó que un policía chino le seguía con interés. Pero Ginger Pearce continuaba soñando en su romance, e insistiendo en sus solitarias excursiones.

A los cuatro o cinco días se encontró con el hábito de seguir cierta ruta, y entonces una tarde recibió su recompensa.

Su perverso ojo acababa de fijarse en una ventana, cuando sintió que ésta, con un pequeño chirrido, se abría suavemente. Alguien estaba allí mirándole. Ginger Pearce se detuvo bruscamente.

Se miraron uno al otro por un par de minutos. Ella era una chica china de suave y pálido cutis, solamente con un pequeño tinte del color de su gente. Sus ojos eran negros y brillantes, mostrando sólo el más delicado rastro de la raza mongola. Su pelo, negro y lacio, estaba recogido atrás, tirante sobre la frente, terminando en una gruesa y larga trenza. Fijó su mirada intencionalmente en Ginger, partiendo sus rojos labios con una sonrisa instigadora. A Ginger le pareció ver en su cara una indicación de interés.

Después, sin el menor cambio en la expresión y sin mover una pestaña, volvió a cerrar la ventana y Ginger Pearce se encontró haciendo una mueca a los postigos.

Quedó por los alrededores en espera de otra oportunidad o alguna indicación, pero después de media hora se le ocurrió que aquel era un asunto secreto, que había que actuar con mucha precaución, y resolvió retirarse.

Al día siguiente y a la misma hora, después de veinticuatro de continua excitación, volvió al mismo lugar. La misma cosa volvió a suceder, sólo que aquella vez, recordando los modales, levantó el sombrero haciendo al mismo tiempo una reverencia con su pelirroja cabeza.

Ella le miró solemnemente sin alterar la expresión, volvió a cerrar la ventana, y Ginger comprendió que tenía otras veinticuatro horas de impaciente espera.

La noche siguiente volvió a repetirse la escena, pero aquella vez Ginger consiguió una respuesta.

La chica, poniendo un dedo en los labios, sacó la cabeza afuera de la ventana para dar un vistazo a ambos lados de la desierta calle, y después le señaló una puertecita que quedaba al final del muro de la casa. Cuando estuvo segura que Ginger había comprendido lo que quería darle a entender, le dijo con el más extraño y familiar acento: «Mañana».

Antes de que Ginger volviera de su sorpresa, la ventana volvió a cerrarse dejándolo con las preguntas en los labios. Claro que Ginger Pearce no era un tonto. Varias veces se le ocurrió pensar que aquello podría significar un peligro, pero pronto dejó la idea a un lado, parte porque no le importaba mucho el peligro y parte porque en cada historia de aventuras que había leído el héroe tenía que valerse de sus puños y derribar a sus enemigos como si fueran palos de bolos.

Al día siguiente, con toda puntualidad, Ginger esperaba frente a la puerta que ella le había indicado. Después de esperar un par de minutos se aventuró a llamar, y la puerta cedió suavente bajo los golpes de sus nudillos. Otra mano tomó la suya y se sintió arrastrado bruscamente hacia adentro, cerrándose la puerta tras él con un golpe. Tan pronto recuperó su aplomo se puso en actitud de defenderse, pues se encontró, no frente a la muchacha como en otras aventuras, sino frente a un corpulento chino de horrorosa apariencia. Este le hizo un gesto pidiéndole que guardara silencio, al mismo tiempo que le señalaba hacia una puerta que conducía a la casa.

Nuestro pelirrojo Don Juan recuperó su tranquilidad al ver que el chino aparentaba estar también en la intriga, y se dispuso a seguir sus indicaciones.

Abrió la puerta y se encontró en una espaciosa habitación. El chino le señaló otra puerta indicándole que pasara. En la habitación próxima encontró una escalera de mármol que conducía hacia la parte alta de la casa, y como el chino le hiciera señas de seguir, empezó a ascender la escalera guardando toda clase de precauciones. Allí se encontró en una habitación obscura, que por muebles no tenía más que un par de rústicas sillas y una mesa.

Con otro gesto, significando la necesidad de mayor precaución, el chino desapareció cerrando la puerta y dejando a Ginger en la completa obscuridad. A tientas encontró una silla y se sentó en espera del final de aquella aventura. Aquella espera en la obscuridad y el silencio empezó a obrar en sus nervios con aprensión, atacando su activa imaginación con toda clase de horrores. Al cabo de tres cuartos de hora se encontraba en lastimoso estado de ánimo; entonces, por fin, algo sucedió.

Alguien parecía moverse en la habitación contigua. En seguida le pareció oír el ruido de la manija de una puerta e inmediatamente la habitación se iluminó con luz eléctrica. Ginger saltó de la silla con un grito de horror y miedo. Ante sus ojos tenía un hombre de edad, alto, delgado y con la típica vestimenta china, quien, aun con una mano en la llave de luz, le estaba mirando fijamente y con una mirada llena de odio. Ginger lo miró también, estupefacto, restregándose los secos labios y tratando de encontrar algo que decir.

— ¿Bueno? — dijo el hombre desde la puerta.

— Vea — dijo Ginger con ira, — esto es un error. Déjeme salir.

— No hay duda, no hay duda — le contestó con un pequeño cabeceo.

— Me habían citado esta tarde y me he equivocado de casa.

— Por eso es que se quedó tan tranquilo en la obscuridad, esperando... ¡Claro!

Ginger comprendió que todas las evidencias estaban en su contra y decidió dejarse de explicaciones. Recordando que pertenecía a la raza blanca dominante y que había caído en un lazo tendido por un nativo, se determinó a no aguantar insolencias.

— Nada importa eso — le gritó. — Usted me abre la puerta...

El hombre, aún frente a la puerta, sonrió moviendo la cabeza.

— Todavía no — le dijo.

Había una sugestión en sus palabras que le impedían a Ginger mantener la tranquilidad. Entonces vinieron a su memoria otras de las tantas escenas que había leído. Torturaciones para producir una muerte lenta y

horrorosa, o como algunas personas habían desaparecido en las siniestras y misteriosas profundidades del Este para nunca volverse a oir hablar de ellas. En vista de estos temores, cambió de actitud.

— Mire — le dijo en un tono más amable,— si usted cree que estoy en su casa con algún mal propósito ¿por qué no llama la policía?

— No — le contestó con cierto goce; — yo mismo me voy a entender con usted.

Entonces Ginger vió que no había otro remedio que la fuerza.

— Si usted no se aparta de esa puerta... — le gritó con tono amenazador.

El otro sonrió. Dió una palmada y se abrió la puerta apareciendo dos enormes chinos que se colocaron detrás de él.

Entonces Ginger sintió los efectos que no había sentido en muchos años: como una criatura al borde de las lágrimas. Ahora estaba empezando a darse cuenta de la ferocidad que se despierta en un oriental cuando se les toca en el amor propio de sus mujeres, y empezó también a comprender la magnitud del revoltijo en que se había metido.

— Escuche ahora — le dijo el dueño de la casa; — usted vino a mi casa en la creencia de que había arreglado una intriga. Usted es justamente el tipo necio de blanco que viene a este lejano Este para hacer una inmensa cantidad de daño. Voy a explicarme mejor. Yo soy un Eurasiano. Mi padre era un marino noruego, quien abandonó a mi madre antes de que yo naciera, y jamás volvió a oir de él. Mi madre tuvo que trabajar piadosa y duramente para mantenerme y educarme. Mi niñez ha sido miserable y fuí despreciado por los chinos y los blancos a causa de mi nacimiento mixto. A pesar de eso, he prosperado en los negocios y pude dar a mi madre tranquilidad y bienestar en los últimos años de su vida. Pero nunca he olvidado a los blancos, por el daño que uno de ellos causó a mi madre y a mí. No puedo olvidar tampoco la vida de ignominia y las infamias a que están condenados a sufrir todos los Eurasianos de las colonias británicas. Hace unos días le vi rondando mi casa, reconocí su tipo y me imaginé la clase de aventura que usted estaba buscando. Di a mi hija ciertas instrucciones, y cuando vi la ansiedad con que usted respondió me imaginé lo que usted esperaba. El viejo rencor volvió a aparecer en mí. Comprendí lo que hubiera sucedido a mi hija si ella hubiera estado actuando sin mis instrucciones. A usted no le hubiera importado nada, aunque para ella hubiera sido la ruina. Así que le tendí esta trampa en la que usted tan incautamente ha caído. Amigo mío, ahora va a sufrir su castigo.

Ginger, que había estado escuchando todo esto con una mirada de horror, dió un trago que pareció sacudir todo su cuerpo.

— Para una prueba de lo bestia que usted es — continuó el dueño de la casa con frialdad, — le voy a cortar la oreja derecha.

Mientras Ginger estaba digiriendo esto, dió algunas órdenes sobre el hombro a los chinos en su propio idioma, y ambos salieron dejando a Ginger y su verdugo solos.

— Usted no me va a asustar con eso — dijo Ginger. — Usted sabe muy bien que no se atrevería a hacerlo.

El otro sonrió.

— Si usted pone un dedo sobre mí — continuó Ginger, — daré parte a la policía tan pronto como me vea libre.

— Cortaremos la oreja primero — le dijo el dueño de la casa. — Después veremos lo que pasa. En este caso, creo que la policía no podrá hacerle crecer otra oreja.

Ginger estaba ideando hacer una frenética acometida en busca de la libertad, cuando aparecieron de nuevo los dos chinos. Uno traía en las manos una bandeja con una palangana y un gran cuchillo de cocina con larga, delgada y puntiaguda hoja. Ginger tembló al verlo. La bandeja fué depositada sobre la mesa y el otro chino colocó al lado un jarro con agua.

— La palangana — explicó tranquilamente el dueño de la casa—es para recibir su oreja. Pero no seremos crueles innecesariamente. No nos hemos olvidado de proveer los vendajes.

Dió algunas órdenes a los chinos, los que volvieron a salir.

Ginger decidió que era el momento oportuno para lanzarse en busca de la puerta por donde había entrado en la casa.

Con un grito y de un salto se plantó en la puerta. El dueño se apoderó del cuchillo, pero no intentó detenerlo. Corrió por las escaleras abajo con tanto apuro y miedo que los últimos escalones los bajó rodando.

Al tiempo de incorporarse para continuar su precipitada carrera sintió una mano fría que le apretaba la garganta para después arrojarlo con violencia contra el suelo. Inmediatamente se encendieron las luces y vió, con la consiguiente sorpresa, que se encontraba en las manos de los dos chinos. El dueño de la casa bajaba la escalera dando ciertas órdenes que Ginger no pudo comprender. En pocos segundos se encontró de nuevo en la habitación de donde había intentado escapar. Mientras uno de los chinos lo sujetaba fuertemente, el otro sacó una cuerda de bajo sus ropas y dos minutos después Ginger Pearce estaba atado con toda seguridad a la silla.

— Si usted me corta la oreja — dijo Ginger, — cuando la gente me vea, ¿qué les voy a decir?

El dueño de la casa dejó de restregarse las manos y lo miró con atención.

— Seguramente que usted no espera que yo invente una mentira para protegerle — continuó Ginger. — El nombre de su hija sufrirá...

En aquel momento se abrió la puerta y Ginger se encontró frente a la misma muchacha que le había mirado desde la ventana. Parecía sorprendida y asustada. Miró los objetos que había sobre la mesa con expresión de alarma, y volviéndose hacia el padre empezó a hacerle preguntas. Ginger notó el tono de asombro que había en sus palabras.

— He estado tratando el asunto con mi hija — dijo el dueño de la casa volviéndose hacia Ginger. — Ella me pide encarecidamente que lo perdone y lo deje en libertad. Por el cariño de ella estoy dispuesto a acceder.

Ginger dió un suspiro de satisfacción.

— Usted se ha llevado un buen susto, y eso es suficiente — continuó el padre. — Pero hay dos condiciones que debe aceptar.

— Cualquier cosa que sea razonable — dijo Ginger.

— La primera, que no se ocupará de encontrar mi nombre ni volver a esta casa.

— Conforme — contestó Ginger fervorosamente.

— La segunda, que tiene que pedir perdón a mi hija.

— Lo siento mucho, se-

ñorita — le dijo, y verdaderamente lo sentía.

Ella le contestó con una pequeña reverencia. En seguida sonó otro ruido detrás de la puerta. Era una carcajada de profunda satisfacción.

Thompson, el primer maquinista de abordo, entró en la habitación sonriendo burlonamente.

— Te sorprende verme aquí, ¿no? — dijo Thompson. — Bueno, espero que será una buena lección para ti.

— ¿Lección? — balbuceó Ginger con cara descompaginada.

— Una lección especialmente arreglada — explicó Thompson con satisfacción — con la ayuda de nuestro amigo — e indicó al hombre de la vestimenta china. — Este señor es el representante en Hong-Kong de nuestra línea de vapores. Dió la casualidad que te vi pasar desde aquí cuando salías en busca de aventuras y arreglé con el señor Woo para darte esta lección.

Cuando Ginger, aun pálido y tembloroso, se encontró de nuevo sobre sus pies, la hija de Woo se le acercó.

— ¡Pobre joven! — le dijo. — Aun no se ha repuesto de la broma tan pesada. Tiene que perdonarme porque yo estaba obrando según las instrucciones de mi padre, sin imaginarme que querían darle una broma tan cruel. Usted se quedará en esta casa para descansar, hasta que su buque salga. — Y continuó después de dirigirle al padre una mirada de desafío.

— En otra ocasión tiene que venir aquí para visitarme.

Tomándolo del brazo se lo llevó a otra habitación. Su padre y Thompson se quedaron mirando la puerta por donde habían desaparecido los dos, y después se miraron uno al otro.

— Woo — dijo Thompson, — es curiosa la forma en que este mundo se da vuelta para darle a uno una patada cuando uno menos la espera. Nunca haga un plan dependiendo de una mujer. Yo las conozco Woo. Como consecuencia de este asunto, tenga la seguridad que antes de seis meses será el suegro del joven Ginger.

Así fué.

F I N



LADRON GALANTE

— Perdóneme, señorita, que le acompañe sin haber sido presentado antes.



— Yo, señor, pago mis cigarros a 100 pesos.
— ¿La caja?
— No, el metro.



ESPOSA EXIGENTE

El. — Te he comprado una alcoba Luis XV, un comedor Enrique II; ¿qué más quieres?

Ella. — Quiero que me compres un salón literario.



El león. — ¡Es horrible estar encerrado con un salvaje semejante!



VACACIONES

— Le dije que llevara la cuenta al N.° 13.
— Ya le llevé, señora.
— ¡Imposible! Si todavía lo siento cantar en su cuarto.

LOS AMORES DEL VIEJO QUILQUES

Por

SANTIAGO MACIEL



UNA ocasión, amigo Quilques, si no estoy equivocao — expresó risueño el comisario, — nos dijo usté que, de mozo, había sido enamorao y mujerengo, como empleao e polecía, y áhi, no más, se sentó, sin probar su aserto, y aunque nosotros respetamos muy mucho su palabra y sabemos que no hay cristiano en este mundo que no haiga sido medio diablo en su juventú, creya que tuitos los presentes se alegrarían oyéndole contar alguna historia e su vida, porque, cuando es usté el que cuenta, las cosas más insinificantes parese que salen de su boca grandes y nuevitas y uno las ve como si las estuviesen representando en el tiatro...

—Muchas gracias, comisario — interrumpió el viejo, mirando con socarronería a la concurrencia, — pero, pa decir verdá, usté me pide algo que podrá ser divertido p'algunos, pero que pa mí, puede que sea triste, porque voy a tener que escarbar la sepoltura e mis recuerdos, sacando ajuera los güesos amarillos y haciéndome pensar en un tiempo que estaban bien forraos de carne rosada y fresquita...

—No le hace — gritó uno de los oyentes, — porque el amor pasao tiene solamente un poquito e tierra ensima, y no hay más que soplar dispacio, pa verlo otra güelta...

—Ha dicho bien — agregó el indio Ñacurutú, echándoselas de filósofo, — porque el amor, aunque paresca dijunto, no está más que dormido, y basta recordar el nombre d'ella pa que se dispierte...

—¡Bravo! — gritaron clamorosamente los circunstantes, batiendo las manos.

—Si no me engaño — agregó el juez, mirando a Ñacurutú, — al amigo Quilques le ha salido un cantor de contrapunto...

—Aunque no hay que confundir marucha con pajarilla — dijo Quilques, — el amigo Ñacurutú, en su canto, es el rey del pajonal... y los óidos, a veces, se engañan.

—Cada uno es como su madre lo ha hecho — contestó el aludido, exhibiendo su recia dentadura, en una sonora carcajada, — pero no se olviden que el lechuzón es el enemigo del zorro, porque muchas ocasiones sabe dejarlo sin merienda...

—Eso se cre él, sin alvertir que lo que se hace con los dientes, no se puede hacer con el pico...

—Güeno — se apresuró a decir el comisario, para cortar el diálogo que se estaba haciendo enojoso, — ya es hora de que el amigo Quilques nos cuente su historia, qui ha de ser linda, como día e trilla, con pasteles y mazamorra con leche...

—Casualmente, usté me ha puesto el dedo en el mesmo sitio el asunto, porque jué en día e trilla que conosí a la ingrata...

—¿Ingrata?... ¿Y por qué? — preguntó el pulpero, queriendo mostrarse listo. — Mire que prencipiando ansina, ya nos ha contao el final e la historia...

—Es que siempre son ingratas las mujeres cuando nos largan sin rasón o cuando nosotros las largamos por la mesma causa. De consiguiente, no sólo no he acabao, sino que entuavía no he empezao a contarles nada...

—Perdone — contestó el pulpero, — que un tiro e laso juera e las guampas, le pasa al más baquiano...

—Ya está perdonao, pero sepasé qui hay que saber revoliar la armada pa ser un güen pialador... Y ahura escuchemén, si quieren, porque yo no soy maistro de escuela, pa obligarlos a aprender.

Jué un día e trilla, como dije, que la conosí. Se llamaba Florinda, y era bastante güena mosa. Mientras las yeguas trotaban, aventando las pajas en la era, y las chinas soplaban las charamuscas en las fogatas, yo bordoneaba a mi gusto, porque una fiesta campera sin guitarra, es lo mesmo que un monte sin pájaros cantores, y una mujer linda sin corasón...

Ya lo dijo Santos Vega, señores:

> Cuando la guitarra suena,
> en manos de un payador,
> juye del alma la pena
> porque la ocupa el amor...

—El verso es güenaso — interrumpió el juez, — pero Vega no lo compuso...

—Lo compuse yo — contestó Quilques, con arrogancia, — y es lo mesmo. Siempre le han de tirar a uno a la cara el nombre de un payador afamao, como si dispués d'el se hubiera acabao la cría. Cuando yo me muera, risién se van a dar cuenta de lo qui han perdido. En esta tierra hay que dar el último resuello pa que a uno lo menten un poco...

—No precisa morirse, amigo — dijo el comisario, — pa que lo apreseen en lo que vale, porque "Caras y Caretas", q'es como el clarín de la fama, se ha encargao de haserlo conoser de tuito el mundo, y ya saben, en la patria y juera d'ella, que usté es el gaucho más ladino, más inteligente y más guapo que ha nacido en este páis.

—Ya me han contao algo d'eso — contestó Quilques, aparentando displicencia, — pero un poco e solsito no es güen día y la justicia no almite ninguna nube...

—Día llegará — agregó el juez con energía — que la envidia no se animará a echar sombras pa escureser su nombre, pero consuelesé pensando que tuitos los grandes hombres han sido golpiaos de lo lindo y hasta crucificaos, si vamos a ver, antes de conseguir la palma e la gloria.

—Es verdá, juez — dijo el viejo, pasándose la mano por la frente, como reflexionando, —

pero yo colijo q'es mejor vivir inorao, como un animal cualquiera, que morir estaquiao o en el sepo e laso de nuestro güen amigo el comisario.

—No calunie tan fieramente — contestó enojado el aludido, — porque naide mejor qui usté sabe que el sepo e laso lo regalé al museo del pueblo... En mi sesión no se martirisa a los presos...

—Ansina es verdá — replicó el viejo, sin poder contener la risa, que corearon todos los presentes; — ya el estrumento ese no servía... y los infelises estaban desiando uno nuevo...

Las bocas se abrieron, al fin, originándose el primer tumulto de carcajadas, gritos y manoteos, hasta que el juez dijo, alzando el tono de la voz:

—Estamos cansando al flete con tantos vareos; dejelón que cuente su historia, ¡qué canejo! Y usté, comisario, sosieguesé, que es el primero que tiene que dar el ejemplo...

—Ya estoy callao, cumpliendo su orden, que pa mí es como del jefe...

—Güeno — dijo resueltamente el viejo, entrando en materia. — Florinda era la hija del dueño de la estancia — un gringo que tenía mucha plata, viudo de una criolla, que a juerza de tanto peliar al marido, murió de un ataque a la cabesa. La muchacha había llegao a la trilla, reciensito, con el padre, y me había óido cantar unos versos di amor, d'esos que son como veneno e yararaca pa las almas inosentes. Al viejo no le gustó mucho la cosa, porque la pionada se entusiasmó tanto con el canto, que abandonó el trabajo y formó rueda. Empesó a resongar medio en castilla y medio en italiano, cuando ella, un poco avergonsada de la atitú del padre, me alcansó un mate, diciéndome, tuita emosionada:

—Cante, nomás, señor Quilques, aunque no sea más que pa mí sola.

Y me clavó los ojos, juertemente, sintiendo yo el pinchaso en el corasón. Me quedé mirándola, tan asonsao, q'el mate se me cayó, redamándose en el pasto. Ella se agachó pa recogerlo, en el mesmo estante en q'iba a haserlo yo, y sin querer le agarré la mano. Ella no la retiró, ni yo tampoco, y ansina estábamos cuando apareció el viejo gritando:

—Flurrinda, ¿qué hase qui no viene a ayudar a la quente? Muóvase pronto...

Ella, la pobre, se jué tuita colorada y me echó, de despedida una mirada como disiéndome:

—Perdone la grosería de tata y tenga compasión de mí...

Dende ese momento yo la perseguí por tuitos laos, como un rastriador, sin perderle pisada. Si iba a un baile, allí estaba yo; si iba a visitar a una amiga, me le aparesía en el camino, y no había ni corrida e sortija, ni yerra, ni carrera, ni velorio, sin que yo estuviese aguaitándola. El padre echaba juego por los ojos como un condenao, porque ella se le perdía en cuanto se descuidaba; porque se había prendao de mí, con tuito el calor de los veinte años; porque como joven inteligente q'era, sabía que no encontraría en el pago un moso más meresedor que yo del amor de una mujer, hasta que un día el viejo se me vino con una pregunta inconveniente, delante de unas cuantas personas, en un baile, con motivo de un casorio.

Ansina, nomás, a quemarropa, me dijo:

—Usté quiere casarse con m'hica?

Yo, pa disir la verdá, no había pensao en eso, pero, con la sorpresa, no tuve tiempo de reflesionar y le contesté, hasiendo la pata ancha:

—Sí, señor; tengo esas miras...

—Y, ¿con qué cuenta?

Casi le dije que con lo d'ella, pero ya me había serenao un poco y no quise descubrirme...

—Yo, ahura — le contesté, buscando palabras que no me comprometieran, — no cuento más que con mi guitarra y mi pingo, pero trabajaré...

—Su caballo — me respondió con rabia — no vale ni vente patacunes, y su guitarra menu qui un acurdiún...

Lo del caballo podía pasar, porque, al fin, no se trataba más que de un animal... ajeno; pero lo de la guitarra, no, ¡canejo! porque áhi dentraba yo; yo, el payador; yo, el guitarrero más mentao de aquellos tiempos; yo el más agasajao en tuitos los ranchos, en tuitas las reuniones ande concurrían las morochas más querendonas y bailarinas...

No me pude sofrenar y le contesté de mala manera:

—Usté no sabe lo que dice, porque las cosas del alma no son lo mesmo que un choclo o un chancho de los que usté cría; ¡qué se ha créido! Sepasé que su hija, por más linda que sea y por más dinero que le toque cuando usté se vaya al otro mundo — que Dios quiera que sea pronto, — no vale más que yo, que tengo las casas y los campos de tuitos mis amigos. Yo quiero a Florinda y no a su plata; quiero a su cara de virgen santa y a su cuerpo que Dios hizo pa recreo de mis ojos... y aunque usté me haga la guerra, lo he de redotar, ¡canejo!, porque ella a de dir conmigo ande me lleve la suerte.

El hombre se encogió lo mismo que tripa gorda en las llamas y dió güelta cara como un maula, temblándole la osamenta. Se llevó a l'hija di un braso y me echó, dende la puerta, como una nube de jejenes, tuitos los ternos en italiano que había aprendido en los fondines de Nápoles.

—Pero, usté, amigo — dijo el comisario, — olvidó esa ocasión su güen sistema de no acalorarse por nada y de pinchar con el cuchillo e palo de su risa, que a gatas le arruga la boca... Confiese que se le disparó el bagual ensillao...

—No, qué s'iba a disparar — replicó el viejo — si yo mesmo le secudí un rebencaso pa que se juese. Tuito lo había combinao, porque, dende aquel momento, mañobrié sin pedirle permiso, y delante d'él mesmo me paraba a conversar con ella, de a caballo o de a pie, en la tranquera. Ella, la pobre, iba mansita ande yo la llamaba, pero mirando pa atrás, de cuando en cuando, por miedo de que el padre la maltratase, porque el hombre era muy capás d'eso, si se le alborotaba el camuatí...

—Por lo visto — interrumpió el juez — la muchacha era una loca... de amor, de esa laya e mujeres, que, cuando se enamoran, cierran los ojos y atropellan tuito lo que se les pone por delante, lo mismo que potro encelao...

—Tuitas las mujeres — contestó el viejo — son lo mesmo cuando hay un hombre que sabe dispertarles y sostenerles un amor projundo, aunque, como usté lo sabe, hay babiecas que suelen tener una suerte loca. A esos disgraciaos, cuando uno los ve al lao de una güena mosa, les puede repetir el refrán criollo: **la mejor carne se la comen los perros**

—Ta bien esplicao — intervino el comisario, — pero a mí me parese que el caso es viejo y conosido. La muchacha era una volunta-

riosa y mal criada, y el viejo un hombre de mal caráter, pero sin caráter. Ya veo el final de su historia. La mosa levanta el vuelo y se va con el gavilán, o el gavilán se hace patrón de la casa. ¿No es ansina, cumpa?...

—¡Qué bien conose a las mujeres, comisario! Su prática policial lo ha hecho sabio en los asuntos de corazón. Hay que felicitarlo...

—¿Cómo, no jué ansina?

—Aura verá, no se apure... A mí me hiso reselar la conduta del padre, porque dende hacía una semana, poco más, poco menos, el hombre me miraba con una cara de risa como si se estuviese burlando de mí. Era chocante, en deveras, y sucedió que se cambearon de golpe las cosas, porque él se ponía contento cuando me veía, y yo, al verlo, me ponía rabioso como perro cimarrón hambriento... La muchacha me quería, lo mesmo que siempre, más que nunca... pero aquella risita del gringo me estaba poniendo teru-tero.

—¿Qué le pasa al viejo? — le pregunté un dia a la muchacha — y agregué:

— A mí me gusta más que esté enojao.

Y ella, haciéndome una caricia, me contestó:

— Pa mí es igual que haiga güen tiempo o que llueva.

— Pero para mi no, porque me estoy poniendo cosquilloso. Yo no aguanto ni el enojo ni la risa de un enemigo...

— Acordate — me dijo ella — que es mi padre. Ahura le habrán venido ganas de rairse, como cualquier cristiano y naide puede privarle...

Y tenía razón; pero, cuando las mujeres enamoradas empiezan a reflesionar, el novio debe disconfiar un poco. Es clavao. Mi esperencia me lo ha probao cien ocasiones. Y ansina jué ¡canejo!

No había pasao una semana, cuando una tarde, al asercarme a la tranquera pa saludarla, encontré a Florinda conversando con un mosetón largo y flaco, muy bien empilchao, con traje e cajetilla y un bigotito de careta de diez centavos.

Ella, al verme, parese que se sorprendió, pero se me asercó como siempre, aunque la vi muy colorada, con los ojos muy brillosos, como barnisaos.

—¿Quién es ese tente en el aire? — le pregunté de mal modo.

—Ese... — me respondió ella, bajando la cabesa — es mi primo Humberto, qui ha venido de Italia...

—¡Tu primo! — le dije yo, mirándola con juersa. — ¿Y qué ha venido a haser aquí?...

—Tata lo mandó buscar.

—¿Y pa qué?, si se puede saber...

—Pa que lo ayude en la estancia y trabaje a medias... Ansina dise él...

—A medias... y con ligas — le grité, rompiendo el alambrao de mi prudencia...

—No hablés juerte — me recomendó ella, que puede oregiar algo...

—El que lo va oregiar soy yo...

—Calláte — volvió a repetirme, y un poco asustada agregó:

—Mirá que es calabrés...

—Qué calabrés ni calabrés. Yo no respeto nacionalidá ninguna...

Y allí no más le hise un escándalo pa ver si el otro salía... pero no salió y yo me juí dispués de insultarlos a tuitos. Jué al cuete; el moso, aunque calabrés, paresía no entender la castilla. Será, me dije, otra ocasión, cuando aprienda a hablar en cristiano...

Pero no tuve que esperar tanto tiempo, porque esa mesma noche, al salir yo de la pulpería, me dieron una puñalada por la espalda, que casi me dijuntearon. Yo lo acusé a él, pero la polesía no pudo descubrir nada, y el hombre salió en libertá al otro día.

Dispués de dos meses que estuve entre la muerte y la vida, me dieron di alta en el hospital, y aunque estaba más débil que un cordero recién nacido, volví al pago pa haserme justicia por mi mano. Yo le iba a enseñar a aquel traicionero, cara a cara, lo que vale un gaucho... pero no pude, mis amigos, haser nada...

—¿Y por qué? — preguntó el comisario con ansiedad.

—Porque me encontré con la notisia de que el primo se había casao con la prima y juntos con el padre se habían marchao a vivir a Italia. ¿Comprienden ahura si tenía motivos pa disconfiar de la risa del viejo?

—Pero no disconfió d'ella — dijo el comisario riéndose — y ese jué su error...

—Se equivoca, comisario — respondió Quilques, riéndose también, — porque nunca he créido en el amor de las mujeres... sino a plaso fijo, como los papeles que les hase firmar nuestro güen amigo el pulpero...



— Parece usted preocupado.
— Sí; la vida de casado altera mis nervios.
— ¿Lleva usted mucho tiempo casado?
— No; el matrimonio tendrá lugar mañana.



— ¡Cómo Luisa! ¿Usted me deja para casarse? Podía haberme avisado antes.
— Señora, no es mía la culpa. Su hijo hasta anoche no me dijo que nos casábamos.



¡VIEJO PICARO!...

— ¡Te diría con gusto todo lo que pienso de eso!... ¡Pero como soy franco, prefiero más no decir nada!...



LA MARMOTA

HBRÁS oído decir muchas veces (y quien sabe si el dicho no te tocaba de cerca) la siguiente o parecida frase: «Este niño duerme como una marmota». La marmota tiene merecida fama de dormilona, pero aun posee otra debilidad: la de silbar. Su voz es un silbido tan estridente como el de esos niños y hombres que en el tranvía molestan a los pasajeros «chiflando» los tangos de moda o las estúpidas canciones arrabaleras. Por todo esto te aconsejo, lectorcito, que procures no dormir ni silbar como las marmotas.

Este animalito es un roedor de la familia de los *esciúridos*, a la que también pertenece la ardilla europea. *Sciurus* llamaban los romanos a la ardilla que dió nombre a toda la parentela. La palabra marmota viene del francés *marmotte*, y ésta, según algunos autores, del latín *mure montano* que significa ratón de montaña. *Mure montana* y *marmotta* le dicen los italianos.

La marmota común vive en las montañas de los Alpes, Pirineos y Cárpatos, muy cerquita de las nieves perpetuas.

Tiene palacios de verano y de invierno. Los de verano son madrigueras que la marmota abre con uñas y dientes allí donde da el sol y los hombres no llegan. Las madrigueras de invierno son más hondas y más grandes. En cada una de ellas se reune papá Marmoto y mamita Marmotona y los marmotoncitos y marmotoncitas. Estas familias se componen de 5 a 15 individuos. En el salón principal de la casa, tapizado lujosamente con hierbas suaves, es donde la familia se dedica a la tarea de dormir durante unos ocho meses seguidos, sin despertarse.

Veamos como se realiza este programa de vagancia: Las marmotas comen muchas hierbas y raíces en verano hasta ponerse gordísimas y beben pocas veces pero en gran cantidad. Cuando principian las heladas, cosa que en aquellas alturas ocurre casi antes de terminar el verano, la marmota deja de comer, bebe unos buenos tragos y se mete con su familia dentro de la madriguera, a cuya entrada pone una puerta de piedras, yuyos secos y tierra. Entonces se acurrucan unas contra otras y ¡a dormir han tocado! Durante este sueño o letargo la marmota se alimenta de sus propias carnes, es decir, de toda la grasa que reunió en el verano. Se ha comprobado que la marmota aletargada sólo inspira y expira el aire 15 veces por hora.

Ha llegado la primavera, el sol comienza a calentar y en el palacio va haciendo calorcito. La haragana familia se desentumece lentamente, los padres se dirigen a la puerta y la abren. Las marmotas, puro huesos y pellejos, salen a la calle y principian a comer. Luego los papás vuelven a construir un palacio veraniego junto con la chiquillería que aun les acompaña. Estos niños al terminar la estación del calor ya han contraído matrimonio y tienen hijos a su vez y construyen una nueva casita.

Las marmotas se domestican fácilmente si se las caza pequeñitas. No sé si por estas tierras vinieron alguna vez los niños saboyanos que se dedican o se dedicaban a pedir limosna entreteniendo a la gente con las gracias y las muecas de una marmota amaestrada. Yo, cuando chiquilín, he visto en Europa a varios de estos niños con su organito y su fieraza y ridícula marmota

EDUARDO DEL SAZ



Página Infantil

Irenita Ocampo Velásquez



Juan Carlos [illegible]



Pedro Hipólito Gallo



ESCUELA FRANCESA

LOS OCIOS DE SU EMINENCIA

ÓLEO DE LEO HERRMANN



Santos Dumont

Santos Dumont ha sido el primer hombre que ofreció a sus semejantes un par de alas. No se fundirían como las de Icaro, al sol. Julio Verne, en quien habíamos bebido la sed de maravillas que posee nuestra época, encontró en el aeronauta brasileño al héroe en carne y hueso de su obra fantástica. Allá en los años de 1897 al 1900 Santos Dumont fué el rey del mundo. Sus globos dirigibles, que sólo la fortuna de un Creso podría construir, dieron al problema de la navegación aérea el impulso inicial, el empuje de la obra vital de hoy. Si nuestro tiempo se caracteriza por la conquista del aire, cupo a Santos Dumont ser su iniciador. No fueron sólo sus globos. Su avión «Demoisselle» fué el primero que voló en Bagatelle, precediendo al biplano de los Wright.

Huésped ilustre, le he ido a ver al hotel en que para, rumbo de Chile, adonde se dirige. Me ha hablado con esa discreción que distingue a todo hombre de valer, de lo que le concierne, apenas, y con entusiasmo de lo que le interesa a los demás. En Francia y en el Brasil dos monumentos celebran su gloria. Le ha tocado la suerte de conocer a la posteridad en vida y en tierra extranjera donde se es a veces ingrato. Le he hablado de su pasado y de su futuro, y si no se apresta a cruzar un océano, como los «pioneers» de la aviación actual, los problemas científicos que atañen al espacio y sus caminos continúan siéndole comunes.

— Los vuelos sin motor — me ha dicho — es una nueva faz de la conquista del aire. No serán estos aparatos tan simples una finalidad de la aviación. Sirven, sin embargo, para estudiar más constante y profundamente las leyes de la sustentación. Volar sin motor es sólo mantenerse en el aire, pero no es avanzar, ni mucho menos elegir un sitio de descenso. Los vuelos sin motor son casi siempre circulares y se hacen aprovechando el rebote de las corrientes de aire sobre las colinas. Luego el vuelo planeado prolonga, estabiliza al aparato en el aire hasta que recoge una nueva impulsión de la corriente de aire constreñida por el accidente natural de la tierra a cambiar de plano. Sin embargo, esta nueva aplicación de «lo más pesado que el aire» abre desde mi punto de vista un hermoso porvenir a la navegación económica del aire. Los «planeadores» son grandes barriletes de 40 a 50 kilos de peso. Su fabricación es barata. Si se le añadiera un motor liviano de 5 ó 6 caballos de fuerza, tendríamos, y es lo que yo quise hacer con mi aparato «Demoisselle», un aeroplano fácil, manuable y económico. Hoy el precio de los aviones es tan elevado que la juventud no puede hacer aviación. La utilización de los planeadores, bien estudiados y construídos, a los que se les añadiría la fuerza de propulsión y de dirección de que hoy carecen, haría desaparecer esa dificultad. Tengo fe en estos yates del aire a vela y motor. Ellos harán democrático y popular al sport de ricos que parece ser el aereoplano.

Y mientras el constructor de alas y de sueños me habla, lo miro constituído por esas sus mismas leyes para vencer al aire. Pequeño y enérgico, es el trasunto del aparato de mañana en que el hombre extenderá las alas, teniendo el breve motor de su fe en el corazón siempre que encierre el grano de ideal que vertió a manos llenas desde la altura que no conocía hasta ese entonces el hombre, este hijo predilecto de América del Sud, que cumplió galantemente con Colón al descubrir a la Europa por arriba, viniendo de las estrellas.

Vizconde de Lascano Tegui.

CAMPEONATO SUDAMERICANO DE FOOTBALL

Nota gráfica del match final entre brasileños y paraguayos



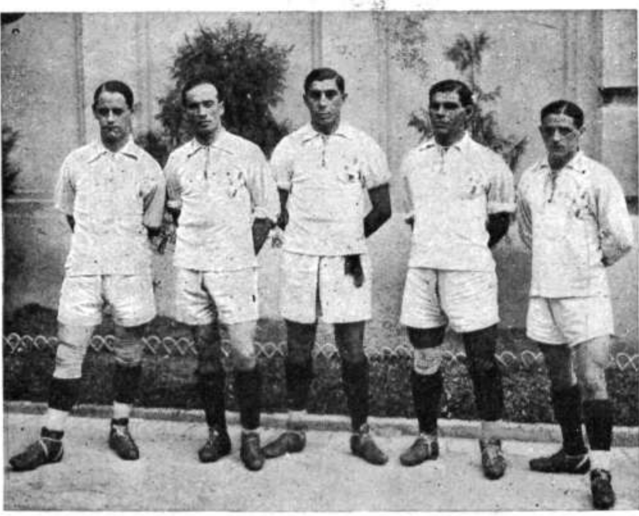
Los delanteros brasileños esquivando a la defensa contraria.



Uno de los momentos de mayor emoción del importante partido; los brasileños señalan el primer goal.



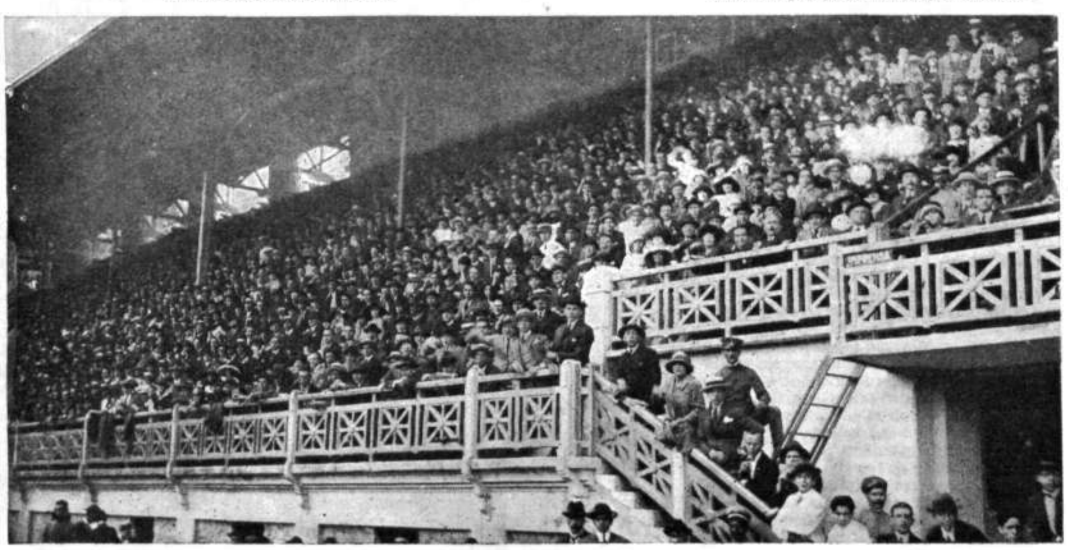
Los hombres de la defensa paraguaya tratando de detener un avance.



Los jugadores Formiga, Neco, Heitor, Tatú y Rodriguez, que formaron el excelente quinteto delantero brasileño.



El referee argentino, señor Servando Pérez, y los linesman que actuaron en el encuentro.



Aspecto que presentaba la tribuna oficial durante el partido final ganado por los brasileños por 3 goals a 0, clasificándose campeones sudamericanos de football.

FOTOS DE NUESTRO ENVIADO ESPECIAL CHIAVAZZA.

EL GRAN CONCURSO ATLETICO MUNICIPAL
PENULTIMA JORNADA


Samuel G. Casarino, ganador del "triple salto", categoría cadete (12,95 metros).


Mariano Hernáez, ganador de la carrera de los 200 metros llano.

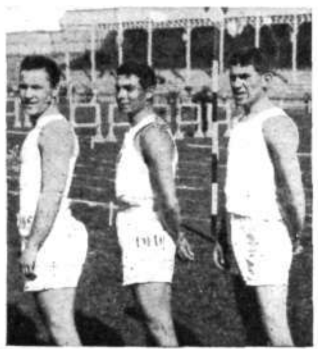

El atlético cadete Eugenio Burnichón, del Club Gimnasia y Esgrima, ganador de la carrera de 100 metros llano.


Vicente Castex, del Colegio Militar, ganador de la primera semifinal de los 400 metros, vallas.


Carlos Butti, ganador del "salto en alto con impulso", categoría cadete (1,60 metros).



José Eyras, ganador de la carrera de 800 metros, categoría cadete.


Mariano Hernáez, Mario Cabral y J. C. Amorín, primero, segundo y tercero de la carrera llana de 200 metros.


Los tres "finalistas" de los 3.000 metros, cadetes: A. De Santu, M. Bouza y José Barnés.


Eduardo Gómez, ganador de la segunda semifinal de los 400 metros.


Guillermo L. Zúñiga, un buen corredor de "vallas".


Una interesante fase de la carrera clásica de los 800 metros. El viejo Vaccarezza encabeza el pelotón.


El "estilista" Miguel A. Entrecasa, ganador de la prueba de 800 metros.


Benjamín Gutiérrez, ganador de la carrera llana de 1609 metros, en 4' 58" 2/5. Categoría cadete.


Largada de la carrera de los 800 metros. Categoría cadete.


Una llegada de la carrera de los 400 metros, vallas. Castex llegó primero, pero la carrera fué anulada



En el aire. El último expediente para correr más: abrocharse el saco.



Con demasiado volumen para alcanzar el rápido. No llegará.



Peso liviano. Este llega aunque no quieras. El hombre se tiene confianza.

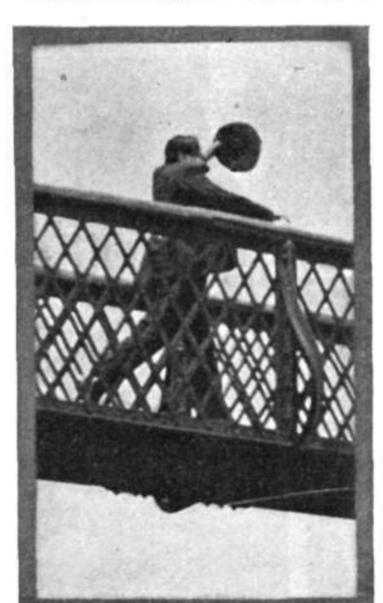
LOS QUE PIERDEN EL TREN

Todo se complota para hacernos perder el tren. Nosotros somos latinos y, por una extraña razón de estado, los ferrocarriles son ingleses. Es decir, son exactos.

Para dejar bien sentado el principio particular de la raza, ¡Oh sugestión de Greenwich y de su meridiano! Mientras las otras colectividades nos obsequiaban con monumentos sin aplicación, los ingleses nos regalaron para nuestro centenario una torre con varios relojes. Inconmovible, hierática la Torre de los Ingleses ve pasar bajo su sombra los seres desdibujados que pierden el tren y que pierden ante todo la línea. Un hombre que pierde el tren deja de ser elegante. No le significa nada llegar una hora más tarde en la tierra ideal donde se deja todo para mañana, pero si se apura es una cuestión de amor propio, una lucha, un duelo silencioso entre este ser humano y la mecánica que representan el reloj, el taxi y la locomotora.

Perder el tren es conocer la fruición de los accidentes de caza, el «steple chasse» en plena ciudad. A un hombre que pierde el tren todo se le perdona. La grosería es uno de los expedientes para llegar a tiempo. Cuando más grosero es el viajero, mucho más seguro está de alcanzar el convoy que parte.

El tercer acto de este drama múltiple, continuo, constante, se desarrolla en las estaciones. Pero el proceso más lento y más doloroso acaece a lo largo de la ciudad, en el tranvía, en el coche que anda de costado como la langosta, en el automóvil que hace mucho ruido, cuesta más caro, pero que es igualmente inútil, pues toda su pretenciosa velocidad está restringida por el carrito de mano que va al frente de la tropa de ve-



¡Adiós esperanzas!... ¡Con estos los puentes!... Este sí que lo perdió.



Haciendo fuerzas por llegar. El hombre puede adelgazar.



Calculando que no vale la pena correr. El otro tren sale diez minutos después.



La colegiala que vuelve a casa.



Llegó a la estación en coche. Pierde totalmente el tren. El cochero, filósofo viejo, asiste a los últimos momentos de su crédulo cliente.



¡Esto es correr!... ¡Y a su edad!



Una que se ríe del apuro. ¡Menos mal!... El tren ya salió...



¡Ya se fué! ¡Qué rabia! Y todavía la máquina fotográfica, que a pesar de todo le hace sonreír.



El hombre furioso. Las rejas que lo detienen son muy artísticas, pero son rejas...

hículos y el que no tiene ni prisa ni fuerzas para apresurarse.

Así como el ciclista es el animal más incómodo en las carreteras — decíalo Mirbeau — el coche de plaza es el medio de transporte más romántico y el menos indicado para alcanzar el tren. Tristán Bernard tomó un coche para ir a un casamiento. Apuró al auriga, le prometió una propina desmesurada y llegó al sitio donde iba cuando el matrimonio se había realizado. Vió salir al esposo que le dijo:

— Llegas oportunamente. No veía vehículo que me llevara hasta los tribunales.

— ¿Qué te pasa?

— Voy a divorciarme.

Y hacia allá se dirigieron en el coche veloz. Llegaron a los tribunales y el divorcio ya estaba decretado. La señora se había adelantado. Había ido a los tribunales a pie.

Tomar un coche y perder el tren es todo uno. Las mujeres que creen que es gastar mucho tomar un automóvil, siempre lo pierden. Estoicas, apenas se apuran de ordinario. El tren salió, y resignándose a esperar al que saldrá más tarde, vuelven a la toilette y lo aguardan filosóficamente, muchos más bellas, por cierto, delante del espejo.

De los que pierden el tren, son los peso livianos los más felices. Los hay que vienen con bultos que parecen de plomo, cargados de metal, al entrar en la zona peligrosa... En ese momento regalarían la mitad de lo que llevan. A pesar de todo, allá ve aún detenido el tren. Sólo le faltan noventa metros para salvar la puerta. La campana suena. Un movimiento de báscula juega en todos los resortes. Las puertas de hierro se cierran, el silbato del jefe de tren se oye, las luces verdes cambian en rojas y se desliza como una alfombra, serena y rápidamente, el tren que ha perdido!

Y se oye un rugido...

ARGUS.

Fotos de Vargas.



EL PROBLEMA DE LA CRISIS GANADERA. — Vista parcial de la concurrencia que asistió a escuchar la conferencia dada por el ingeniero Pedro T. Pagés, sobre la forma más factible de resolver la grave crisis por que atraviesa la ganadería argentina.



El conferenciante leyendo su notable disertación, al final de la cual fué entusiastamente aclamado.



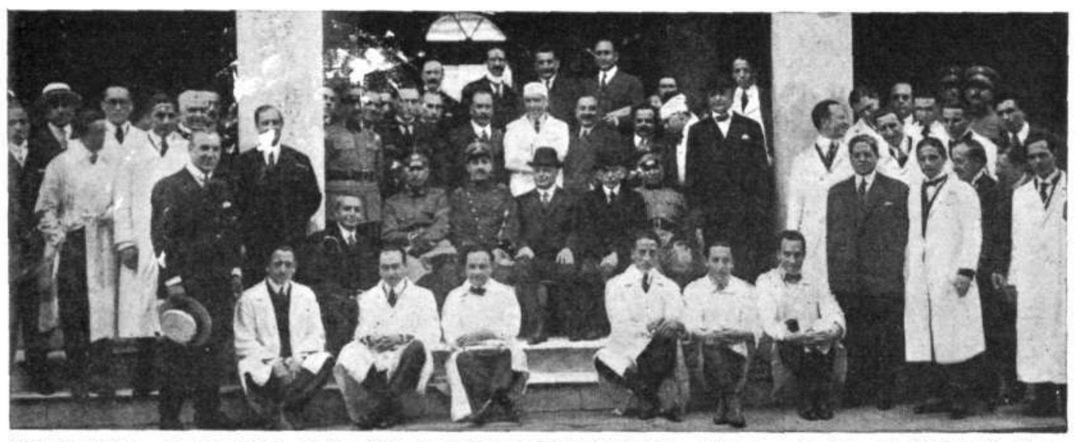
NUEVO JUEZ EN LO COMERCIAL DOCTOR DIMAS GONZALEZ GOWLAND. — El magistrado recientemente nombrado al tomar posesión del juzgado ante los miembros de la cámara y funcionarios de los tribunales.



EN HONOR DEL SEÑOR JOSE ANGANUZZI. — Banquete que los amigos del obsequiado le ofrecieron celebrando su promoción al cargo de subsecretario del Banco Hipotecario Nacional.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.

NUEVO DIRECTOR DEL HOSPITAL MILITAR



El doctor Alberto Levene rodeado por los médicos y practicantes del establecimiento, militares y miembros de la Sanidad del ejército, después de haberse efectuado el acto en que el doctor Nicomedes Antelo, director general de Sanidad, le hizo entrega de la dirección, cuyo puesto se hallaba vacante desde tiempo atrás.

FIESTA ANUAL EN LA EUSKAL ECHEA



Señorita Celina Arieta, premiada con medalla de oro en el baile de niñas.

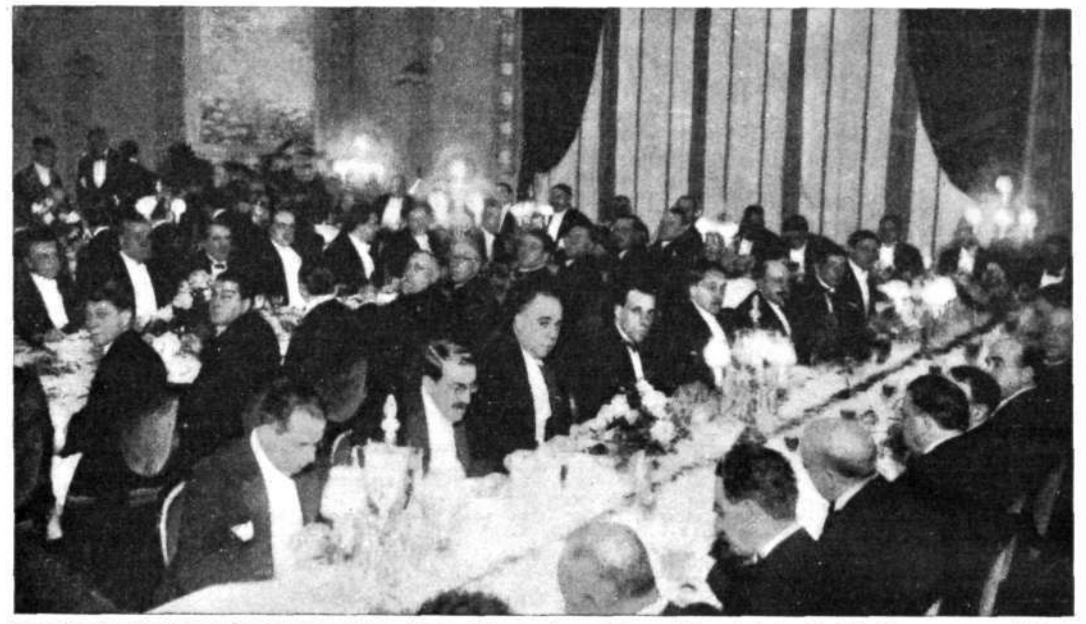


Banda del colegio, dirigida por el P. Antonio de Ereño, que actuó por vez primera en público.



Grupo de niñas que tomaron parte en el baile "neskatxa-dantza". — Una vez más se ha celebrado en el instituto de enseñanza que la prestigiosa institución vasca posee en Llavallol, la tradicional fiesta, en la que toman parte los alumnos que allí concurren.

NOTAS GRAFICAS DE MONTEVIDEO



Banquete ofrecido por las personalidades más descollantes de los círculos sociales y políticos al doctor Rodolfo Mezzera por su brillante actuación durante el desempeño de la cartera de Instrucción Pública.





INAUGURACION DEL HOSPITAL PEDRO VISCA.

Los niños asilados formados en el patio del establecimiento.

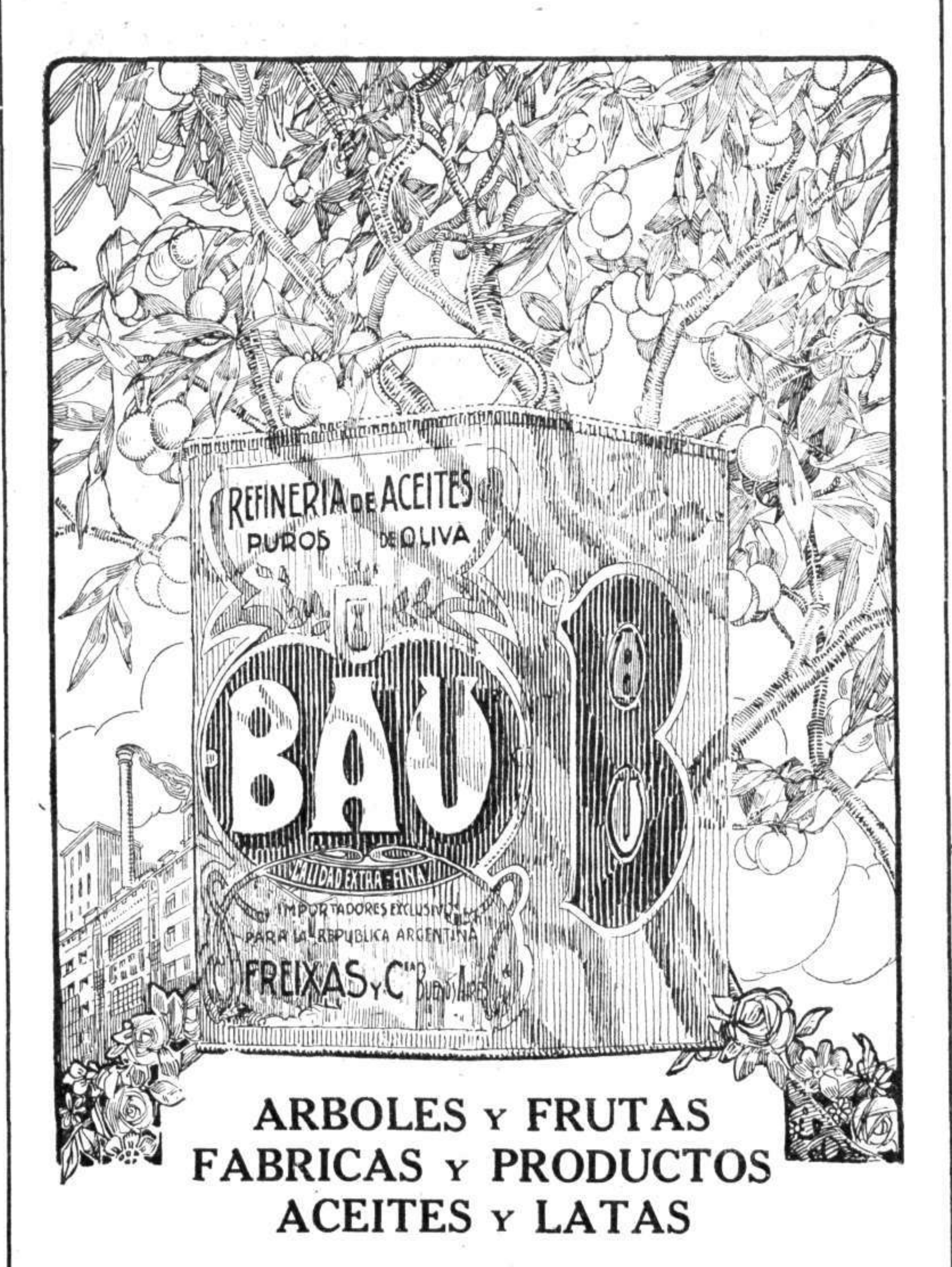
Uno de los asilados hablando en nombre de sus compañeros.

El Presidente de la República asistiendo a la ceremonia inaugural.



Demostración a los jugadores de football que participaron en el campeonato sudamericano disputado en Río de Janeiro.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.



ARBOLES Y FRUTAS
FABRICAS Y PRODUCTOS
ACEITES Y LATAS

ARBOLES Y FRUTAS

Hay olivares y olivas de muchas clases y precios.

La calidad BAU es la más alta.

FABRICAS Y PRODUCTOS

Hay fábricas de refinar aceite puro de oliva de muchas clases y precios.

La calidad BAU es la más alta.

ACEITES Y LATAS

Hay millares de marcas estampadas sobre envases de lata. Pero el aceite antes de meterlo dentro de cada lata tiene una clase y un precio.

La calidad BAU es la más alta.

EFEMERIDES HISTORICAS

4 de noviembre de 1889. Celebración del centenario del nacimiento del general Alvear

En la "Historia de don Diego de Alvear y Ponce de León", escrita por su hija doña Sabina de Alvear y Ward, hay un capítulo dedicado al centenario del general don Carlos de Alvear, ilustre hermano de la autora:

"El Gobierno Nacional, rindiendo a la memoria del general don Carlos de Alvear el culto que exigía el patriotismo, ha dispuesto se le tributen grandes honores el 4 de noviembre próximo con motivo del centenario del héroe.

El decreto dictado ayer en acuerdo general de ministros, que publicamos en seguida, honra al gobierno, que sabe apreciar los méritos de nuestros próceres y provocará por parte del pueblo un saludable movimiento de patriotismo.

He aquí el decreto:

"*Buenos Aires.* — Octubre 30 de 1889. — Considerando que el general don Carlos Alvear fué presidente de la primera Asamblea General Constituyente de las provincias unidas del Río de la Plata, elegida directamente por el pueblo, con el propósito de "proceder con entera libertad e independencia a fijar sus destinos en el gran teatro de las naciones;

"Que en ella, y a su iniciativa, se declaró la libertad de todo el que pisase el territorio nacional;

"Que en la misma se declaró la inviolabilidad de los representantes del pueblo; se abolió la mita y la servidumbre de los indios; se creó el escudo, la bandera y el himno nacional; se abolió la nobleza y se mandó quemar por mano del verdugo los instrumentos de tortura;

"Que al *benemérito en grado heroico* general Alvear le cupo la gloria de rendir la plaza de Montevideo, tomando más de cinco mil prisioneros, destruyendo la escuadra enemiga y apoderándose de más de quinientos cañones, que con otro material de guerra sirvieron para defensa nacional en aquella época memorable;

"Que, nombrado más tarde general en jefe del ejército republicano en el Estado Oriental, dió nuevos días de gloria a la patria, revelando su genio y pericia militar;

"Que estos y otros grandes hechos del general Alvear bastan para colocarlo entre los próceres de nuestra independencia que más han merecido y merecen la gratitud de sus conciudadanos;

"Y teniendo presente que el 4 de noviembre próximo se cumplen cien años del nacimiento del ilustre patricio,

"El Presidente de la República, en acuerdo general de ministros,

"DECRETA

"Artículo 1.° Declárase feriado el 4 de noviembre próximo en celebración del centenario del general don Carlos de Alvear.

"Art. 2.° La bandera nacional se izará en todos los edificios públicos y buques de la armada, debiendo éstos empavesarse de gala.

"Art. 3.° Se harán tres salvas por la batería de tierra y buques de la armada al salir y ponerse el sol y a mediodía.

"Art. 4.° Las tropas de la guarnición formarán de gran parada en la plaza del cementerio del Norte, y presentarán las armas en el acto que una comisión de generales, que designará el Ministerio de la Guerra, deposite una corona en el sepulcro del héroe.

"Art. 5.° Los Ministerios respectivos invitarán a las reparticiones de su dependencia a concurrir al cementerio del Norte en el día indicado.

"Art. 6.° La Intendencia municipal invitará al pueblo de la capital a asociarse a esta manifestación de justo homenaje a la memoria del benemérito general don Carlos de Alvear.

"Art. 7.° El Ministerio de la Guerra mandará construir una placa de bronce, en la que se inscribirá el presente acuerdo, y la que oportunamente será colocada en el sepulcro del general Alvear.

"Art. 8.° Remítase en copia el presente decreto, con la nota acordada, a la familia del ilustre muerto.

"Art. 9.° Comuníquese, publíquese y dése al R. N. — Firmado. — JUAREZ CELMAN. — *Norberto Quirno Costa. — Estanislao S. Zeballos. — Wenceslao Pacheco. — Filemón Posse. — Eduardo Racedo.*"

A consecuencia del anterior decreto, y para llevarlo a debido efecto y cumplimiento, he aquí, en lo que a ello se refiere, algunos de los muchos datos que publicaron los periódicos de Buenos Aires en aquellos días:

"*Centenario del General Alvear.* — A la procesión cívica organizada ayer para conmemorar el centenario del nacimiento del brigadier general don Carlos María de Alvear asistió una numerosa concurrencia, demostración elocuente de que la opinión y el pueblo de Buenos Aires se han asociado a esta manifestación en honor de uno de los campeones de la independencia argentina.

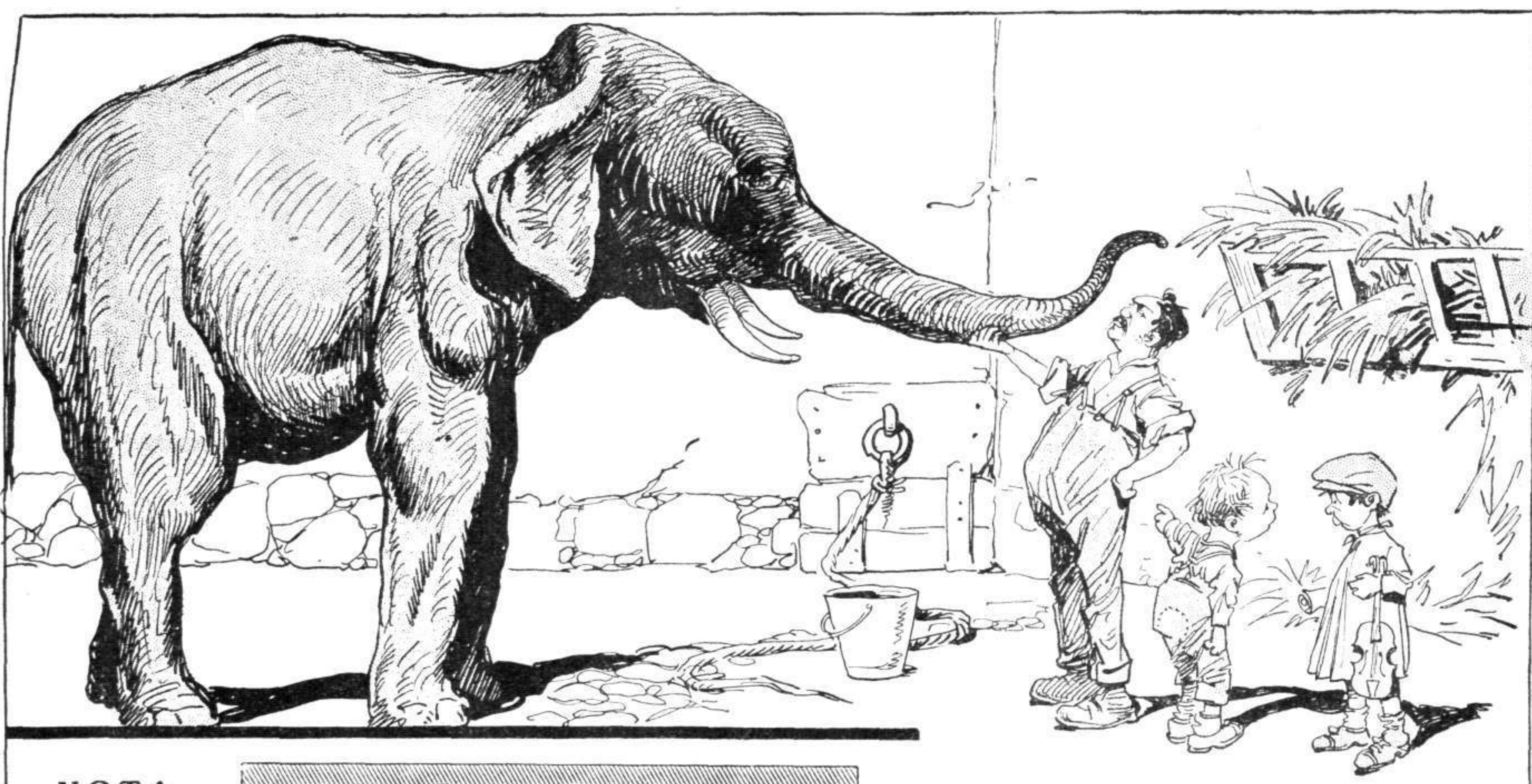
"A continuación reseñamos los principales accidentes de la solemnidad de ayer, cuya alta significación, que equivale a una verdadera consagración histórica, demuestra que el pueblo de Buenos Aires sabe honrar a la patria en la persona de sus hombres ilustres.

"La columna popular, precedida de los cuerpos militares, recorrió la avenida *Alvear*, desde la plaza de San Martín, donde se organizó, hasta el cementerio del Norte, donde descansan los restos del vencedor de Montevideo e Ituzaingó.

"La Calle Larga de la Recoleta y avenida Alvear habían sido embanderadas por los vecinos, y en las casas de muchas otras calles se ostentaban también los colores nacionales.

"La procesión cívica llegó al cementerio del Norte sin que ocurriese incidente digno de especial mención. Allí esperaban a la entrada su digno hijo el ex intendente don Torcuato y otros individuos de la familia, y dentro de él, y en la plaza, una numerosa concurrencia.

"Las callejuelas de la Recoleta habíanse entapizado de hinojo, y el mausoleo en que se hallan depositados los restos del general Alvear orlado profusamente con flores."



NOTA
COMICA
DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

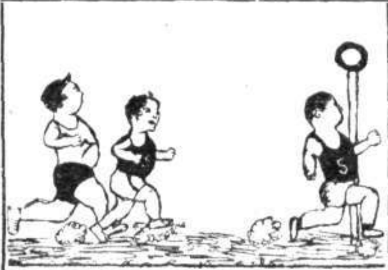
— Mi papá me está enseñando a tocar el violín.
— El mío también es músico.
— ¿Qué instrumento toca?
— Ahora toca la trompa.



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



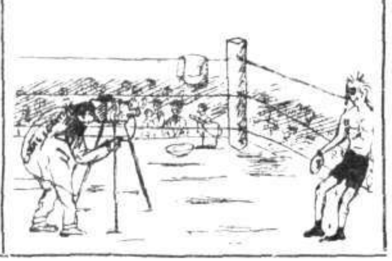
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



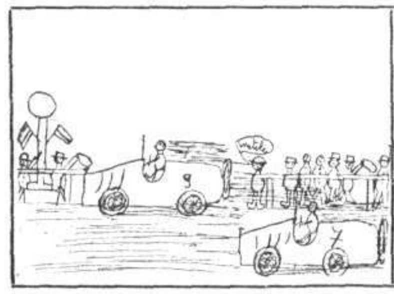
1271 — Carrera de pibes.
HÉCTOR BERRA.



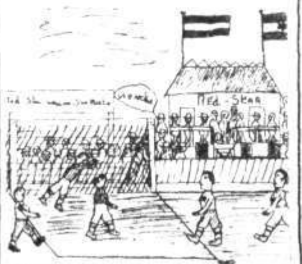
1272 — Pelea entre vecinos.
F. RAÚL DE LA PEÑA.



1273 — El vencedor.
JOSÉ MARIO JAUREGUY.



1274 — Carrera automovilística.
RODOLFO MEROI.



1275 — El goal del triunfo.
VIRGILIO MEROI.



1276 — El barrio de mi casa.
FRANCISCO LÓPEZ.

DESINFECCION PUBLICA Y PRIVADA

Siempre que se trata de desinfecciones, aconsejamos en primer término el empleo del Verdadero Licor Labarraque.

Y para ello nos apoyamos en el testimonio del Gran Bertholet, quien al describir un estado de putrefacción completa, a través de la cual no era posible pasar sin un valor a toda prueba (tal era la hediondez que allí se respiraba), dice que solamente cedió ante el Verdadero Licor Labarraque, que la hizo desaparecer instantáneamente.

Por lo demás es sabido que basta el uso del Verdadero Licor Labarraque convenientemente diluído en agua, sin sanear inmediatamente los lugares o el aire que más viciados estén, y para desinfectar en seguida las prendas de ropa y demás efectos, aun aquellos que más se hayan ensuciado por las secreciones provenientes de los atacados de epidemia o fallecidos a causa de tan terribles plagas como la peste o el cólera: e igualmente para destruir instantáneamente los gérmenes de tan temibles enfermedades. Basta lavarse las manos y la cara con el Licor Labarraque para preservarse con seguridad de toda epidemia.

Como regla general, se deberá casi siempre diluir en agua el Licor Labarraque antes de emplearlo, para lo cual conviene consultar las dosis y modo de usarlo leyendo el prospecto que envuelve cada botella. No se olvide que el Licor Labarraque está exclusivamente destinado para uso externo.

Aviso Util. — Por más que en todas las buenas Farmacias se expende, es preciso desconfiar de las imitaciones y pedir siempre el Verdadero Licor Labarraque, exigiendo, para evitar todo error, que la etiqueta indique las señas del Laboratoio: Casa L. FRERE, 19, rue Jacob, París.



Valiosos regalos para las consumidoras del

POLVO GRASEOSO LEICHNER

Queriendo corresponder a las preferencias que una numerosa y distinguida clientela mantiene por el **Polvo Graseoso Leichner**, como producto para embellecer y suavizar el cutis, los señores Mendel y Cía. han resuelto obsequiar a las señoras consumidoras de dicho artículo de tocador con valiosos regalos consistentes en cédulas del Banco Hipotecario Nacional, que, como es sabido, constituyen seguros títulos de renta, cotizables en cualquier momento, y que devengan un interés no inferior al 6 por ciento anual. Dichos regalos podrán obtenerse mediante un sencillo pasatiempo, que consiste en lo siguiente:

A las dos de la tarde del día 14 de Septiembre de 1922 el escribano público don Francisco Pita, con estudio en la Avenida de Mayo, 634, procedió, en presencia de testigos, a dar cuerda y poner en hora un reloj de bolsillo, de marca corriente, con dos esferas: una con horario de doce horas y división de minutos, y otra con division de segundos. Una vez puesto en marcha el reloj, fué encerrado dentro de una caja de lata de las que contienen el **Polvo Graseoso Leichner**, la cual, perfectamente tapada, precintada y sellada quedó depositada en poder del mencionado señor escribano.

El día 15 de Marzo de 1923, en el sitio y a la hora que previamente se dará a conocer, el escribano señor Pita, en presencia de testigos y de las personas que deseen concurrir, procedrá a abrir la caja y a constatar la hora, minutos y segundos en que se paró el reloj. Acto seguido adjudicará los regalos a las personas que hubiesen acertado la hora, minutos y segundos en que se detuvo la marcha del reloj. Si ninguna hubiese acertado la hora exacta, corresponderán los regalos a aquellas que más se hubiesen aproximado, en orden anterior y posterior. En caso de coincidir dos o más soluciones, el valor del regalo que corresponda se repartirá por partes iguales entre las que hubiesen coincidido. Del resultado definitivo el señor escribano actuante levantará la correspondiente acta.

Para optar a los obsequios es requisito indispensable utilizar la faja-prospecto que acompaña a cada caja de **Polvo Graseoso Leichner**, cuidando de dejarle adherido un trozo de la estampilla fiscal que la sujeta a la caja. En el margen blanco de dicha faja-prospecto deberá escribirse con letras (no con números) la hora, minutos y segundos en que se calcule se parará el reloj; y a continuación anotar el nombre, apellido, domicilio y pueblo de residencia de la persona interesada, enviándola bajo sobre, con esta dirección: **Señores MENDEL y Cía., Obsequios Leichner, Guardia Vieja, 4439. Buenos Aires.**

Cada persona podrá enviar las soluciones que desee, pero cada solución deberá anotarse en una faja-prospecto, con el trozo de estampilla adherido.

No se tomarán en cuenta las soluciones escritas en otro papel, o que no tengan adherido el pedazo de estampilla. Las soluciones podrán enviarse hasta el día 28 de Febrero de 1923, considerándose nulas las que lleguen después de esa fecha.

REGALOS A ADJUDICARSE:

1.° —	1 regalo	de $ m/n	1.000.—		en cédulas del Banco Hip. Nacional
2.° —	2 regalos	" " "	500.—	c/u.	" " " " " "
3.° —	4 "	" " "	250.—	"	" " " " " "
4.° —	10 "	" " "	100.—	"	" " " " " "
5.° —	40 "	" " "	25.—	"	" " " " " "
6.° —	500 "	" " "	3.50	"	" cajas de Polvo "Si tu voulais...!"
7.° —	1.500 "	" " "	1.50	"	" cajas de Polvo Graseoso Leichner

Las personas agraciadas con cédulas del Banco Hipotecario Nacional podrán optar entre dichas cédulas o el valor nominal de las mismas, en dinero efectivo.



CONSULTORIO

N.º 1937. — ¿Qué es una kásida árabe? ¿Podría citarme alguna si, como creo, se trata de una composición literaria?

ESTUDIANTE. — Rosario.

Las kásidas son composiciones literarias, poemas o cantos entonados generalmente por un solo individuo. Se han señalado en la literatura arábiga por su extensión mayor que la de todas las poesías que anteriormente han aparecido en aquel pueblo hasta el siglo VI de nuestra era. Las kásidas constan, por lo menos, de treinta versos. Ofrecen unidad de composición, en lo que se diferencian de las "mual-lakat", poemas también extensos, cuyo asunto principal es el guerrero, y en que las partes no llegan a unificarse. El asunto de las kásidas es el eterno tema de amores y ausencias, recuerdos melancólicos y tristes lamentaciones. A veces son también oraciones breves de carácter sagrado. La kásida es parecida a la elegía y a la oda, pero abarca más, si bien llega en mucho al fondo de esta última.

Son ejemplos notables de kásidas la de Xanfara, en la cual el poeta pinta el héroe salvaje que se retira al desierto entre las fieras, empujado por el odio de la tribu; la de Antar, originaria de Oriente, que celebra con singular tono de dulzura el recuerdo de Abla, de cuyos labios emana un aroma como el del suelo bañado por el rocío de primavera; la de Tarafa, que excita a la alegría y a los deleites de este mundo. Como himno guerrero lleno de brío y de substancia poética, citamos la kásida que el poeta e historiador valenciano Aben Alabar recitó ante el príncipe africano Abu Zakaniva para pedirle el socorro de una escuadra que viniese en auxilio de los moros valencianos en el año 1238. La kásida de Amr-Ben Kultum, que también es una de las mejores de su género, merece el ser citada. Ofrece interés histórico una kásida que el último rey de Granada, Boabdil, después de perdidos sus estados, dirigió al emperador de los Beni-Merin. Aun en el siglo IX de nuestra era eran cultivadas con gran afición las kásidas arábigas entre los obispos españoles.

N.º 1938. — ¿Quién inventó la campana de los buzos?

I. A. A. — La Plata.

El inventor de la campana de los buzos fué la araña acuática.

Miles de años antes de que el hombre pensase en visitar el fondo de ríos y mares la araña ya lo hacía sirviéndose de una campana de seda fabricada por ella misma. Tiene la forma de un dedal, que el animalito sujeta bajo el agua con cables de la misma substancia, como quien ancla un buque. La manera como la araña se las arregla para desalojar el agua de la campana es curioso. Los pelos que cubren el cuerpo del arácnido son largos y tienen como un gancho en la punta, gracias a lo cual puede el animal envolverse en una capa de aire. Se mete en el agua, entra en la campana y se desprende del aire que la envuelve. Esta operación la sigue repitiendo hasta que la campana queda llena de aire.

En esta campana es donde la hembra pone los huevos dos veces al año: la primera al principiar el verano y en otoño la segunda vez. La primera postura se encarga de incubarla el sol en poco tiempo. Al terminar de hacer la postura de otoño, la araña cierra la abertura de la campana y allí adormilada e inconsciente aguarda que vuelva el calor para que incube sus huevos.

N.º 1939. — ¿En qué país se desembarca en cestos?

MR. BANARCH. — Ciudad.

El que por mar llegue a Nome, Alaska, verá que no se desembarca como en la generalidad de los puertos; allí no hay plancha que cruzar del buque al muelle, pues muelles no existen; los buques fondean a larga distancia de la costa; unos botes llevan a los pasajeros, pero aquéllos tampoco atracan, sino que esperan, y una grúa recoge a los pasajeros, que metidos en un cesto o simplemente de pie en una plataforma, son izados y puestos en seco.

Se considera imposible mejorar ni hacer obra alguna, pues los bloques de hielo flotantes en invierno destrozarían cuanto se construyese.

Una cosa por el estilo sucedía en Pernambuco, la principal ciudad del Brasil septentrional, llamada por algunos la Venecia de Sud América, la Boca del Infierno, que tal quiere decir Pernambuco en indio.

Allí, debido al gran arrecife de coral que se extiende más de mil seiscientos kilómetros a lo largo de la costa, desde Marañón a Bahía, los buques no podían atracar a la costa, y los pasajeros de seis en seis se metían en unos grandes cestos, y por medio de una grúa, por un sistema parecido al usado en Nome, eran puestos en tierra.

Hay muchísimos puertos, o mejor dicho, ciudades marítimas en que, por no tener puerto, el desembarco se hace muy difícil, teniendo que recurrir a medios como los indicados, siendo bastante numerosos en América, por ejemplo, en donde los pasajeros tienen que desembarcar en hombros de los indios.

N.º 1940. — ¿Cuál es el origen de la bandera italiana?

PATRIOTA. — Ciudad.

El origen de la bandera tricolor italiana es relativamente reciente, puesto que se remonta a los principios de la era napoleónica. En los ejércitos que el joven general Bonaparte mandaba durante la campaña que sostuvo la primera república francesa con Italia, se encontraron tantos italianos, que el general formó con ellos una legión. A fin de sostener en lo posible la uniformidad militar y de conseguir cierta analogía entre las banderas francesa e italiana concedió Bonaparte a la legión italiana el permiso de ostentar la bandera tricolor francesa, cambiando como única diferencia, el color azul por el verde. Los italianos se mostraron tan satisfechos con su nueva bandera, que Bonaparte escribió en el año 1796 al directorio de París:

"Desde esta fecha los colores nacionales italianos son verde-blanco-rojo; los patriotas lo han acogido con entusiasmo."

N.º 1941.—¿Cómo puede ensayarse la sensibilidad de los explosivos?

DAVID CHIPITELI. — Ciudad.

La Oficina de Minas de Estados Unidos de Norte América ha ideado un "péndulo de fricción" cuyo objeto es ensayar la sensibilidad de los explosivos compuestos de clorato de potasio, que son de uso tan frecuente en las explotaciones hulleras.

Este aparato se compone de una barra terminada por una masa cilíndrica de acero, que constituye un péndulo oscilante en el interior de una sólida construcción metálica. Por otra parte, sobre una pieza de acero que descansa en un bloque de sillería, se colocan algunos gramos de la substancia explosiva que se desea ensayar; y luego, habiéndose previamente arreglado el péndulo de suerte que su extremidad apenas alcance a rozar la materia explosiva, se deja caer éste desde una altura cada vez mayor, hasta que el roce, cuya intensidad irá en aumento, produzca la inflamación del explosivo que se ensaya. De esta suerte se prueba experimentalmente la sensibilidad de los explosivos empleados en las minas. Si una substancia se inflama por una fricción del péndulo demasiado pequeña, el Servicio de Minas prohibe el empleo de ese explosivo en las explotaciones hulleras de los Estados Unidos, para mayor seguridad de los mineros.

N.º 1942. — ¿Quién era Bucéfalo?

ESTUDIANTE. — Ciudad.

El nombre de Bucéfalo que tenía el caballo de Alajandro el Grande, y que en griego quiere decir cabeza de buey (bous kephalé), se le dió ya sea porque tenía la cabeza parecida a la de un buey, ya porque llevaba en el lomo o en la grupa aquella figura, o ya en fin, como han supuesto algunos escritores antiguos, porque era producto de un toro y una yegua. Alejandro lo compró por 16 talentos a un tesaliano famoso por los caballos que criaba en las llanuras de Farsalia, y después de domarlo con una habilidad cuyo recuerdo nos ha conservado la historia, lo reservó para no servirse de él sino en los grandes días de batalla. Si hemos de dar crédito a Plinio, Estrabón y Quinto Curcio, cuando Bucéfalo no estaba ensillado, se dejaba montar y guiar sin dificultad por el palafrenero que cuidaba de él; pero cuando estaba enjaezado no sufría que otro que Alejandro lo montase, y apenas veía al príncipe, doblaba las rodillas para recibirle. El rey de Macedonia debió más de una vez la vida al vigor y rapidez de su caballo. En el combate que dió a Poro en las orillas del Hidaspo, se había internado en medio de la caballería india, e iba a perecer, si Bucéfalo, aunque mortalmente herido, no hubiese redoblado su celeridad para librarle de aquel extremado peligro. Apenas hubo conducido a su dueño a la filas de los macedonios, expiró. Alejandro agradecido, y queriendo eternizar la memoria de tan noble animal, hizo erigir en las orillas del río, en el sitio mismo en que había caído, una ciudad a la cual puso el nombre de "Alejandría-Bucéfalos". Algunos sabios han sostenido que dicha ciudad es en el día la de Lahor.



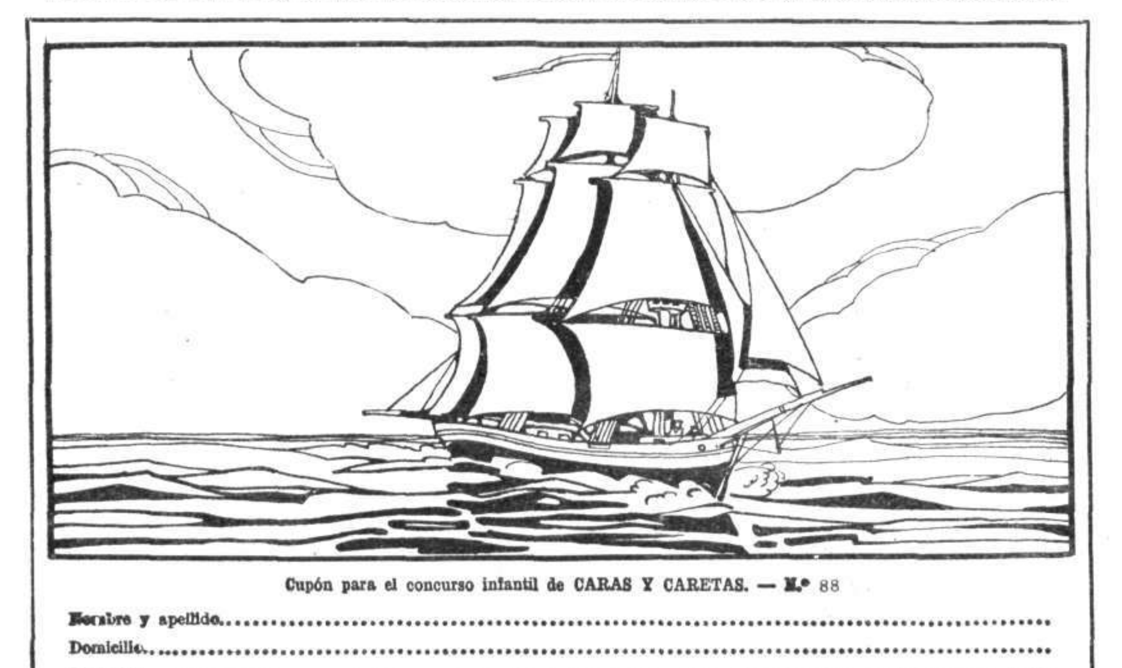
COMO tónico nutritivo para las madres en el período de la lactancia, la MALTA PALERMO ocupa una posición única. Ya suman decenas de miles las madres que han experimentado en su propio organismo sus efectos sorprendentes y las que no vacilan en recomendarla cada vez que el caso se presenta. El aumento continuo en su consumo comprueba este hecho. Ahí están también las manifestaciones de los señores profesionales, los cuales, basándose en su larga experiencia, se expresan en términos muy elogiosos sobre la MALTA PALERMO, considerándola un producto cuyo alto valor terapéutico es indiscutible y no alcanzado por ninguno de sus similares.



CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 88

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.


SAL HEPATICA
PARA todo irregular funcionamiento de los órganos de la digestión está la Sal Hepatica como admirable reparadora de estos males.
Su acción benéfica se caracteriza por la expulsión del organismo de todo gérmen venenoso, especialmente los del higado y del estómago.
Sal Hepatica no es sino un compuesto salino de agradable gusto, laxante, eliminador y de seguro y rápido efecto.
Fabricantes:
BRISTOL MYERS Co.
New York, N. Y., E. U. A.
BUENOS AIRES: 21, SUIPACHA
MONTEVIDEO: URUGUAY, 914
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

CONSECUENCIAS DE UN OLVIDO

Por ADELIA DI CARLO

— ¡Hola! ¿Qué te pasa? — decía la señora Fanny abriendo la puerta y corriendo al lado de su hijita Julia que lloraba acurrúcada sobre un sofá en un rincón de su alcoba.

La niña no contestó; miró a su madre con desconsuelo tal que la señora pensó que le había sucedido algo muy grave. Acercóse a ella y, abrazándola y besándola con gran ternura, nuevamente le preguntó:

— Di, nena mía, ¿qué te pasa?

Julita no pudo resistir a aquella amorosa solicitud y respondió entre sollozos:

— Mamita... ¡he perdido a mi muñeca!... ¿Entiendes ahora mi dolor?

— Sí, hija mía — respondióle bondadosamente la madre, — pero esfuérzate por tranquilizarte; ya te regalaremos otra.

— ¡No será como mi Bebita!... ¡Mi pesar por haberla perdido es grande!... ¡No puedo acostumbrarme a la idea de que aquella bellísima muñeca, rubia, con sus ojos azules que me hablaban siempre del cielo, que los abría y los cerraba, que decía papá y mamá con su vocecita aguda, no la volveré a ver más!...



— Pero, ¿cómo la perdiste, hijita?

— La dejé olvidada ayer en un banco del jardín, cerca de la casilla del perro.

— ¿Y te la robaron?

— No, mamá. Yo me fuí a jugar con mis amigas, y como estaba entretenida en las diversiones no me acordé más de mi Bebita. Mientras tanto...

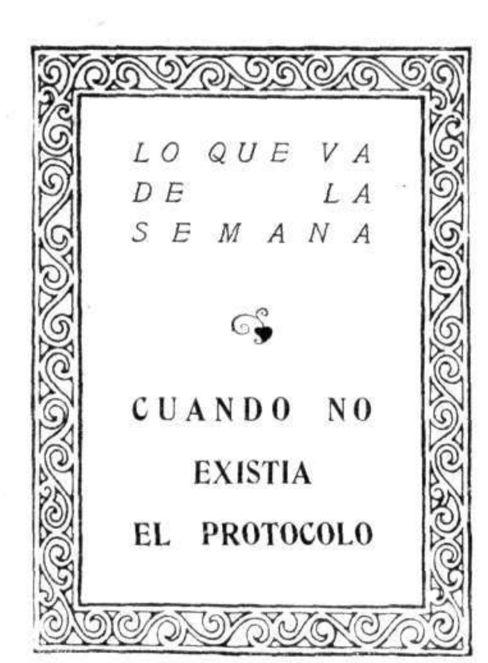
— ¿Qué sucedió?

— Nuestro Pocker se divertió a su gusto con la pobre muñeca. Me imagino la escena: primero la aferró con los dientes, luego la arrojó al aire, la arrastró por el suelo, la pisoteó. La querida Bebita quedó reducida a un estado que inspiraba piedad. La cara, que era tan linda y tan rosadita, estaba completamente destrozada; un brazo aparecía por un lado, una pierna por el otro; la cabellera había ido a parar debajo de un árbol, y sus manitas, esas manitas que acaricié tantas veces, como tú haces con las mías, ¡estaban roídas, tan roídas que casi no se reconocían!...

La niña volvió a llorar con sollozos, mostrando así su profundo dolor por la pérdida de su muñeca y haciendo estremecer el corazón de su madre.

Esta redobló sus caricias para consolarla, y cuando comprendió que la serenidad había vuelto al ánimo de su abatida hija, díjole:

— Julita mía: Quien expresó alguna vez que hay que ser siempre firmes y constantes en el cumplimiento de un deber, habló bien. Pero es aún más noble el pensamiento de vivir siempre vigilantes y solícitos para todo lo que amamos, porque un desvío, una indiferencia o un olvido pueden ser de tan funestas consecuencias como en el caso de la hermosa muñeca cuya pérdida lloras.



En el Chaco santafesino tuve oportunidad de conocer, hace unos años, a un hombre de rara energía que figuró bastante en el accidentado período que caracterizó los comienzos de las colonias establecidas a lo largo de la línea del F. C. S. F., y sobre todo en Colonia Ocampo, al norte de Reconquista.

Preparado, franco hasta lo increíble, pues se animaba a decir cosas que otro ni siquiera hubiera querido pensar, tuvo por supuesto amigos fieles y enemigos implacables. Pero él se reía de los enemigos y habría dado gustoso la vida por los amigos.

Los hijos de Loredano Longhi, que así se llama el personaje de quien voy a ocuparme, me han remitido dos volúmenes manuscritos que contienen las memorias del padre.

El segundo de estos volúmenes es el más interesante para nosotros, pues contiene detalles curiosos sobre el ambiente de antaño.

Debido a la angustiosa situación económica en que se encontraba su familia, Loredano Longhi se vino a la Argentina, aconsejado por un tal Nino Urbani, que supo hacerle vislumbrar un porvenir brillante, una espléndida posición, una fortuna en pocas palabras, pues se decía amigo personal de Nicolás Avellaneda, entonces Presidente de la República.

En realidad, Urbani le hizo ver cartas de muchos personajes argentinos y hasta una de don Pedro, emperador del Brasil.

Debió tratarse, sin duda, de un agente de inmigración.

Al salir de Génova Longhi no disponía más que de cuatro mil francos, pero estaba convencido que al llegar a Buenos Aires encontraría las libras esterlinas en el suelo. Pasaba como primo de Nino Urbani, agrónomo de primer orden, a pesar que de agronomía ignorara hasta los principios.

Urbani era conde o por lo menos pasaba por tal.

Entre Longhi y Urbani empezaron muy pronto las divergencias, pues mientras este último sacrificaba el estómago al lujo, el primero no quería saber nada: dejaba a un lado la exterioridad en homenaje a la cocina.

Y Urbani empeñado en predicarle:

— No importa comer pan seco y tomar agua del río... La cosa es figurar en el ambiente social... ¡¡Lo demás vendrá poco a poco!!

Cada tres o cuatro días Urbani cambiaba de anillo y prendedor. Según él no era de buen tono llevar siempre las mismas sortijas. Vendía las que había usado por unos días, aunque fuera perdiendo, y compraba otras para hacer creer que era dueño de un surtido de piedras preciosas.

— Hay que hacerse paquete... afeitarse todos los días, llevar levita, galera de felpa y chaleco blanco...

Un día Urbani comunicó a Longhi una noticia importante:

— Esta noche de 9 a 10 iremos a visitar a un personaje de alto copete. Procura ir lo más elegante que puedas... Ah... te advierto — como sé que te gusta tanto la mesa — que a media noche habrá ostras y chocolate.

Recién llegado, no podía volver de su asombro cuando una vez delante del portón de la aristocrática casa que iba a visitar, vió a una mujer de color, que dijo sonriéndose a Nino Urbani:

— ¡Pase niño! — y luego sirvió de guía a los huéspedes, acompañándolos a través de un amplio patio, hasta un salón lujosamente iluminado y repleto de invitados.

El Presidente de la República — que era el dueño de casa — tendió la mano a Longhi y lo acompañó hasta el centro de la sala.

— Presento a ustedes el señor Loredano Longhi, agrónomo, que acaba de llegar de Roma con su primo el conde Nino Urbani.

Luego, dirigiéndose a Longhi:

— El general Mansilla, el señor Héctor Varela, la condesa de Solanos, mi señora madre...

Longhi no comprendía casi nada de castellano, pero como se había tratado de palabras que más o menos eran parecidas también en su idioma de origen, las entendió. Las que no pudo comprender fueron estas otras:

— El señor Loredano Longhi es «dilettante» en música y el conde Nino Urbani me dice que tiene una excelente voz de barítono. Los músicos, pues, que se vayan alistando para acompañarle al piano.

Héctor Varela, que hablaba a la perfección muchos idiomas, le explicó de lo que se trataba, y el pobre se vió en un serio compromiso; protestó, quiso excusarse, pero no hubo remedio.

Mientras tanto Varela pedía a Longhi que le recitara versos del Dante, lo que hizo de muy buena gana, pues estaba fresco de estudios y porque esperaba encontrar en él a un aliado cuando llegara el momento de cantar.

Confiaba que Varela sabría conseguir que no se insistiera sobre ese punto. Sin embargo, a media noche las damas y sobre todo el dueño de casa, le suplicaron que no se hiciera el precioso y cantara algo.

Tuvo que acceder, pero con el pretexto que no llevaba consigo música ni nada, se limitó a cantar como pudo unas cuantas canciones napolitanas, que la amabilidad de los convidados encontró deliciosas.

¡Parece, por el contrario, que fuera cosa de matarlo a tiros!

Le sirvieron mate, y la que le ofreció el primero fué precisamente la misma mujer de color que los había esperado en la puerta de calle.

Mientras la mujer esperaba que Longhi se sirviera, cruzó los brazos de manera que los pechos se le fueron hasta las narices. Un poco por la postura de esa negra, que le pareció excesivamente heroica, un poco la temperatura del agua, el hecho es que Longhi estalló en un acceso de risa y de tos. Soltó un chorro de agua verde que fué a chocar en contra de la pobre mujer, mientras la bombilla y el mate se caían al suelo, quemándole los pies al hijo de la negra, que se moría de risa y al mismo tiempo lloraba por el dolor.

Nadie hizo caso a lo que acababa de ocurrir. Había pagado su primer tributo a las costumbres del país.

Gracias a la relación que tenían con Héctor Varela, príncipe de los periodistas en aquel tiempo, frecuentaban los mejores teatros y hacían la gran vida; pero el dinero iba escaseando día a día.

Nino Urbani solía contraer siempre nuevas relaciones, y como todos sabían que frecuentaba las «soirées» de la casa de Avellaneda, nadie le negaba los cientos y doscientos pesos que él se apuraba en pechar en cuanto conocía a una nueva víctima.

Pero Longhi no estaba dispuesto a seguir por este camino, y un lindo día le habló claro a su socio:

— Yo estoy resuelto a trabajar... Me has dicho que el Presidente Avellaneda me daría cartas de presentación y recomendación para Tucumán. Pues bien, mientras no tenga estas cartas, trabajaré. Esta vida no la voy a continuar de ninguna manera.

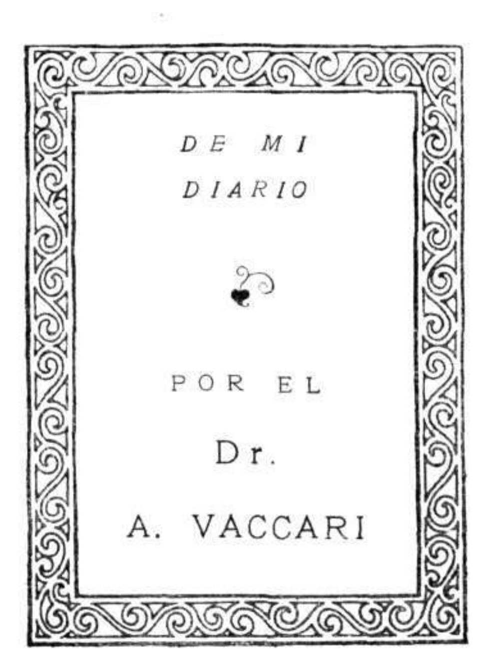
Efectivamente, se fué a la Boca, donde con pocos centavos compró un traje de tela para obrero, pincel, pintura y demás útiles del oficio y se ofreció como especialista en letreros para casas de negocio.

Le pagaban un tanto por letra, y cuando se trataba de pintar algo que no tuviera que ver con

el alfabeto, el precio era convencional.

Una zapatería le encargó que pintara un sol y una bota, a más del letrero «Zapatería Argentina». La bota salió bien, pero el sol se parecía a una enorme polenta. El propietario pagó las letras según lo convenido y la bota también, pero se rehusó a abonar el importe del... sol, porque dijo que se asemejaba a una rueda de carro.

Todas las noches, sin embargo, Longhi volvía de la Boca al centro, procurando no ser visto por los que frecuentaba cuando solía vestir el frac. Y así siguió con esta vida curiosa, de duro trabajo durante el día y de gran mundo por la noche. Comían carne fría, frutas, a veces cocinaban huevos a la manteca en cajas de sardinas vacías, que ponían sobre la llama del gas. Entonces era Nino Urbani quien cocinaba, y para no echarse a perder las manos calzaba guantes blancos mientras estaba entregado a sus tareas.



Durante pintaba los letreros de las casas de negocio, Longhi tenía la costumbre de cantar.

Una noche en casa de Avellaneda le rogaron cantara alguna de las canciones populares italianas, y él entonó la barcarola «Santa Lucía».

Debió cantarla discretamente, porque todos indistintamente lo aplaudieron con calor y pidieron el bis.

Todos menos uno, que lo miraba fijamente, como si quisiera acordarse de algo y procurara traer a la memoria una fisonomía conocida.

Este señor sentado en un sillón, con las piernas cruzadas, fumaba un habano del que de vez en cuando sacudía la ceniza con el dedo meñique. Por fin no pudo callarse más y dijo:

—¡Curioso! ¡La misma voz, la misma canción que he oído allá en las afueras esta misma tarde! Y era un changador que cantaba y pintaba letreros...

Longhi creyó que la tierra se le iba a abrir bajo los pies... El señor ese era el general Mansilla... ¡Estaba descubierto!... ¡Se encontró perdido!

Por suerte pocos días después Urbani conseguía cartas de presentación del Presidente Avellaneda y Longhi pudo abandonar la capital rumbo al norte. Llegó allá como un agrónomo insigne, mas el poco dinero que llevaba se esfumó en breve y con el dinero también la fama de sabio agricultor.

Don Justiniano Frías, hombre de mundo, lo llamó aparte:

—¿Dígame la verdad, mi amigo, cuenta usted con recursos o no cuenta? ¿No? ¡Enhorabuena, amigo! Me lo suponía. Hay que poner remedio a la cosa en el acto. Alístese usted para salir esta misma tarde... Irá al establecimiento azucarero de mi amigo Padilla. Tendrá trabajo y comida.

Tampoco en el establecimiento Padilla pudo durar mucho tiempo. Hubo una pelea entre peones, Longhi procuró separar a los contrincantes y quedó mal con todos. El señor Padilla le dió cartas de presentación para Salta y montado en un espléndido flete, vestido a lo gaucho, con guitarra a la bandolera, tomó el camino que le dijeron que llevaba a Salta.

Al tercer día de viaje fué alcanzado por la mensajería que hacía el recorrido Tucumán-Salta. El conductor de la mensajería le dió los buenos días.

—¿Para dónde?...

—¡Como ve, amigazo!... Si no ando mal quisiera llegar a Salta...

En el interior del coche viajaban tres pasajeros. El conductor continuó:

—Dígame compañero... ¿Quiere que hagamos un trato? Desensille su pingo, lo ataremos al costado de las mulas... Usted sube al pescante. Irá más a gusto y también podremos echar un párrafo...

Pronto Longhi inició la conversación también con el señor que iba adentro, y debió resultar simpático, porque en el primer cambio de caballos fué invitado a pasar al interior.

Uno de los viajeros era un fraile, italiano, que en cuanto supo que Longhi había militado con Garibaldi, le manifestó en seguida una antipatía vivísima.

Cuando el camino se presentaba muy escarpado Longhi bajaba y empujaba la mensajería. En estas circunstancias también el señor y su esposa bajaban para livianar el coche, pero el que no se movía nunca era el padre franciscano, a pesar de su peso bastante respetable, pues pasaba de los cien kilos.

Al cruzar un arroyo la mensajería se empantanó y no hubo medio de hacerla salir. El fraile se dirigió a Longhi con aire imperativo y le ordenó que bajase.

—¡Bájese pues!... ¡Qué espera!

No necesitó más. Longhi agarró al padre franciscano y lo echó del coche lo mismo que si se hubiera tratado de una encomienda postal.

Entre la gritería de los viajeros, el alivio de los cien kilos que ya no recargaban al coche, el ruido de la caída del fraile y demás, el hecho es que los caballos salieron del paso y la mensajería pudo pasar al otro lado del arroyo.

La buena señora gritaba a voz en cuello:

—¡El padre, cochero, el padre se ahoga!

El cochero mientras tanto había bajado del pescante y con el lazo sacaba al padre del apuro. Longhi, rápido como el rayo, desató su caballo, lo ensilló y a todo lo que daba se fué campo afuera.

Al pasar por una pulpería preguntó si se había visto pasar la mensajería y con cuantos pasajeros.

—Iban tres, entre ellos un fraile...

Su preocupación más grande era que el fraile se hubiese ahogado.

Poco antes de llegar a Salta una comisión de policianos lo tomó preso encerrándolo en un calabozo.

Un ex oficial italiano, que se encontraba al servicio del gobierno, fué a visitarlo.

—¡Qué hizo usted!

—Dígame primero... ¿No murió el fraile, verdad?

—Eso es lo peor... Porque puede figurarse como están los colegas del franciscano...

Longhi dijo que tenía una carta para un señor salteño y se la mostró al oficial:

—¿Quién le dió esta carta?

—El hermano del Presidente.

El oficial salió y a los pocos minutos volvió para decirle que el Gobernador quería hablarle. La carta estaba dirigida al Gobernador, el señor Leguizamón que lo recibió afectuosamente. Al lado del Gobernador estaba el señor que había sido compañero de viaje, ministro de gobierno.

—¿Y cómo arreglaremos eso, señor Longhi?... El convento me pide que lo entreguemos...

—Más bien mátenme en el acto...

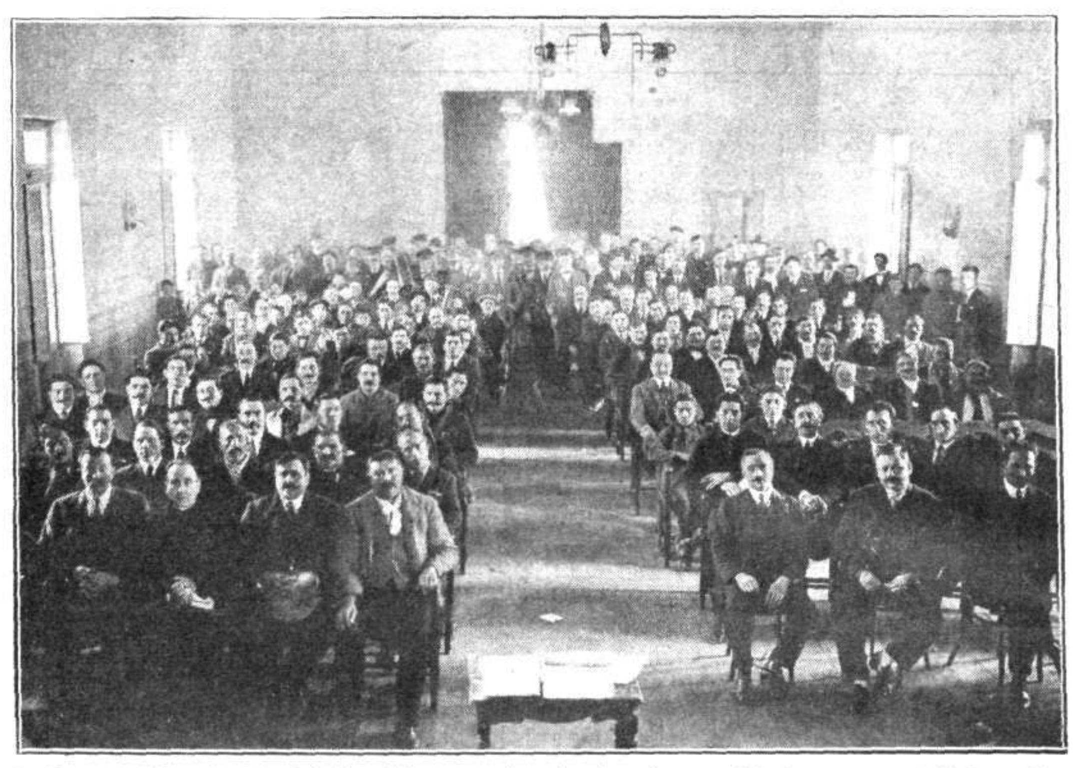
—¿Sabe usted andar a caballo?... Bueno... Yo le diré lo que tiene que hacer.

Pocos minutos más tarde lo acompañaron a una casita en las afueras de la ciudad, donde al poco rato lo alcanzó el mismo señor Gobernador.

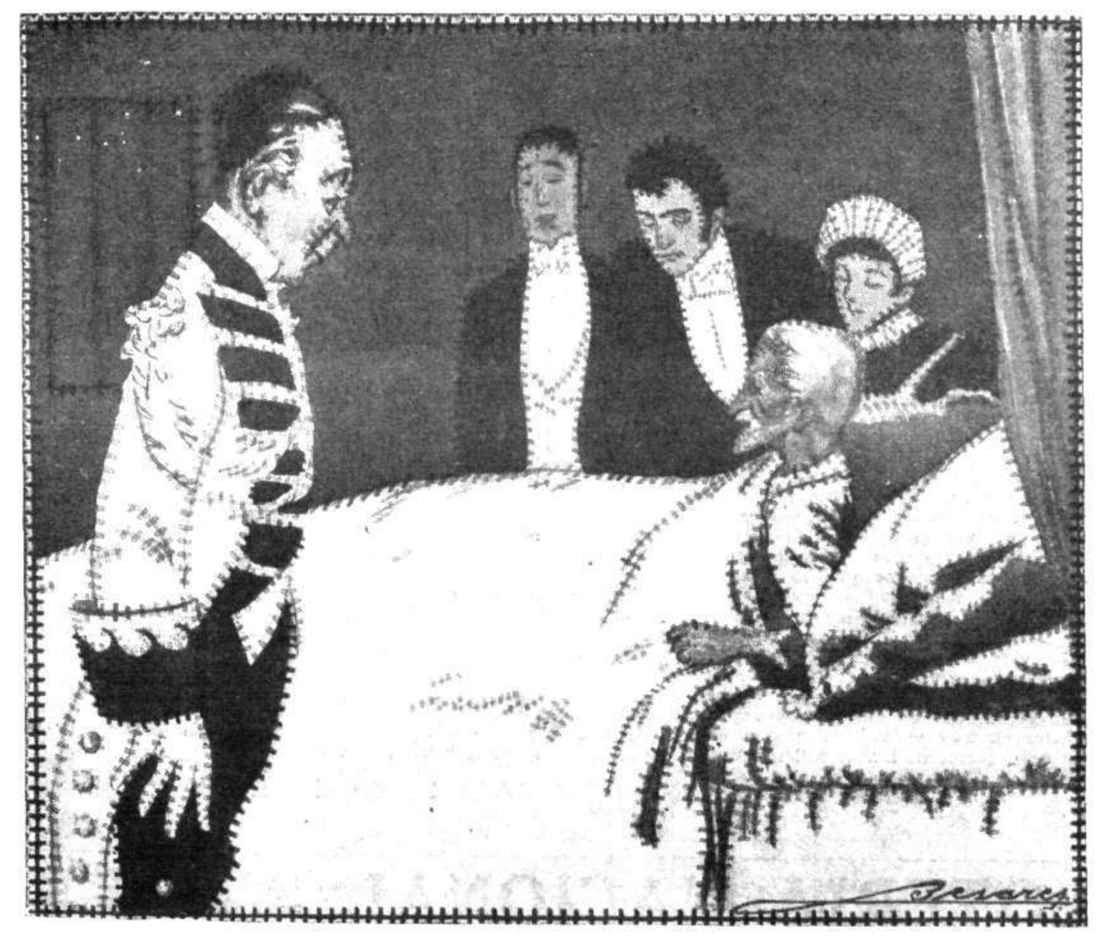
—Mañana antes de la salida del sol saldrá usted para mi estancia del río de las Piedras. Quedará como capataz en lugar de Pedro Barano, que se encuentra mal de salud. No le faltará nada. Lo acompañará mi primo Juan.

Los frailes de Salta... están esperando todavía.

De Rawson (F. C. P.)



Asamblea general de vecinos, sin distinción política, para gestionar la autonomía comunal de Rawson, provincia de Buenos Aires, que depende actualmente de Chacabuco a pesar de ser una población de más de 4.000 habitantes.



A M O R   F I L I A L

—Perfectamente; ahora ponemos la esterilla a los pies de la cama y terminada la faena.

—No sé por qué, me parece esta sala la de un hospital.

—Peor, Antonio; las salas del hospital son más blancas... más alegres... Fíjate en estas paredes rezumando agua y en la obscuridad de esta leonera... mejor parece un nicho.

Y Juan el lacayo, satisfecho de su comparación, se sonrió.

La habitación que acababan de arreglar los dos criados era grande y destartalada. A un extremo de ella se veía una cama y una mesilla de noche al lado; en frente de la cama una ventana, protegida con fuertes barrotes de hierro, se abría sobre un patio húmedo y sombrío, y en el fondo de la habitación estaban amontonados: un arcón de roble, un catre viejo, diversos enseres raros e inservibles y un brasero de bronce, que brillaba dulcemente a la luz ya mortecina de la tarde. Desde aquel interior se distinguían las dos alas del palacio encaladas y blancas, y los canalones que apoyándose en las paredes se cruzaban en el aire, destacándose con trazos negros sobre el gris metálico de un cielo de invierno.

—¿Y cuándo meten al señor aquí, Antonio?

—Ahora mismo subiremos para traerle.

—No se va a divertir mucho en este cuarto.

—¿Sabes por qué lo mandan abajo?

—Hombre, la cosa es clara; pues por viejo. Créeme, no se debe llegar a viejo; más vale morirse a tiempo. Y cuando esto le pasa a los ricos, figúrate la suerte que nos espera a los pobres si llegamos a endurecer mucho los huesos en este mundo... Don Justo fué un tonto; soltó el dinero, y ahora la hija, guiada por su marido, le manda abajo, porque arriba en el palacio estorba.

—Vamos, comprendido: llegó la hora de encerrarle con los trastos viejos. Pues, francamente, eso es una picardía, porque don Justo quiere mucho a su hija y ella se lo paga muy mal al hacer lo que hace.

—¡Qué quieres!... ¡Cosas de la vida!... Basta de charla y vamos por el señor, que el pobre no ve gota y no puede bajar solo.

Los dos criados subieron por la escalera de servicio que conducía a las habitaciones superiores.

Momentos después Juan y Antonio reaparecieron trayendo cogido del brazo a don Justo, un viejo alto y seco, vestido de negro y que cubría la cabeza con un gorro de terciopelo rojo; en su pergaminoso rostro, completamente afeitado, se notaba la inmovilidad característica de los ciegos.

Detrás de ellos venía Mercedes, la doncella de la señora.

En el nuevo aposento instalaron a don Justo, y una vez acostado, dijo Mercedes al viejo:

—El señor estará aquí bien; este cuarto es muy silencioso. Al alcance de la mano le dejo una campanilla para llamar de noche por si le ocurre algo; Juan, que duerme cerca, le atenderá. Yo bajaré todos los días la comida del señor...

—Di a mi hija —balbuceó don Justo con voz suplicante— que baje todos los días a verme... ¿eh?... todos los días...

—Se lo diré —repuso Mercedes.— ¿Manda algo más el señor?...

—Nada. No te olvides de decirle que venga...

Se retiraron todos de la habitación, y hondo y sonoro resonó el portazo al cerrar el cuarto donde quedaba encerrado don Justo.

Los criados, que habitaban la planta baja del palacio, transigieron con la vecindad del señor, pues no temían la vigilancia del amo, y a los pocos días todos entraban a saludar y enterarse de la salud de don Justo, que se levantaba muy poco de la

cama, donde permanecía amodorrado y hecho una momia. Juan pasaba todo el tiempo que le dejaban libres sus quehaceres al lado del viejo. Don Justo agradecía con efusión tal solicitud, y acabó por hacerle confidente de sus penas: "¡Mejor es cien veces morir que soportar este cruel abandono! —exclamaba el enfermo. — ¡Siempre aquí encerrado! ¡Ni me sacan al jardín!... ¡Y mi hija no baja nunca!... ¡Nunca!... ¡Ya lo ves!..."

Juan sentía una gran piedad por el pobre señor, y deseando endulzar sus dolores ideó una estratagema que puso en práctica con resultado. Un día hizo levantar del lecho a don Justo y le anunció que por mandato de su hija le llevaba a pasear al jardín.

—¿Y vendrá ella a verme?

—Quizás vaya — replicó Juan.

Y agarrando del brazo a don Justo le paseó por los corredores, y volviéndole a entrar en el cuarto le sentó en una silla, diciéndole que estaba en el cenador del jardín, cosa que el viejo creyó cándidamente. Allí permaneció buen espacio oyendo el borboteo del surtidor cercano y estremeciéndose con las ráfagas de viento frío que bajaban de la sierra, según le indicaba en su charloteo Juan. Ya tarde, y convencido por el lacayo, emprendió don Justo otra vez la fantasmagórica marcha hacia su habitación. Durante el paseo al través de los corredores don Justo se quejaba amargamente de que su hija no había bajado junto a él. Juan urdió generosamente varias mentiras para engañar al viejo.

Pesadas e iguales pasaban las horas para don Justo, que, vencido y agotado por el sufrimiento, ya no se atrevía a protestar y quejarse.

Llegó un día en que la postración del enfermo mostró claramente a Juan que la muerte de don Justo se acercaba. Llamó a Mercedes y le encargó que subiese a decir a la señora que su padre se moría y que se apresurase a bajar si quería darle el último beso: beso que solicitaba con insistencia el moribundo.

Mercedes subió precipitadamente; pero pasaron muchas horas y no venía nadie. Don Justo continuamente, y ya como un débil suspiro, repetía él nombre de su hija. Casi al anochecer se presentó por fin la doncella.

—¿Y la señora? — preguntó Juan.

—No baja...

—¿Que no baja?...

—No. Dice que como el señor está ciego y no se entera de nada, que le dé yo el beso... y es lo mismo.

—¡Valiente hija!... Bésale, pues, tú...

Al ver Mercedes a don Justo con el rostro amarillo y casi rígido, las barbas largas e hirsutas y la desdentada boca abierta, de la que se deslizaban brillantes hilillos de baba, dijo, volviéndose a Juan:

—Me da repugnancia... no le beso.

—Hazlo por caridad — insistió suplicante el lacayo.

—Sea por caridad — murmuró Mercedes, e inclinándose sobre don Justo le besó.

La noticia de que el señor agonizaba se extendió entre los criados, y sólo por verle morir acudieron: el cochero, el mozo de cuadra y su mujer. La agonía del viejo era lenta. Entre los criados cesaron los codazos que, en un principio, se propinaban al notar los visajes de don Justo, y en el silencio absoluto de la habitación se oía netamente el estertor agónico. Poco a poco fué ganando el espíritu de todos el misterio inefable de la muerte, y mudos y solemnes oyeron escapar del pecho de don Justo el último suspiro.

Un crepúsculo de invierno bañaba con sus tonos morados y tristes la estancia.

C A M I L O   B A R G I E L A

DIBUJOS DE BESARES



—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



El señor Intendente de esta localidad con algunos de los amigos que asistieron al almuerzo criollo celebrado festejando el Día de la Raza.



—*Andá,* Lucio *pa* otro *lao*
y no *mirés* para acá;
vete prontito y *dejá*
que me bañe en el *bañao.*

—Me ha tomado de sorpresa.
verte a vos por estos pagos;
¡me *recibís* sin halagos
y me da mucha tristeza!

Pero ya que te *bañás,*
galopiando ahora en mi flete,
voy a buscar un paquete
que vi en el rancho. ¡Verás!

China mía, yo no dudo
que te ha de hacer ilusión.
—¿Y qué es?—**Reuter**, un jabón
lindo, suave... ¡macanudo!

LA INVITACION INESPERADA

POR LUZ Y SOMBRA

Cuando menos lo esperaba y todavía no había pensado en sus nuevos vestidos para el verano, Mily recibe de una familia amiga una invitación para ir a pasar una semana en la deliciosa villa que aquélla posee en las afueras de la ciudad.

Pocas horas faltan para la salida, y Mily no tiene nada, nada que poner en su valija para el breve viaje. Renunciar a éste sería una lástima... La villa es deliciosa, el paraje estupendo, la compañía alegre y numerosa...

Pero Mily se acuerda que tiene guardados en un cajón unos metros de "shantung" blanco que le fueron regalados. Eso es lo que la va a sacar del apuro.

Dos anchos colocados uno encima del otro, un corte redondo para el escote, la abertura del brazo en "biais" para que el vestido no cuelgue, y las costuras laterales al hilo. Ninguna manga. Como cinturón, una cintita fijada por unas puntadas de seda. Y el vestido está hecho.

Con una cretona lisa y otra estampada, Mily se hará luego otro vestidito bien novedoso y perfecto. Nuestro grabado indica el corte sencillo de este modelo, que no es más que una "chemise" de cretona rosa bordada con un punto de ojal azul marino. Una tira ancha de cretona floreada con los mismos puntos de ojal que la sujetan al talle, forma el cinturón.

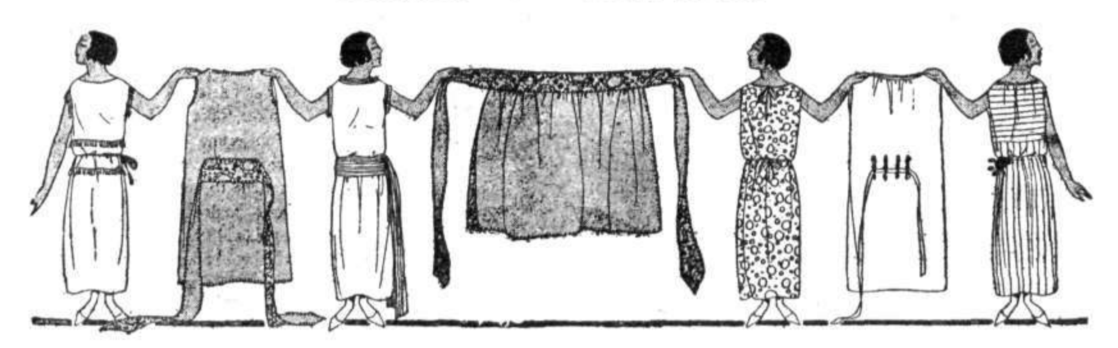
Y, para completar el vestido y darle una nota característica, sobre una larga tira de cretona floreada fruncirá una cretona lisa forrada de otra floreada, lo cual formará la más bonita capa rústica del mundo.

Mily necesita ahora una echarpe. Un metro de "foulard" o "crepe de chine" liso y otro estampado, colocados uno sobre el otro y unidos por un punto de cordellére finísimo. Una extremidad de la parte estampada será doblada sobre la extremidad lisa, para formar un grande bolsillo cerrado por un ojal y una bellota o fleco de seda.

Una tira de cretona estampada para el cabello, y ya no falta nada más. Pero Mily es una mujercita caprichosa, que no cree posible cambiar una sola vez de vestido en siete días. Y pensando que con una blusa o un "yumper" — el tan moderno yumper — podría vestir su pollera blanca del año pasado, resuelve el problema en un instante, con esa seguridad que deriva del saberse joven y bonita. Dos finas toallas de tejido esponja, dobladas en la extremidad superior para formar el cuello, y unidas en los hombros y a los lados por un grueso punto "cordellére", una cintita al talle, y el "yumper" está hecho.

Después de los siete días podrán volver a su humilde oficio de toallas.

Y después de esto, pensar que hay mujeres que dicen no poder salir de Buenos Aires por no tener que ponerse...



De Rivadavia (F.C.O.)

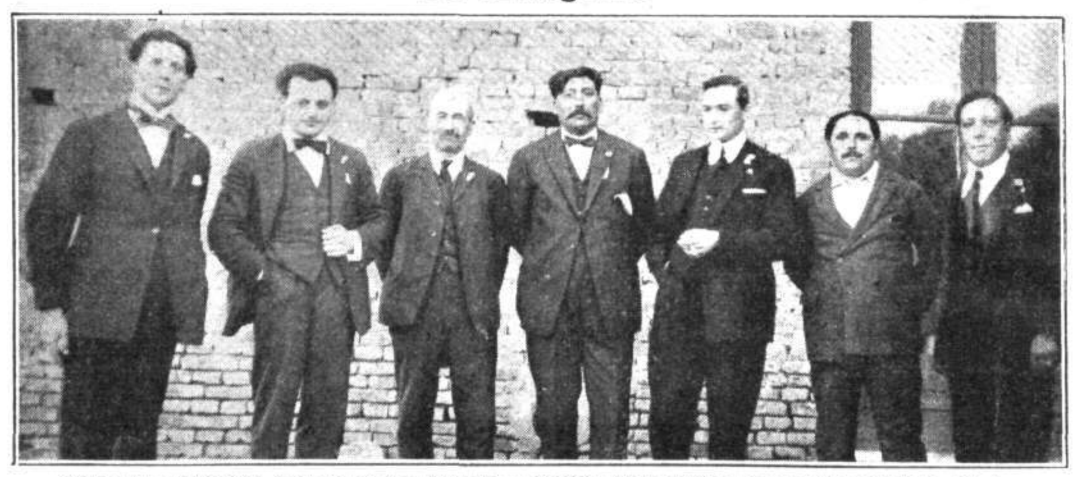


Concurrentes al lucido baile organizado por la sociedad recreativa "Los Unidos" de esta localidad.

VINOS

TRAPICHE





Vecinos de esta localidad que tuvieron a su cargo la organización de los festejos conmemorativos del 12 de Octubre.

EN EL PAÍS DE LOS FETICHES

Los fetiches, que están en gran veneración en la Costa del Oro, en la de los Esclavos y en general en casi toda la costa occidental de Africa, son dignos de estudiarse.

La palabra fetiche, portuguesa de origen, significa propiamente encanto o amuleto. Se ignora cuando comenzaron a usarla los negros; se emplea siempre en un sentido religioso. Todo lo que sirve al honor de la divinidad toma el mismo nombre, y no siempre es fácil distinguir los ídolos de los instrumentos de su culto. El objeto de la veneración de los negros no tiene forma determinada. Un hueso de un animal, la espina de un pez, una piedra, una pluma, la menor bagatela, toma la cualidad de fetiche, al capricho de cada uno.

Estos pueblos creen que su fetiche ve y habla, y cuando cometen una acción de que les reconviene su conciencia, ese sentimiento íntimo que Dios ha puesto en el alma de todo hombre civilizado o bárbaro, ocultan cuidadosamente su fetiche para que no los descubra. Jamás juran en falso por estos ídolos, porque tienen la firme creencia de que el perjuro no sobreviviría una hora a su crimen.

Todos los negros llevan siempre consigo, o en sus canoas, uno; los demás los conservan en sus cabañas, y pasan de padres a hijos, cual una herencia, con un respeto porporcionado a los servicios que la familia cree haber recibido de ellos.

Son los lares, los dioses penates que la antigua civilización de Roma habia inventado.

MAQUINA INGLESA DE TEJER MEDIAS

MAQUINAS INGLESAS DE TEJER

NO ES NECESARIO SABER MUCHO

Con la máquina automática de tejer géneros de punto puede Vd. hacer en pocas horas de trabajo: Medias, Calcetines, Camisetas, Calzoncillos, etc., en lana, algodón, hilo, seda, etc., sin costura, tipo inglés.

SEA Vd. DUEÑO DE Vd. MISMO

Trabajando en su misma casa, cómodamente, posea Vd. **"LA AUTOMATICA"**, podrá vivir desahogadamente y ganar de $ 5 a 6 todos los días. Nosotros le ayudaremos para que se independice.

UTILIDADES SEGURAS

Compramos todas las medias que Vd. haga con **"LA AUTOMATICA"**, proporcionándole también los hilos para hacerlas. En el Catálogo «C 2», que remitimos gratis a quien lo solicite, encontrará usted los precios que pagamos por la hechura de cada par de medias y las utilidades que usted puede obtener en esta forma.

EN CUANTO Vd. CONOZCA EL MANEJO, QUE SE APRENDE FACIL, EMPEZARA SU GANANCIA

PRECIO: MAQUINA completa, con todos los accesorios **$ 360 m/n**

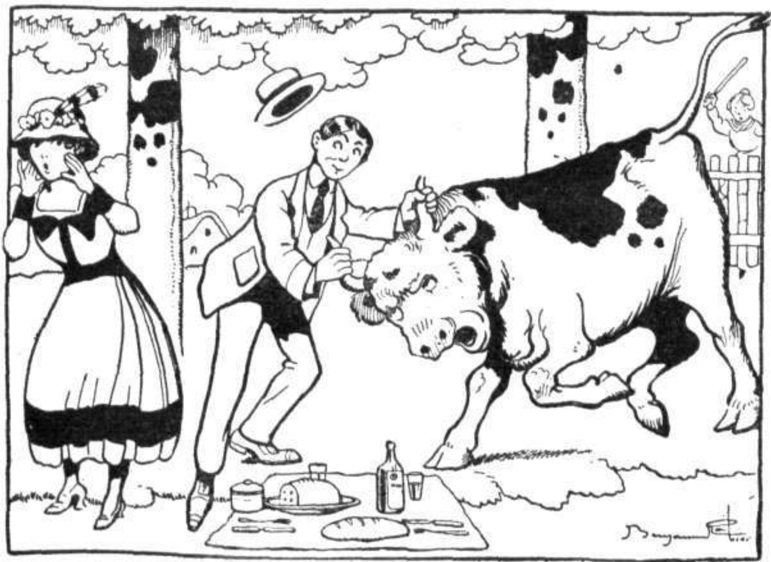
Pida hoy el catálogo "C 2" a los únicos y exclusivos Introductores en toda Sud America.

J. PASCUAL NIGRI É HIJOS,

CANGALLO, 1180 Buenos Aires - República Argentina

"YACO"

Más fuerte que un toro



Ella. — ¡Ay! estamos perdidos.
El. — Nada temas, tomo Quinium Labarraque; con él el hombre es tan fuerte como Hércules.

El uso del **QUINIUM LABARRAQUE** a la dosis de un vasito de licor después de cada comida, basta, en efecto, para devolver en poco tiempo las fuerzas a los enfermos más agotados y para curar con seguridad y sin tropiezos las enfermedades por consunción y las anemias más antiguas y rebeldes a todo otro tratamiento. Las fiebres más tenaces desaparecen rápidamente con este heroico medicamento.

De aquí que las personas débiles, debilitadas por las enfermedades, el trabajo o los excesos; los adultos fatigados por un crecimiento demasiado rápido; las jóvenes cuyo desarrollo es lento; las mujeres que están en período puerperal; los viejos debilitados por la edad; los anémicos, los afectos de surmenaje deben tomar el vino de **QUINIUM LABARRAQUE.** Está además recomendado en los convalecientes.

El **QUINIUM LABARRAQUE** se encuentra en todas las Farmacias. — Depósito general: **Maison FRERE, 19, rue Jacob, Paris.**

DEL DOLOR DEL EMIGRADO



Otra aldea perdida



VILLAMEDIANA es un pueblecito riente, que se enclava en Castilla la Vieja, al abrigo de una complicada serie de montañas. Tiene hoy de ciento diez a ciento veinte vecinos. Sus orígenes son obscuros, aun cuando no compartan esta opinión algunos arqueólogos traspillados que cruzaron la villa. Lo indudable es que, desde hace infinitos años, Villamediana fué apenas un pequeño pueblo de humildes pastores.

Algunos enriquecieron en fuerza de habilidad para transar. Zona exageradamente fría, azotada por nieves y ventiscas en el prolongado invierno, hacíaseles imprescindible a los ganaderos marchar con los rebaños a Extremadura, apenas iba declinando el otoño.

Con el tiempo vernal se iniciaba el regreso, y era un día de júbilo aquel en que el tintineo de las esquilas aproximábase por los senderos. Los muchachos corrían al encuentro de los pastores, que repartíanles frutas silvestres recogidas por el camino.

En general, la vida era precaria. Puede decirse que todo cuanto rodea a Villamediana es rocoso. Inmediatas al pueblo quedan las huertas, tan reducidas, que entre todas ellas no componen dos hectáreas bien medidas. El arado y la azada, hundiéndose sin desmayo en los sitios donde lluvias o tormentas arrastraron alguna tierra, permiten la siembra de cereales, mas en proporción insuficiente para el consumo. Esa estrechez en el vivir fué sin duda la que generó las ambiciones del primer emigrante.

Tratábase de un mocetón que naciera despejado e inquieto. Tenía una confusa idea de la existencia de otro continente, de un continente virgen, inexplotado, ubérrimo:

—¡Está muy lejos! — oyó decir.

— No importa — fué su respuesta. — ¡Lo importante es que lo haya!

Tenía en los ojos fulgores de iluminado; surcaba sus venas la sangre hirviente de los conquistadores; latía en su pecho un fuerte corazón de aventurero.

—¡Lo importante es que lo haya!...

Era un descendiente legítimo de Hernán Cortés, de Pizarro, de Torquemada y de Felipe II. Era un español a la antigua usanza: terco, fanático y andariego. Rumbo al Nuevo Continente fué. Y tras obstinada lucha — lucha contra el ambiente desconocido, contra la rapacidad de los otros hombres, contra su ignorancia crasa — tras obstinada lucha, se repite, logró retener entre sus manazas toscas el anhelado vellocino, entrevisto lejos, allá en la aldea natal, en frígidas noches de vigilia, mientras la nieve se acumulaba en los tejados y una copla de mozo parecía volar desde muy cerca:

Los cabellos de mi rubia
se los ha robado al sol,
y a mí me ha robado el alma
la vida y el corazón.

El ejemplo del villamedianense que enriqueciera, prosperó. Otros rapaces salieron rumbo a América. Apoyados por el paisano, iban camino de labrar fortuna. Buenos Aires fué para los sencillos montañeses imán que atraía, foco que deslumbró. Era providencial aquello. El encarecimiento de los campos de la península no hacía posible arrendar las dehesas de Extremadura. Y si invernaban, a despecho de tan alta cotización, las utilidades del ganadero eran mezquinas.

Sombría perspectiva. En horizonte tan preñado de amenazas, América irrumpía como un pródigo y fulgurante sol. Los mozos empezaron a emigrar. Fuéronse también algunas familias que vegetaban penosamente...

La aldea quedó triste. Marchaban los jóvenes, los animosos, los fuertes... Quedaron los viejos, los débiles, los tímidos, los resignados, los ineptos. Los que mirando a la vida, olvidaron el sonreir.

Ya no hubo holgorios tan sonados en las calles. Muchas huertucas quedaron sin cultivo. Los pequeños trigales no se encorvaban, como antes, al peso generoso de la espiga bien granada.

Y enmudeció la guitarra y cabe las ventanas de la moza garrida dejó de florecer, vibrante y bravucona, la copla.

El sacristán, labrador en los momentos que le dejaba libre la iglesia; barbero cuando se le llamaba, y repartidor de correspondencia arribado el correo, tuvo recargo en esta última tarea. Las misivas llegaron abundantes.

Pero... ¡cuán distintos sus efectos! Dentro de aquellos sobres simples, leves, rígidos, ¡qué

diversidad de cosas venían!... Giros que llevados a la capital convertíanse en monedas bruñidas; retratos que mostraban hecho «un señor» al chicuelo que saliera mostrando las calzas; epístolas breves, pero tan expresivas y trágicas en su simplicidad, que el llanto atronaba el barrio una noche, vistiendo de luto a la otra mañana la familia.

Y las madres seguían extrayendo rapaces de sus vientres fecundos; y los chicuelos medraban; y una buena tarde, en un caballejo lúcido, salían en procura del ferrocarril que iba a conducirlos hasta Barcelona...

Pasaron los años y el pueblo se transformó. Caían o quedaban arrumbadas las casas primitivas. Hombres venidos del corazón de la Rioja edificaban sólidamente por encargo de un indiano «fachendoso» que, por sistema, todo en la patria lo encontraba malo, encastillándose en una lógica difusa y arbitraria, diciendo orondo con una acentuada inclinación del busto:

— Porque yo he visto en América...

Transformábase el pueblo, sí. Las nuevas casas eran más amplias, confortables y presuntuosas. Tenían balcones y puertas bien labradas. Sus paredes avergonzaban a los casucos de antaño, sin su esbeltez ni su blancor.

Y fueron otras las costumbres. Medíanse las palabras y no se exteriorizaban, a la manera de antes, los sentimientos. El discreteo puso su valla glacial entre alma y alma. Antes se apetecía el dinero; en lo sucesivo se adoró. Las gentes no paráronse en medios con tal de trincarlo. El egoísmo más descarnado, más lamentable, más feroz, erigió su imperio en aquel vallecico sonriente que tan poco sabía de conveniencias años atrás.

Las muchachas imitaron el vestir de las señoritas de la ciudad. Y no miraron tiernamente al galán pinturero, laborioso, diestro y valiente; de convexo pecho; de brazos musculosos... Reparaban en las faltriqueras. Los años y alifafes poco suponían ante la inflazón bizarra de una bolsa.

Vieron las madres en sus hijos plantas de escaso cultivo y grande rendimiento. Se especuló, perdida la noción moral. Casábase la pareja y de noche, la mujer, más calculadora, deslizaba al oído de su hombre:

— ¡Si tuviéramos muchos hijos!... ¡Si salieran varones!... ¡Si marcharan a América!... ¡Si enviasen dinero!...

Y el amanecer la sorprendía desvelada aún, doloridas las entrañas, y la rapacidad, como una planta bastarda, echándole raíces en el pecho...

VICENTE A. SALAVERRI

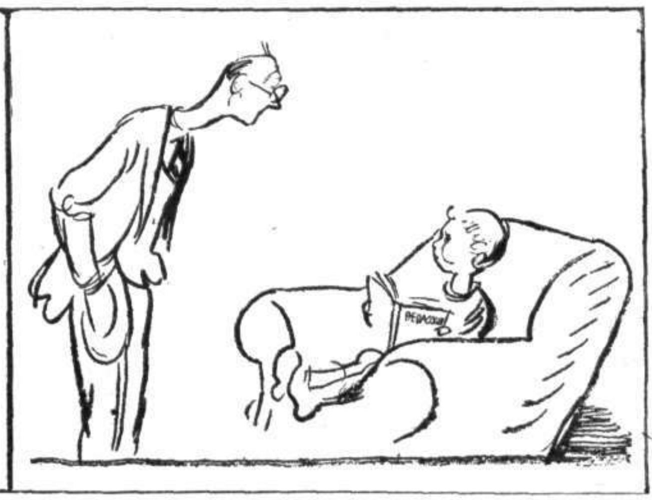


— ¡Oh! ¿La puesta del sol no le dice nada a usted?
— Sí; me dice que debo irme a casa.

— Alteza, la mujer blanca que debías comeros esta noche ha dado a luz dos mellizos.
— Bien; haré empanadas contigo.



ASALTANTES SPORTSMENT
... 7, 8, 9. ¡Knock-out!



— ¡Cómo! ¿Tú estás leyendo un tratado de pedagogía?
— Sí; quiero saber si estoy bien educado.

De San Andrés de Giles



Homenaje tributado con motivo de su jubilación a la benemérita educacionista señorita María Julia Ceoppa, en el que se le hizo entrega de un álbum y medalla de oro alusiva al acto.

¡OJO CON LOS TAPICES DE ORIENTE!

Es sabido que los aficionados a los tapicen prefieren las alfombras antiguas, con colores amortiguados por el tiempo, a las de reciente factura, con vivos tonos. Y como la moda todo lo puede, un tapiz viejo, aunque no sea muy bello que digamos, se paga más caro que otro reciente de hermoso dibujo.

Pero (ese eterno pero) desgraciadamente los persas, a fuerza de vender sus tapices viejos, hanse percatado de que éstos empiezan a escasear. Y como no era cuestión de abandonar el rico filón tan explotable de la vanidad humana, han ideado un procedimiento rápido y cómodo para envejecer en algunos días un tapiz recién salido del telar.

Al efecto, en fosas cavadas en el suelo, entierran las alfombras entre capas alternadas de estiércol de caballo y cabra, con lo cual, a los quince días de estar en tan sucia compañía, salen con el aspecto de venerables, tan buscado por las dueñas de casas ansiosas de lucir sus tesoros artísticos.

Mucho aconsejamos, por tanto, no se dejen engañar nuestros lectores cuando de adquirir tapices se trate. Bien es verdad que nuestros pintores han sabido hacer pasar por obras de la Edad Media, mediocres pinturas que han sufrido una prolongada estancia en el lugar menos aromático de la casa.

No mas cabellos blancos

AGUA SALLES

PROGRESIVA o INSTANTANEA

50 AÑOS DE EXITO ASEGURAN SU EFICACIA

EL AGUA SALLES PROGRESIVA devuelve al cabello y a la barba su color primitivo: rubio, castaño o negro. La INSTANTANEA les da color moreno o negro. Tan naturales son estos matices que es imposible apercibirse que los cabellos y la barba se han teñido. Bastan una o dos aplicaciones sin lavado de la cabeza ni preparaciones. EL AGUA SALLES es absolutamente inofensiva y su eficacia pronta y duradera.

DE VENTA EN TIENDAS, PERFUMERIAS Y FARMACIAS

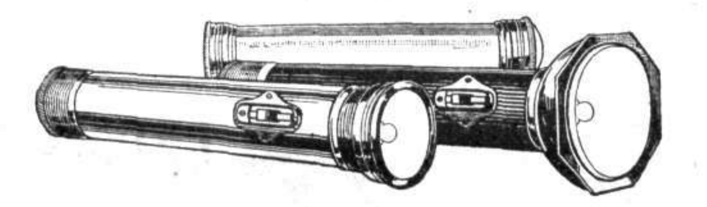
SALLES PERF. QUIMICO

73, Rue Turbigo — Paris

Depósito en Buenos Aires: A. LOURTAU y Cía., Paraná, 182

Depósito en Montevideo: Sarandí, 429

YACO





Las lámparas de bolsillo EVEREADY

LA lámpara de bolsillo es útil a todos. Hay muchos estilos de lámparas Eveready—uno para cada uso. Hay un estilo Eveready particularmente apropiado para uso en el hogar; hay otro para uso fuera del hogar y en el automóvil. Hay un estilo pequeño para bolsillo de chaleco y el nuevo y admirable modelo "enfocable," que arroja un rayo de luz a cualquier distancia dentro de 90 metros.

Las lámparas de bolsillo Eveready gozan de la merecida fama mundial de ser las mejores. Son durables, atractivas y de precio módico. Las baterías "Eveready" son igualmente las mejores. Duran más y producen una luz más brillante.

Pida a su abastecedor que le muestre las lámparas de bolsillo Eveready o bien escríbanos por ejemplar de nuestro catálogo.

F3322S

AMERICAN EVEREADY WORKS :: 30 East 42d Street :: NUEVA YORK, N. Y., E. U. A.

Fabricamos también acumuladores, baterías de pilas secas y medidores eléctricos "Eveready"

De Almeyia (F. C. M.)



Jóvenes de esta localidad que concurrieron al picnic organizado por la colectividad española conmemorando el descubrimiento de América.



La hermosura de la mujer exije continuos cuidados; para ostentar una tez inmejorable y una frescura juvenil debe usar los productos siguientes:
El Jabón Higiénico
La Crema Higiénica y el
insubstituíble
Polvo de Arroz Grasoso
Brissac.
Su perfume exquisito, su adherencia y suavidad le dan un tono al rostro que con ningún otro producto puede conseguir.
L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443-55
UNION TELEFONICA, 2045, Belgrano
DE VENTA EN LAS PRINCIPALES TIENDAS, PERFUMERIAS Y FARMACIAS.
Jabón Higiénico Brissac
Polvo Grasoso Brissac
Crème Hygiénique Brissac
$ 1.40 la caja
$ 2.00 el tarro
Loción "Perle d'Amour", perfume fino y exquisito de la selva, en frasco de fantasía, con tapa esmeril v estiligut de vidrio.
Extracto "Marechal", riquisimo y persistente perfume, en un lindisimo estuche de fantasía, muy elegante para regalo.
Loción "Volupte" extra fina, perfume moderno de gran duración, en un lindo estuche, muy chic para persona de distinción.

Francesco Saverio Nitti

La política es hembra, y es olvidadiza; los hombres se abandonan a menudo a sus caricias, y — ¡claro, *pues!* — cuando menos lo piensan, se ven abandonados. Es justo decir, sin embargo, que si la política es poco constante de suyo, los hombres que se le agregan lo son todavía menos; especialmente en esta época nuestra, en que la política no es ni la cosa definida por Platón ni nada que se le parezca.

Francisco Javier Nitti se equivocó en su carrera cuando descuidó el camino universitario por la senda parlamentaria, y trocó en tribuna la cátedra. Esto no quiere decir que Nitti no haya sido y no pueda volver a ser un hombre político descollante; a pesar de todo, cuando un hombre tiene su talento, emprenda el camino que quiera, siempre irá muy lejos. Lo cual no impide que, si no andamos muy equivocados, Nitti hubiera llegado más lejos y más alto permaneciendo en la senda de la ciencia pura.

Cuando hace un cuarto de siglo nadie imaginara que Francisco Javier Nitti pudiese ser algún día el jefe del gobierno de Italia, su nombre ya era conocido y reverenciado, y corría por el mundo, sonando en todas las Universidades; y sus libros de Derecho eran bases de estudio en los dos continentes.

Yo no sé si se pueda decir mucho nuevo en las disciplinas legales; antes bien, tengo mis dudas sobre la eficiencia de esos estudios, que se esfuerzan por tener en pie el concepto jurídico de nuestros antepasados, y creo que ese trabajo, en que se gasta tanta inteligencia, tanto tiempo, se parezca mucho al trabajo que hiciesen muchos calafates para remendar una barquilla antigua y carcomida; pero, sea como sea, Francisco Javier Nitti fué de los pocos que se atrevieron no sólo a reparar las fallas de la barquilla del Derecho, sino que hasta intentaron, usando los materiales aprontados por los siglos, rehacerla en gran parte, transformándola, renovándola.

Quizás él mismo no creyese en la practicidad de su obra; antes bien, siguiendo sus conceptos, podríamos afirmar que él no creía posible aplicar la hélice a vapor a la carcomida barca; pero, como no había otra, como faltaban los materiales para hacer una nueva, y de haberse hecho, habrían faltado los hombres para manejarla, él hizo lo que pudo — y pudo mucho — para la obra de transformación, seguramente en la esperanza que los jóvenes aprendieran el manejo de los utensilios para estar prontos a hacer obra totalmente nueva, cuando los tiempos fueran maduros.

El valor científico de Francisco Javier Nitti estriba en esa amplitud de mirada, en ese afán de renovación del espíritu de la ley; reformista a pesar de sus arranques, que bien pudieran llamarse revolucionarios, él comentaba el cuerpo de las leyes, teniendo en cuenta lo que acontecía en el llano, donde las muchedumbres, adquiriendo fatigosamente una nueva conciencia jurídica, elaboraban, impelidas por los imperativos de la historia, el nuevo Derecho, el Derecho del mañana; el cual Derecho, lógica, fatalmente, habrá sido sobrepasado cuando los hombres le encerraran en sus códigos. Acontece con la ley lo que acontece con todas las manifestaciones del progreso. Una reforma, grande o pequeña que sea, no puede ser aplicada si antes no se ha amalgamado con la conciencia de un pueblo. Cuando Napoleón aplicó su nuevo Código Civil, ya todas aquellas nuevas disposiciones estaban en las costumbres y en la conciencia universal; pero como para dar forma concreta y sintética de ley a las aspiraciones de la mayoría habían necesitado muchos años, ocurrió que, cuando apareció el Código de Napoleón, en gran parte ya estaba viejo, no respondía a las exigencias contemporáneas. Norte de Francisco Javier Nitti fué el de anticiparse, con sus comentarios, con sus interpretaciones, a los tiempos todavía no llegados; y este concepto es en sí mismo revolucionario, pues destruye creando, o sea, edifica lo nuevo con los escombros de lo viejo, con todo lo que lo viejo tiene de utilizable.

Con estos precedentes universitarios, se explica perfectamente que Nitti, presentándose en la palestra política, lo hiciese bajo la bandera de los reformadores: fué con un programa radical que entró en la Cámara, fué en nombre de la democracia que inició sus batallas parlamentarias; y los socialistas le miraban, no como partidario, pero como un amigo que mucho se les acercaba.

Hombre político de largo alcance, Nitti lo fué sólo durante el segundo período de la guerra y durante el segundo año después del armisticio. Durante la guerra metió un poco de miedo a las clases pudientes, y especialmente a los nuevos ricos. Y si, cuando Orlando, el soñador, el romántico de la política, cayó, Nitti pudo substituirle, la mayoría parlamentaria lo aceptó — mejor dicho, lo toleró — porque no había en aquel momento, a pesar de los muchos pretendientes, ningún hombre que pudiese cargar con la cruz del poder.

Hoy, querer juzgar la obra política de Francisco Javier Nitti, mientras las pasiones partidarias todavía están fermentando, no sólo sería imposible sino que sería injusto. Lo que podemos decir es que la adversión del Parlamento y la guerra de los diarios, no fué secundada por el pueblo: Nitti cayó, quizás más por cansancio que por debilidad; y todo demuestra que él no se ha resignado, ni mucho menos, a quedarse en el llano. Tiene sus partidarios y en rededor suyo se ha tejido una red de intereses, que sus enemigos dicen obscuros; pero es muy probable que sean obscuros tan sólo como lo son todos los intereses cuando se sirven de la política para cohonestar derivaciones y fines limitados a pequeños grupos.

¿Cuál será el juicio que harán de la obra política de Nitti los venideros? No podemos ni imaginarlo. Lo que nos parece evidente, lo que podemos adelantar al juicio de la generación que seguirá a la nuestra, es que Francisco Javier Nitti nunca debió haber dejado su alto lugar de pensador y de docente; nunca debió haber dejado la gloria tardía pero luciente de la ciencia, por la gloria efímera, y muchas veces mentirosa, de la política.

ITALICUS

Enlaces



Copello-Recagno. — Rosario.



Ricardone-Telleria. — Rosario.



Borghi-Neumayer. — Rosario.



Señorita Maria Aurelia Campdesuñé con el señor José T. Ferreyra — Rosario.



Señorita Magdalena Aimar con el señor Martin Buccardi. — Berutti.

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, publicaremos una sucinta biografía y juicio crítico de los libros que lleguen a nuestra redacción.

La maximalista Lucía Dantar, *por Carmen Luna.* — Es ésta una novela triste, o mejor dicho, melancólica que, como los editores advierten, tiene atractivos análogos a los de *Werther* y *La Dama de las Camelias;* sin embargo, esa melancolía no le quita nada de su interés novelesco. La autora ha obsequiado su obra a los hijos de las obreras por cuyo bienestar velan las Damas Católicas del Asilo de San José, "en nombre de Matilde, predilecta de mi hogar".

Aguas serenas, *por Arturo Vázquez Cey.* — Ocurre a muchos poetas bien inspirados que, por huir de lo truculento, caen en lo ingenuo. No es éste, por cierto, el caso del autor de *Aguas serenas*, en cuyas composiciones se advierte sencillez, pero la sencillez natural del sentimiento profundo y del pensar sincero, junto con notable dominio en la técnica del arte. Bien quisiéramos dar a los lectores alguna muestra de los versos del señor Vázquez Cey; pero las tiránicas exigencias del espacio nos impiden darnos y darles ese placer.

La novela de una virgen, *por Antonio de Bartolomei.* — Esta conmovedora novelita será del pleno agrado de todas aquellas personas que tienen la consoladora creencia de que la felicidad en esta tierra debe ser la recompensa de la virtud, sobre todo, de la virtud desgraciada. Empieza: "¡ Sola ! ¡ Sola !, esclamó Rosita, oprimida por una congoja, mirando a su alrededor. ¡ Sola !" Y concluye: "¡ Papá, papá mío adorado, sollozó Rosita, tú que me ves, tú que me sientes... ¡ Ay ! ¡ Padre mío !... El día por ti pronosticado de mi felicidad, ese día ha llegado !" En el medio está la novela que se adivina.

Dibujo, *por Pablo Candela.* — En varias ocasiones hemos tenido oportunidad de hablar de la grandísima importancia que, a nuestro humilde juicio, tiene la enseñanza del dibujo. Sería redundancia repetirlo ahora; nos limitamos, por lo tanto, a anunciar la publicación de este libro, cuyo autor confiesa el plausible deseo "de hacer más fácil y atrayente el estudio de una asignatura tan hermosa e importante como lo es el dibujo".

Bíblico vino, *por Guillermo Sullivan.* — De ordinario, los poetas se presentan a los lectores como seres profundamente desgraciados y sin esperanzas de felicidad, porque el mundo no puede dársela. Al autor de este libro, que es un poeta inspirado y atrayente, no le cuesta mucho ser feliz: "Frente a la copa sonora — y la espiral del habano, — estaba, cuando llegaste — en tu vaporcito ufano. — Como él la sangre golpeó — por mis venas. Un tamiz — de gloria tuvo la tarde. — Y es que me sentí feliz..." Pues que sea por muchos años.

Apuntes de Instituciones de Comercio y Finanzas, *por J. D. Ravinale.* — Es éste un libro de texto en el que el autor ha recopilado, para los estudiantes de las Escuelas Superiores de Comercio, las lecciones que durante mucho tiempo ha dictado en las aulas de esos establecimientos. "Los presentamos — dice — sintéticos, sin adornos literarios, con la sola intención de ofrecer a los estudiantes una guía segura para el estudio y para los exámenes, siguiendo los programas de la materia". En esas condiciones, no es raro que el libro del señor Ravinale haya tenido éxito completo.

Mientras ruge el huracán, *por Elvira Aldao de Díaz.* — Se han publicado, en todas partes, centenares de libros en que los autores nos cuentan sus impresiones de Europa durante la gran guerra; pero creemos que éste es el primero de ese género debido a la pluma de una escritora argentina. Y esta vez no resulta delicada la tarea de decir algo sobre un libro de mujer, porque *Mientras ruge el huracán* deja ver en la autora condiciones de inteligencia y de observación que no es frecuente encontrar en los escritores de su sexo. Libro ameno, movido, vivido, el de la señora Aldao de Díaz hace pleno honor a la capacidad literaria de las hijas del país.

Las mujeres galantes de mi época, *por Xavier Santero.* — Que no se estremezcan en su tumba las cenizas del caballero Brantome, porque es evidente que el señor Santero no ha tenido ni por un instante la idea de hacerle competencia. En cambio, el señor Santero ha escrito un par de centenares de páginas muy interesantes y sabrosas, en que no se sabe qué admirar más: la frescura de su memoria o la viveza de su estilo. Y dado que en el libro de que se trata hay buen fondo de verdad histórica, ocioso es agregar que ha de ser bien acogido por el público aficionado a ese género de lecturas, mucho menos frívolas que muchos se imaginan, pues enseñan a mirar la vida con mayor serenidad.

Mis ciento un sonetos, *por Antonio Alejandro Venini.* — En los textos de literatura suele decirse que el soneto es la composición más difícil de escribir, ofreciendo al mismo tiempo la particularidad de que hay que hacerlos buenos o no hacerlos. El señor Venini, que, según su propia declaración, no es poeta, ha escrito, sin embargo, ciento un sonetos, entre los cuales no hay ninguno del cual pueda decirse que mejor habría sido no escribirlos. Es, como se ve, un laudable esfuerzo, hecho por el autor "para remontarse sobre las pequeñeces de la vida", para vengarse de ellas y "para matar el tiempo inofensivamente". Además, los sonetos del señor Venini tienen la ventaja de que están meticulosamente clasificados: místicos, patrióticos, eminentes, de la guerra, filosóficos, del hogar, etc. También hay sonetos festivos en el libro del señor Venini, en el cual, naturalmente, tratándose de un sonetero tan fecundo, no podía faltar el soneto mandado hacer por encargo y que el poeta escribe, burla burlando, hasta que felizmente se concluye. Entre otros, Lope de Vega se entretuvo también en escribir un soneto de esos.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS:

"Fora do mundo", escenas y paisajes de la isla de Fernando de Noronha, escrito en portugués por Gastao Penalva. Ed. Imp. Guanabara. Río de Janeiro.

"El camino azul", prosa novelesca, original de F. Mirabent Vilaplana, tercera edición. Ed. Cervantes. Barcelona.

"De las horas pasadas", poesías escogidas originales de Ricardo M. Llanes. Ed. Imp. "El Ancla". Buenos Aires.

"Dos familias", orignal de la escritora inglesa María Edgeworth, traducida al castellano por A. Nadal. Ed. Cervantes. Barcelona.

"La conversión de Leukaionia", novela breve original del catalán, escrita por Alfonso Maseras, traducida al castellano por Vicente Clavel. Ed. Cervantes. Barcelona.

"El catorce de diciembre", del célebre novelista de la Rusia contemporánea Dimitri Merejkowsky, traducida al castellano por S. J. Slaby. Ed. Cervantes. Barcelona.

"De Madrid al Chaco, o un viaje a las tierras del Plata", por J. Ortega Munilla, de la Real Academia Española. Ed. de la Bib. Patria. Madrid.

"Dibujo", estudio del dibujo de acuerdo con el programa de primer grado para maestros, por Pablo Candela. Ed. Barreiro y Cía. Montevideo.



recuperarán rápidamente sus fuerzas tomando diariamente Africana Extracto Doble.

Es una deliciosa bebida tónica de gran poder nutritivo que el organismo más delicado recibe bien a cualquier hora y asimila sin esfuerzo alguno.

El alimento líquido más indicado para las madres que crían por sus reconocidas propiedades tónicas, creadoras de la salud y bienestar que las madres necesitan en la época más delicada.

AFRICANA EXTRACTO DOBLE

Elaborada por la Cía. Cervecería Bieckert Ltda. San Juan, 3334. Bs. Aires

De venta en los bars, confiterías y almacenes.

De Ayacucho

El gobernador, señor Cantilo, y autoridades locales, en su visita a esta localidad.



Champagne de honor ofrecido al señor gobernador por los señores Javier y Rafael Suárez.

Discos "Victor"

Novedades del mes de Noviembre

REPERTORIO NACIONAL

Nos es grato ofrecer el seleccionado surtido de los discos "VICTOR" recién recibidos.

POR ORQUESTAS TIPICAS CRIOLLAS

Doble faz, de 25 centímetros, a $ 3.—

73470 **Buena Mano.** (C. Flores) Tango.
Tinieblas. (D. Abraccio) Tango.

73471 **Fruta prohibida.** (E. Delfino) T.
Pura espuma. (E. Ferrer) Tango.

73507 **Buey corneta.** (P. Mazzeo) Tango.
El picaflor. (P. Mazzeo) Tango.

73508 **Elegante papirusa.** (T. Roccatagliata) Tgo.
L'Adivina. (J. C. Cobian) Tango.

73510 **O Jocotó.** (P. Vieira) Maxixe.
Quem foi que disce? (A. Paraguassú) Mxe.

73511 **Penando.** (O. Fressedo) Tango.
Razón 5.ª (E. Bianco) Tango.

73512 **Claveles de Andalucía.** (A. F. Frizzini) P. D.
San Sebastián. (A. Brieba) Paso Doble.

73514 **Gracia Porteña.** (S. Merico) Tango
Mario. (J. C. Cobian) Tango.

73515 **Pemberé.** (E. Souto) Maxixe.
Central 05. (Nino e Tupy) Maxixe.

Los pedidos del interior acompañados de su importe o contra reembolso se despachan en el día.

CANTADOS

73472 **Mi Negra.** Fado. Dúo Trianón-Peluffo. Acomp. guitarra.
Simpatías. Zamba. Dúo Trianón-Peluffo. Acomp. guit.

Por Orquestas Americanas

Fox Trots

18931 **Don't Bring Me Posies.**
On the Alamo.

18932 **Struttin' at the Strutter's Ball.**
The French Trot.

18933 **Why Should I Cry Over You?**
Blue.

18936 **Can You Forget?**
Two Little Wooden Shoes.

18937 **Truly.**
Bird'e - A Sweety-Tweety.

18938 **Say It While Dancing.**
I'm Just Wild About Harry.

18939 **Coal Black Mammy.**
Tricks.

Soliciten el catálogo de discos y aparatos VICTOR que enviamos gratis.

Victor — LA VOZ DEL AMO

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

Pratt & Cia.

626 - Sarmiento - 636. — Buenos Aires
Rosario y Córdoba.

DELCO-LUZ

El equipo eléctrico que por sus resultados satisfactorios se ha impuesto en la Argentina y en todo el mundo.

Tenemos cuatro modelos diferentes de los equipos DELCO-LUZ; uno de ellos reune las condiciones indispensables para satisfacer las necesidades de luz y fuerza motriz de su casa de campo.

Solicítenos folletos explicativos y la nómina de más de 1.800 poseedores en la Argentina, que envíamos gratis.

DELCO-LUZ

DeVry

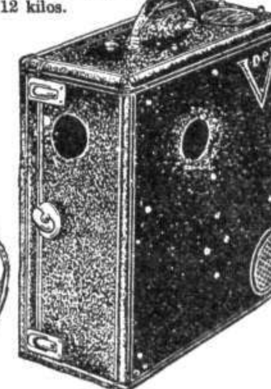
El cinematógrafo en su propia casa.

En la ciudad y en la estancia manejado por usted mismo.

Especial para casas de campo, clubs, colegios, casas de familia, negocios, embarcaciones, viajantes, hospitales, etc. Se usan cintas comunes, de manera que se pueden alquilar o comprar en toda casa del ramo, y se puede enchufar en cualquier toma corriente. Sumamente manuable. Pesa 12 kilos.

Solicítenos folletos explicativos que enviamos gratis.





TIO CURRO EL DE LA PORRA



Fernán

Tía Sebastiana, aquí vengo con la decidida intención de que me cuente usted un cuento.

Tía Sebastiana

Señor, eso dígaselo usted al tío Romance que sabe a mantas, y si no los recuerda los saca de su metro, porque sabe mucho; no parece sino que ha estudiado en la *Peña Carmesí*.

Fernán

¿En la *Peña Carmesí?* ¿Qué es la *Peña Carmesí*, tía Sebastiana?

Tía Sebastiana

¿No sabe su merced eso? La *Peña Carmesí* es en la que estudió con el diablo el marqués de Villena.

Fernán

¡Oiga!

Tía Sebastiana

Pues sí, señor. Cada día levantaba el diablo un tablón y aparecía el texto escrito en la *Peña Carmesí;* y de esta manera tanto aprendió el marqués que llegó a saber más que su maestro; encelado entonces el diablo dejó caer el tablón sobre el marqués para que lo matase; pero éste, que se había olido la quema, se desvió a tiempo, de manera que el tablón no alcanzó más que su sombra, por lo cual el marqués se quedó sin sombra.

Fernán

No es la primera vez que llega a mi noticia que los hombres que dan su alma al diablo se quedan sin sombra; esto mismo se dice en Alemania y en Francia, y un autor de gran nombradía ha escrito sobre este asunto una novela. Pero ahí está el tío

Romance, el que si quiere un cigarro y desea complacerme me contará el cuento que usted en su nombre me ha prometido.

Tío Romance

¿Pues qué, señor, estamos en algún velatorio?

Fernán

¿Usted me cuenta un cuento o me voy?

Tío Romance

Señor: ¿y va a ser *imprentado?*

Fernán

¿Y a usted qué le importa?

Tío Romance

Entonces era preciso que el que lo contase tuviese sal; y a mí era menester meterme en una salina.

Fernán

Con Dios, tío Romance.

Tío Romance

Jesús, señor, no sea su merced tan *súbito,* que en diciendo melón, la tajada en la boca; ¡ya voy, ya voy! Y ya que quiere usted un despilfarro, allá va éste.

Pues, señor, ha de saber usted, que había una vez un hombre llamado el tío Curro, que vivía alegremente sin pensar en el día de mañana, y como el *gastar, deber y no pagar, es el camino del hospital,* en breve se quedó nuestro hombre sin su hacienda y sin tener más que treinta días al mes ni qué comer más que las uñas. Por lo tanto se fué poniendo con los ánimos tan caídos, que cuando no traía para su casa, la mujer le pegaba y los chiquillos le decían denuestos, hasta que se aburrió, le pidió un cordel prestado a su compadre y se fué al campo a ahorcarse; ató el cordel a un olivo, y cuando se lo iba a echar al pescuezo se le apareció un duendecito vestido de fraile que le dijo. — Hombre, ¿qué vas a hacer? — Ahorcarme, ¿no lo está viendo su merced? — Quita allá, que eso no está bien. Toma esta bolsa que nunca se ve vacía y remédiate.

Nuestro hombre tomó la bolsa y sacó un duro y otro y otro, y vió que era la bolsa como la boca de las mujeres, que echan palabras y más palabras y no se agotan éstas en la vida de Dios. Visto lo cual desató y lió el cordel y tomó la vereda para su casa. En el camino había una venta en la que se entró y empezó a pedir de comer y de beber de cuanto había, pagando sobre la marcha, porque visto su pergenio, el ventero no le quería fiar tan gran consumo: y tanto comió y tanto bebió, que se cayó borracho debajo de la mesa, y se quedó más dormido que los muertos en campo santo.

El ventero, que se había enterado de que la bolsa de la que sacaba los dineros nunca se veía vacía, le dijo a su mujer que hiciese otra semejante, le sacó la suya al tío Curro y le puso en el bolsillo la que su mujer había hecho.

Cuando despertó el tío Curro, se puso en camino y llegó a su casa más alegre que un día de sol.

— ¡Alegraos! — le gritó a la mujer y a los hijos. — Aquí hay dinero largo: se acabaron las miserias.

Metió la mano en su bolsa y la sacó vacía; la volvió a meter, pero ¿qué había de sacar? Al ver esto, fué tal el coraje de la mujer, que le pegó una templa que lo puso como nuevo.

Más desesperado que nunca, tomó el cordel y se fué a horcar. Llegó al propio sitio de la otra vez y ató el cordel a la rama del olivo. — ¿Qué vas a hacer, cristiano? — le dijo la voz del duendecito que se le apareció caballero sobre la cruz del olivo. — A colgarme aquí como ristra de ajos en techo de cocina — contestó muy en sí el tío Curro. — ¿Conque te ha vuelto a faltar otra vez la paciencia? — ¡Señor, si no tengo qué comer! — Tu culpa es, tu culpa, pero... adelante. Toma este mantel, que con él nunca te ha de faltar que comer. — Dióle el duende un mantel y desapareció por entre las ramas.

Extendió el tío Curro el mantel en el suelo, y no bien estuvo extendido cuando se cubrió de manjares, que eran uno rico y otros más, que ni que los hubiera guisado el cocinero del rey.

El tío Curro después de darse un hartazón de los de no puedo más, dobló su mantel y se fué a su casa.

En la venta le entró sueño y se acostó a dormir. El ventero que lo reconoció, se sospechó desde luego que algo bueno traería; y birlándole el mantel con el salero del mundo le puso otro en su lugar.

Cuando llegó a su casa les gritó a la mujer y a los hijos: — Vamos, vamos a comer, y esta vez por mí la cuenta que os habéis de hartar. — En seguida desdobló el mantel, que en lugar de manjares se vió cubierto de lamparones de todos tamaños y de todos colores.

¡Ahí fué ella! madre e hijos le cayeron encima y lo dejaron para las andas de la caridad.

El tío Curro tomó el cordel y se fué a ahorcar.

El, que se había de ahorcar, y el frailecito que no, le dió éste una porrita, asegurándole que con ella, todo el mundo le dejaría al alma quieta, y que no tenía más que decirle: *porrita, descomponte* para que todos echasen a correr y lo dejasen en paz, y a sus anchas.

Tomó nuestro hombre el camino de su casa con su porra, más en sí que un alcalde con su vara, y apenas vió venir hacia él a los chiquillos pidiéndole pan con vituperios y denuestos, tal como lo veían hacer a su madre, cuando le dijo a su porra: *porrita, descomponte.* No bien lo hubo dicho, cuando empezó la porrita a sacudir trancazos a los muchachos, que me los destemporizó. Acudió la mujer en socorro de los hijos; *a ella, porrita,* dijo el tío Curro, *a ella y con coraje,* y tal felpa le dió la porrita que la mató.

Avisaron a la justicia y se presentó el alcalde con sus alguaciles. *Porrita, descomponte,* dijo el tío Curro conforme los vió, y la porrita empezó a sacudirles tales cachiporrazos que cada uno valía un duro: de forma que mató al alcalde, y los alguaciles apretaron a correr que suela no les quedó bajo los pies.

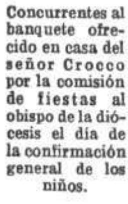
Mandóse un propio al rey, avisándole lo que pasaba y el rey mandó un regimiento de granaderos para prender al tío Curro el de la porra. No bien éste lo vió venir, cuando dijo: *porrita, descomponte,* y la tiró en medio de las filas. Empezó ésta su baile sobre las costillas de los granaderos, que había un ruido como en un batán: a aquél dejó cojo; a aquél manco; al comandante le saltó un ojo; para acabar pronto, los granaderos todos tiraron los fusiles y las mochilas, y echaron a correr que no veían la vereda, creyendo que el demonio andaba suelto.

Libre de cuidado el tío Curro se echó a dormir, guardándose su porrita en el pecho para que no se la robaran.

Cuando se despertó se halló pierni y maniatado y que se lo llevaban a la cárcel, donde le fué leída su sentencia, que era de muerte en garrote vil.

A la mañana siguiente lo sacaron del calabozo, y estando ya subido en el cadalso le desataron las manos; sacó entonces su porrita y le dijo: *porrita, descomponte,* y se la tiró al verdugo que quedó muerto a cachiporrazos. — Que suelten a ese hombre, dijo el rey, porque si no va a acabar con todos mis vasallos; decidle, que le doy un estado en América con tal que se largue. Así sucedió; le dió S. M. un estado en la isla de Cuba, donde labró una ciudad, y en ésta hizo el tío Curro tantas muertes con su porrita que le quedó por nombre *Matanzas.*

De Arribeños (F.C.S.)



Concurrentes al banquete ofrecido en casa del señor Crocco por la comisión de fiestas al obispo de la diócesis el día de la confirmación general de los niños.



Asistentes al acto de la colocación de la piedra fundamental donde se levantará el edificio social de la sociedad italiana de socorros mutuos Italia Unita.

«Un yanqui en la corte del rey Arturo»

Es una película que rodó por los salones norteamericanos con muy buen éxito. En primer lugar se trata de una adaptación de una obra «malhumorística» de Mark Twain, y esto ya constituye una garantía literaria; en segundo lugar los productores, en lo que a la parte escénica se refiere, nada escatimaron, y luego, por el lado patriotero, por ese lado «infalible» para captarse la simpatía de las masas, halagándolas y cultivándolas su grueso nacionalismo, esta cinta es admirable. Es el yanqui de pura cepa el que, bonachón, demócrata y progresista hasta la pared de enfrente, da «lecciones» de valentía, de civismo, de listeza y de buen gobierno nada menos que *en la corte del rey Arturo*, una corte inglesa, naturalmente, «demostrando» que la hija emancipada — Estados Unidos — era y es norma de civilización.

Las aventuras que le acontecen al protagonista son muy interesantes, algunas en extremo chuscas, y el espectador disfruta de lo lindo con este espectáculo, broma de gran calibre con que Mark Twain hizo reir a dos generaciones.

A propósito de este autor tan genuinamente representativo: hallábase en Wáshington muy enfermo, entre la vida y la muerte, y el sesudo *New York Times*, que publicaba extensos telegramas acerca del estado del enfermo, «precipitóse» un dia y le dió por fallecido. Mark Twain, pasada la fuerte crisis que poco después lo mataba, tuvo humor para, desde el lecho, enviar al *Times* este mensaje: «Editor *Times:* Noticia acerca mi muerte un poco exagerada. *Mark Twain*».

«Lo que toda mujer ignora»

Es una comedia representada por dos buenos artistas cuyo decoro profesional adviértese desde las primeras escenas: Mabel Julienne Scott y Stuart Holmes, los cuales, en sus papeles de marido y mujer, logran interesarnos más por ellos mismos que por el enredo de la pelicula. El «nudo» consiste en una reconquista matrimonial, por parte femenina, llevada a feliz término con todo el tacto, la astucia y delicadeza de que son capaces ciertas mujeres listas, y las hay muy capaces... Interesante y recomendable, digan lo que quieran algunos maridos «irreductibles».

«El circo trágico»

Cinta por series, tiene por principal personaje a Eddie Polo, artista «desconcertante», al estilo del moderno folletín, el cual, desplegando en escénico abanico el varillaje de sus pintorescas facultades, tan pronto nos sorprende con saltos mortales, con «llaves» maestras de *jiu jitsu*, puñetazos rocambolescos y prodigiosas acrobacias, como nos admira por la finura de sus modales, lo dulce de su sonrisa y lo bien cortado de su frac. Es todo un actor de saludable resistencia.

TEATRO DEL SILENCIO

«Vida por vida»

Explota, sin desdoro, el filón inagotable de las peliculas de *cow boys*. Hay una Carmen — Eillen Sedwick — y hay un Willy — José Mooere — ambos representativos de lo bueno, lo bello y lo valiente. Y se enamoran. Antes de que la cinta llegue a su feliz conclusión del beso consabido, ocurren diversas escenas campestres en que la audacia del novio y la abnegación de la novia se contrastan en la piedra de toque de la aventura. Es interesante.



Lyda Borelli, protagonista de "Una tragedia en carnaval". Digamos, con las manos en cruz y puestas sobre el corazón, que es una "estrella" única — astro que fulgura aparte — en el firmamento, no siempre despejado, de Cinelandia.

«Un paso en falso»

Nos agrada porque la protagonista es una rubia movible, expresiva y encantadora que se llama Perla White. Con la popularidad de que disfruta esta «estrella», los éxitos se descuentan. ¿Pero es que, en realidad artística, Perla tiene talento escénico? Muchos de sus triunfos ¿no consistirán en la simpatía «dorada» que irradia de su personita?

No; Perla es artista que sabe expresar las situaciones escénicas que se le encomienden sin necesidad de recurrir al artificio, como tantas otras; no será «genial» ni nos sacudirá el ánimo con esos efectos pasionales que admiramos en una Borelli, en una Bertini o en una Pola Negri. Perla, queriendo ser más «sensacional» por el carácter de los argumentos que interpreta, logra desplazar muy apreciables dotes mímicas y nos resulta ya intrépida, ora elegante, bien de «golfa» desgreñada o de «doncella» que se derrite entre amorosas mieles... siempre discreta, dándonos una buena medida de su capacidad, mas sin entusiasmarnos. En esta pelicula advertimos que Perla llegó a ese punto-cumbre de la madurez que es único, y... Dios le retarde el descenso largos años.

El paso que da en falso, en esta cinta, consiste en «soñar» que es infiel a su marido, que éste la abandona, obligándola a casarse con el seductor; que le arrebatan el hijito y que es muy desdichada, etc., etc. Naturalmente, el espectador asiste al desfile de diversas calamidades sin darse cuenta que las está soñando la gentil protagonista, y en esto está el truco. Cuando Perla «despierta» (Perla era una «candidata» a la infidelidad conyugal) *comprende* el peligro a que estuvo expuesta, reconoce el aviso salvador y se avalanza sobre el cuello de su esposo, estrujándole nerviosa entre sus brazos juntamente con el pibe.

Como el lector advertirá, el puritinismo y la moralidad resplandecen en este asunto, yanqui por los cuatro costados.

«Una tragedia en carnaval»

Con Lyda Borelli como heroína, es siempre un grato acontecimiento, bien que esta producción nada tenga de nuevo para el cronista. Aqui, en esta cinta, la temperamental artista despliega sus facultades escénicas con la sensibilidad comunicativa que todos le apreciamos; dos sentimientos zarandean, en tremendo vaivén, su ánimo atribulado: el amor y el odio. Su tragedia consiste en adorar a su novio, con quien se casa... en adorarlo y odiarlo hasta el asesinato, puesto que le arranca la confesión de otro asesinato: el del padre de ella cometido por él. Y lo mata adorándolo, y hay que contemplarla cómo le besa y cómo le hiere, y cómo, y cuán maravillosamente, sabe expresar el encontrado torbellino de sus agitados pensamientos. Los ojos, y la boca, y la frente, los brazos, magníficos y elocuentes, y el pecho que jadea, y la adorable nerviosidad de sus movimientos, tan femeninos, tan pasionales... todo en ella vibra y se exalta por virtud de la magia de su arte exquisito.

Lyda Borelli, otoñal, al margen de los modernismos cinematográficos que se estilan ahora, casi olvidada, es todavía una artistaza cuyo prestigio no ha tenido rival hasta la fecha. Artista más... artista, de naturaleza tan delicada, ninguna. Artista más joven, más lujosa, más gimnástica y más «divorciable», muchísimas.

Esta pelicula, como todas las de ella, emociona al espectador con los generosos arranques de sus escenas.

Narciso Robledal.



VILLA LUZURIAGA. — Distinguidas familias de la colectividad española que conmemoraron con un picnic el Día de la Raza.

LA BIBLIA DE GUTENBERG

Este verdadero y voluminoso tesoro, como que comprende veintidós partes, perteneciente al Museo del Libro, de Leipzig, se halla en venta, así como otros libros raros, pues aquella institución necesita hacerse de dinero para poder realizar importantes reparaciones que con toda urgencia exige el local.

Dicha Biblia ha sido ofrecida a varias naciones de Europa, y parece que será Holanda la que la adquiera para el Museo Nacional de Amsterdam, habiendo ofrecido diez millones de marcos, suma que, dado el tipo de los cambios, se considera reducida.

En los círculos intelectuales alemanes se había iniciado un movimiento de resistencia contra esta venta en el temor de que el precioso libro pudiera ser comprado por alguna de las naciones de la entente, pero ese movimiento ha cesado inmediatamente de saberse quien era el probable comprador.

PARA DESPRECIAR LA MUERTE

Para despreciar la muerte, según Séneca, no hay necesidad de valor ni desesperación; basta permanecer mucho tiempo haciendo y deshaciendo una misma cosa, y estar hastiado de la vida.



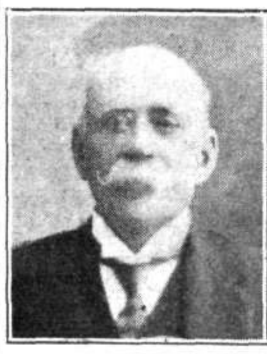
Necrología



Señorita M. Mercedes Constante. — Alderete (Tucumán).



Señor Enrique Parenti. — Capital.



Señor Ezequiel N. Pader. — Moreno.

Doctor Domingo Harosteguy. — Capital.



Señor Ricardo Ferreyra. — Capital.



Señor Miguel Raúl Filelo. — Bernal.



Señor Mateo Tobías Enz. — Lomas de Zamora.

Señor José E. Pérez. — Avellaneda.

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

RECEPTOR REGENERATIVO DE VARIÓMETROS

Las opiniones de los aficionados con respecto a este tipo de circuito receptor están muy divididas, pues mientras unos preconizan los sistemas de reacción con tickler, otros sostienen que nunca este sistema reunirá las bondades del circuito de variómetros, no sólo por su rendimiento sino por su sensibilidad, que ha sido puesta a prueba en numerosas ocasiones tratándose de records de transmisión realizados en los Estados Unidos, y como en los ensayos realizados he comprobado efectivamente la bondad de este sistema para la recepción de estaciones lejanas, creo que será conveniente, para el aficionado del interior, conocer y experimentar este sistema, pero con la advertencia de que la sintonización, por el hecho de ser muy exacta, no deja de necesitar una cierta práctica que para adquirirse requiere un poco de paciencia; por consiguiente no debe el aficionado desilusionarse si desde los primeros momentos no obtiene resultados como ha ocurrido con los otros sistemas, pero estos sinsabores del comienzo estarán compensados ante la seguridad de estar operando con un sistema mucho más eficaz.

Como lo indica la figura adjunta, el circuito es un circuito de audión sencillo, con la diferencia de que se ha intercalado en el circuito de placa y de reja un variómetro, empleándose para la sintonización del sistema de antena tierra cualquier dispositivo, pero se ha generalizado el llamado «vario cupler», que es sencillamente una bobina de inducción en la cual el secundario es una bocha sobre cuya superficie se ha hecho el bobinado.

Los variómetros están constituídos por dos bobinados en serie dispuestos de manera que uno de ellos pueda girar, para poder variar su posición con respecto al otro, siendo el objeto de este movimiento el siguiente:

Cuando los dos bobinados están colocados en forma que el sentido de ambos sea el mismo, la self es igual a la suma de los dos, desde el momento que hace el mismo efecto que si todo el alambre estuviera bobinado sobre un mismo tubo.

Cuando el bobinado interno se encuentra perpendicular al externo, o que ha girado 90 grados, la self es en este caso sólo la mitad del anterior, o sea tiene el valor del bobinado exterior, desde el momento que estando el otro perpendicularmente la inducción mutua es nula y para el circuito hace el mismo efecto como si el bobinado interno no existiera.

Cuando el bobinado interno ha girado 180 grados o sea que ocupa con respecto al externo una posición inversa a la que ocupaba al principio, la self es nula, pues siendo el bobinado externo en un sentido y estando ahora el bobinado interno en sentido inverso, la self es el resultado de la diferencia, de manera que si ambos bobinados son idénticos, obtendremos un resultado igual a cero.

De esto deducimos que por medio de las variaciones de un bobinado con respecto al otro tenemos el medio de hacer las variaciones que deseamos en el valor de una bobina, desde el momento que encontrándose en el mismo sentido, la self es el resultado de la suma; a medida que hacemos girar el bobinado interno y nos acercamos a la perpendicular, va disminuyendo este valor hasta ser la mitad, y si continuamos el giro, continuamos disminuyendo el valor de la self hasta hacerlo igual a cero.

Los datos para la construcción de los variómetros son los siguientes: Háganse dos tubos de cartón de 10 centímetros de diámetro y 5 de largo, uno de 7,5 de diámetro y 5 de largo, dos de 7 de diámetro y 5 de largo y por último uno de 10 de diámetro y 7,5 de largo.

Se requiere para el bobinado de los variómetros y del vario cupler alambre de cobre de 0,5 mm. aislado con una o dos capas de algodón, pero no es imprescindible que esta medida sea exacta, pudiendo emplearse algo mayor o menor, pero en ese caso debe cuidarse que quepan en las bobinas las vueltas indicadas, siendo las medidas de los tubos que acaban de darse para el alambre de 0,5 mm.

Sobre los dos tubos de 10 centímetros de diámetro por 5 de largo hágase en uno de los bordes un agujero, pásase por el mismo dos veces la punta del alambre, con objeto de que quede fijo, y bobínense 25 vueltas una al lado de la otra.

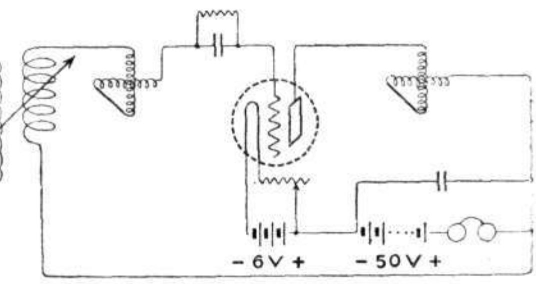
Terminadas éstas y contra la última espira clávese un clavito o tachuela en el cartón, dése alrededor de éste una vuelta con el alambre para fijar esta primera sección del bobinado, clávese otro clavito a 1 centímetro del anterior de manera de dejar una fracción del tubo sin bobinar y termínese el bobinado haciendo otras 25 espiras.

Procédase por igual con los tubos de 7 de diámetro y 5 de largo, dando solamente 22 vueltas por sección, y en el tubo de 7,5 de diámetro por 5 de largo dense igualmente 25 y 25 vueltas.

Queda por bobinar el primario del vario cupler, para lo cual es menester hacer 66 espiras con derivaciones en las espiras 16, 33, 49 y 66.

Si se desea hacer una sintonización más fácil puede seguirse el siguiente procedimiento para sacar las derivaciones:

Sáquese una derivación de cada una de las 10 primeras vueltas, y luego síganse retirando derivaciones



de cada 10 vueltas disponiendo las primeras 10 derivaciones en un sistema de diez topes con su correspondiente manija selectora, y los restantes, en número de 6, conéctanse a otra serie de topes con otra manija selectora.

Este sistema tiene por objeto hacer graduaciones de una en una espira, pues mientras con una selectora variamos de a diez espiras, con la otra hacemos variaciones de una en una hasta diez.

A través de los bobinados para los variómetros pásese un eje, sobre el cual se fija por medio de una tuerca y contratuerca el bobinado interno, constituyendo el agujero practicado en el cartón del bobinado externo el buje para los movimientos de los ejes.

El tubo de 10 centímetros de diámetro por 7,5 de largo se coloca perpendicularmente y encima, sostenido por dos varillas, el eje del secundario, o sea de la bobina de 7,5 de diámetro y 5 de largo, disponiendo los contactos de manera que le permita girar libremente.

Las bobinas de los variómetros se conectan en serie, o sea, dos de las extremidades, una de cada bobina, se unen entre sí, y las dos extremidades restantes constituyen los conductores que se deben unir al resto del circuito.

El condensador de reja y la resistencia son semejantes a los que se han descripto anteriormente, y el condensador de placa ídem.

Las baterías de filamento, y de placa serán de acuerdo con las características de las lámparas.

Para sintonizar, colóquese el variómetro de placa en una posición media y sintonícese el circuito de antena tierra por medio del vario cupler, pudiendo conectar un condensador a tierra para facilitar la operación.

Varíese el acoplamiento del secundario y sintonícese este circuito por medio del variómetro de reja hasta que se oiga la estación con relativa intensidad.

Auméntese la self del variómetro de placa hasta que se oiga un chillido, y la estación estará perfectamente sintonizada aunque será necesario, seguramente, una corrección con el variómetro de reja. Con este circuito es muy importante que el contacto de tierra sea excelente.



El gobernador, señor O. Vera, acompañado por sus ministros, legisladores nacionales y provinciales, después del mitin en que se conmemoró el Día de la Raza y la exaltación del Dr. Alvear a la primera magistratura del país.

El diputado nacional doctor Emilio Catalán rodeado por un grupo de obreros ferroviarios de Tafí Viejo, después de la conferencia que dió sobre la ley de jubilaciones.

Primer Instituto Optico Oculístico

Lutz, Ferrando y Cia

ANTEOJOS Y LENTES

Para cualquier defecto de la vista.
Exactamente los que su médico receta.

La casa cuenta con talleres de precisión para componer o ajustar anteojos y lentes sin pérdida de tiempo. Los que nos envíen desde el interior son atendidos sin un momento de demora.

FLORIDA, 240 - Buenos Aires

Suc.: Belgrano, Cabildo, 1916. Rosario. Córdoba. Tucumán. La Plata. Mar del Plata.

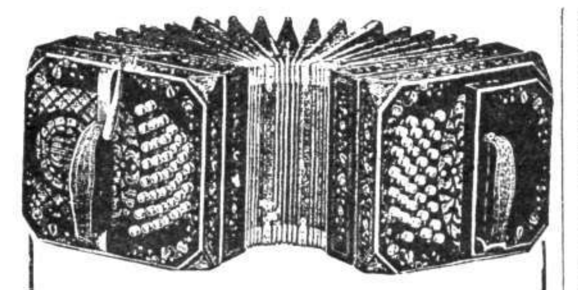




CORONDA. — Grupo de alumnos de la escuela normal que interpretaron la obra "El puñal de los Troveros", del doctor Belisario Roldán, en la velada que en homenaje a la memoria del ilustre autor se celebró en esta localidad.

CURIOSA COMPLICACIÓN OCASIONADA POR UN DESCUIDO

Las distracciones de un empleado del estado civil pueden conducir a las más curiosas complicaciones. Una señorita, María Josefina Rosa M., que vivía en un lugar cercano a Tolón, solicitó una copia del acta de nacimiento, con fines de matrimonio, y les respondieron que ya estaba casada. ¡Estupefacción, furor!... Se hacen investigaciones, según cuenta "Excelsior", y se descubre en qué reside el quid pro quo: Existe una homónima, María Josefina M., la cual, poco tiempo antes, también había pedido, para casarse, una copia de su acta de nacimiento. El empleado del estado civil, deteniéndose en la primera etapa de sus investigaciones, encontró una María Josefina M., la tuvo por la interesada y extendió el documento. Las diferencias: el nombre de Rosa y la fecha de nacimiento, que era un poco anterior al nacimiento de la solicitante, no fueron advertidas. Por su parte, la interesada no se fijó tampoco en el dato erróneo, y entregó a su prometido el documento. Ahora las consecuencias legales son éstas: que María Rosa tiene que esperar, para casarse, a que se deshaga su matrimonio forzado; mientras que la otra debe apresurarse a regularizar su posición frente a su marido de hecho, que es marido legal de la homónima.



BANDONEONES

de la afamada marca A, legítimos, 71 teclas, voces dobles de acero y precios muy convenientes.

N.º 1030.— De 71 teclas, ochavado, sin nácar, con estuche, a......... $ 200

N.º 1031.— De 71 teclas, ochavado, con grandes incrustaciones de nácar y estuche, a pesos.......................... 270

Tenemos un gran surtido de Acordeones a Piano y común, de las mejores fábricas Italianas, a precios muy convenientes.

Soliciten el Gran Catálogo Ilustrado de instrumentos musicales. Lo remito gratis al interior.

JOSE CARRATELLI
BRASIL, 1190 BUENOS AIRES
(A una cuadra de la estación Constitucción, casi esquina Salta).

Vd. será la primera

Muy lejos de revestir aspectos de una crítica, Vd. será sin duda la primera que comente y se apiada de la apariencia física de tal o cual amiga, al comprobar que todos los encantos naturales de un rostro juvenil han sido anulados por la presencia de pecas, manchas, granos y otras alteraciones cutáneas.

Vd. también será la primera en aconsejarle el uso de la maravillosa crema "Lait de Beauté", que devolverá al rostro todos sus encantos, preservándolo de paspaduras y agrietamientos.

USARLO ES ADOPTARLO

Precio del frasco, $ 3.50 **Interior, $ 3.70**

De venta en todas las farmacias y perfumerías de la República.

Unicos Concesionarios:

Farmacia y Droguería Inglesa
La mejor surtida y económica
AVENIDA DE MAYO, 900 BUENOS AIRES



PECHOS

A todas las señoritas y señoras, no importa su edad, que estiman en lo que valen unos pechos hermosos y bien desarrollados, les recomiendo mi patentado **DESARROLLADOR DE SENOS Sistema doctor BIER.** Un aparato ideal en el verdadero sentido de la palabra. Sin drogas y sin productos químicos perjudiciales. Puede toda mujer lograr unos pechos bien desarrollados y llenos, el atractivo principal de la belleza y de la gracia, sin perjudicar en lo más mínimo a la salud, como con frecuencia, es el caso al usar drogas dañinas, gracias a un tratamiento sencillo y natural de curación y al cuidado adecuado del cuerpo. Pídase folleto explicativo, que se remite libre de gastos y discreto bajo sobre cerrado.
CARLOS GEIGER Bertrán, 104, Barcelona S. G. (España)

OPORTUNIDAD

Gramófono Parlophón 400. Caja, tamaño más o menos 32 × 32 × 15 centímetros de alto. **Máquina** Recordia. **Brazo** giratorio moderno. **Diafragma** de gran voz. **Bocina** 45 ctms. de diámetro.

Con 6 piezas, 200 púas y sólido embalaje, por sólo..$ 35



PEDIDOS A:
"CASA CHICA" de A. Ward
SALTA, 674-676, Bs. Aires, U. T. 141, Riv.
Gran catálogo de otros modelos desde $ 28 se remite completamente gratis.



INSTITUTO DE HIGIENE PARA LA TEZ "COSTAFORT"

¿Por qué tener VELLO, PECAS, PAÑOS y ARRUGAS que tanto afean el cutis, cuando pueden eliminarse con el

Compuesto Vegetal COSTAFORT

que también restaura y conserva la belleza del cutis?

Unico local de ventas:

Carlos Pellegrini, 156 — Buenos Aires

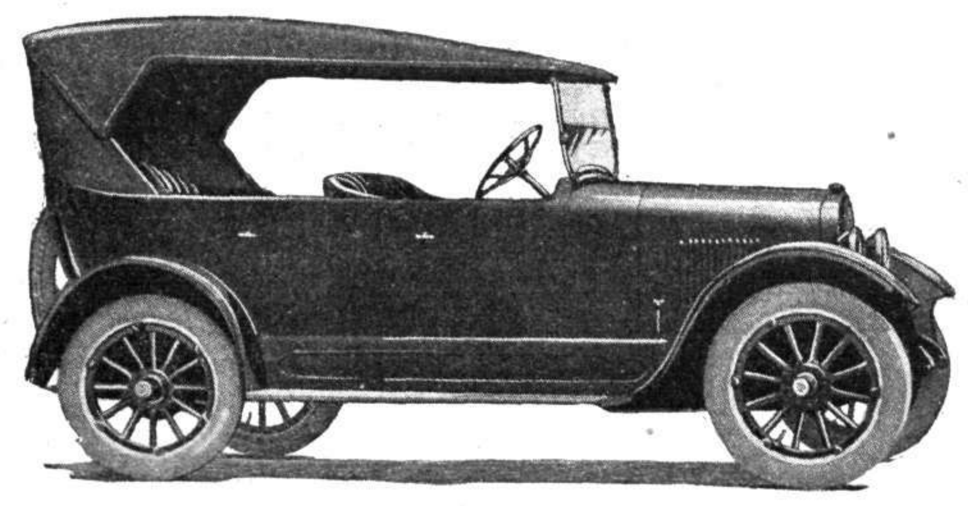
GRATIS Se remite el NUEVO PROSPECTO de los PRODUCTOS COSTAFORT con amplias explicaciones sobre el embellecimiento de la tez.

MERCEDES.— El jefe político del departamento, capitán Fernández Lima, pasando revista al escuadrón del regimiento 4.º de Caballería.

Concurrentes al picnic organizado por los afiliados del Partido Socialista en la quinta del señor A. Arozeo.



BUICK



Buena Reputación y Prestigio

El moderno propietario de un automóvil pretende, con todo derecho, que su coche nuevo sea de un precio de costo moderado, preste seguro y continuado servicio y que, a la vez, la marca goce de BUENA REPUTACION Y PRESTIGIO. Ni más ni menos de lo que siempre ha tenido en cuenta la fábrica BUICK al construir sus modelos.

HENRY W. PEABODY y Cía.

SALON DE VENTAS:
1746, Bmé. MITRE, 1758

TALLER Y REPUESTOS:
BOLIVAR, 1650

Buenos Aires





CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

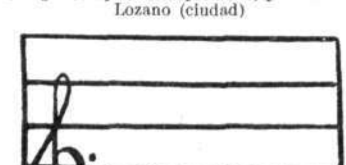
2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1
Jeroglífico óptico interpretativo, por Aníbal Lozano (ciudad)



N.º 2
Comprimido, por Aníbal Lozano (ciudad)

NEGRO DESCONFIANZA CONYUGAL

N.º 3
Frase comprimida, por Aníbal Lozano (ciudad)



N.º 4
Charada, por Aníbal Lozano (ciudad)

Por "cuarta", "tercera"
que impulses el "todo",
mil "prima", "segunda"
dará de igual modo.

N.º 5
Triángulo numérico, por Aníbal Lozano (ciudad)

1 2 3 4 5 6	Reverencia
3 2 4 5 6	Fallo
2 3 4 5	Torrente
2 1	En aviación
1	Consonante

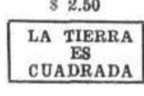
N.º 6
Metátesis, por Aníbal Lozano (ciudad)

1 2 3 4 5 6	Nombre de varón
4 5 3 1 2 6	Borde

N.º 7
Frase interpretativa, por Arturo Landó (Gualeguaychú)

NOCHE = 12 HORAS
DIA = 12 HORAS
NOCHE = DIA

N.º 8
Frase interpretativa, por Arturo Landó (Gualeguaychú)



$ 2.50 — LA TIERRA ES CUADRADA
$ .... — LA TIERRA ES REDONDA

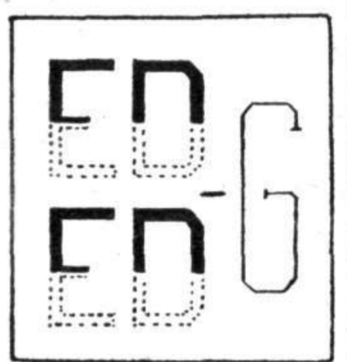
N.º 9
Comprimido, por Aquiles H. Peluffo (ciudad)

C LETRA (invertido)

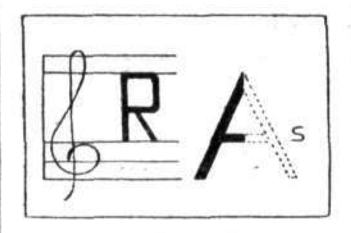
N.º 10
Comprimido, por Aquiles H. Peluffo (ciudad)

8 PAPA

N.º 11
Comprimido, por Ariel Irume (ciudad)



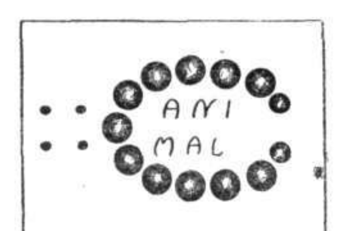
N.º 12
Frase comprimida interpretativa, por Ariel Irume (ciudad)



N.º 13
Interpretativo, por T. Legarreta (Talleres, F. C. S.)

DEL............AL

N.º 14
Dicho simi-interpretativo, por Ariel Irume (ciudad)



N.º 15
Doble intercalación, por Tomás Legarreta (Talleres, F. C. S.)

ANI NO R TA MAL

N.º 16
Logogrifo-jeroglífico, por Tomás Legarreta (Talleres, F. C. S.)

FIGURA GEOMETRICA

1 5 3 4 2 6

CONCURSO DE PASATIEMPOS
NOVIEMBRE de 1922.
CUPON N.º 1258.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

Concurso de octubre. — Se reciben soluciones hasta el 11 de noviembre inclusive.

LA ENERGICA PERSONALIDAD DEL REO N.° 2608

En la cárcel del Estado de Arizona se estrenó una película que está llamada a tener gran éxito. No se estrenó en un teatro, como es costumbre, sino en la cárcel, porque su autor no podía salir de la prisión, donde debe permanecer todo el resto de su vida, acusado de haber dado muerte a un hombre.

El autor de la película se llama Louis Víctor Eytinge. Antes de escribir su drama para la pantalla se había distinguido por una serie de libros que enseñan a escribir cartas comerciales. Muchas de las firmas más importantes de este país le han encargado a él la redacción de las cartas que usan en sus departamentos de venta por correspondencia. Varias agencias de avisos le han ofrecido, en caso de que salga de la cárcel, puestos con los mejores salarios que se pagan en el país.

Pero lo interesante en el caso de Víctor Eytinge no es precisamente su talento extraordinario para impresionar y conseguir resultados por medio de la palabra escrita. Lo interesante es que este hombre no aprendió su arte en ninguna escuela, en ningún colegio, en ninguna universidad. Lo aprendió en la cárcel.

Nació Eytinge en Ohío. Sus padres eran pudientes. Cuando él tenía tres años ellos se divorciaron y el chico creció al cuidado de su madre y de sus parientes. A la edad de diez y seis años falsificó un cheque para comprarse cosas que no necesitaba.

Desde entonces siguió haciendo falsificaciones de toda índole que no lo conducían a la prisión porque su madre y sus parientes pagaban los desfalcos que hacía. A los 19 años fué a parar a la cárcel a causa de un fraude de mayor magnitud. Fué perdonado debido a su juventud y a las influencias de su familia. A los veintidós años fué a la cárcel otra vez, donde tuvo que permanecer cinco años. Su propia familia lo consideró ya irremisiblemente perdido. Al salir en libertad le ofrecieron una pensión de cien dólares mensuales si se iba al oeste y trataba de portarse decentemente. Además, Eytinge había contraído tuberculosis. De manera que era considerado no sólo una ruina moral sino también una ruina física.

A pesar de todo, sesenta días después de haber prometido a su familia vivir honorablemente en el oeste, con su pensión de cien dólares mensuales, tuvo que comparecer ante un juez, acusado de haber dado muerte a un hombre en camino real y haberlo despojado de su reloj y de su dinero. La justicia lo condenó a prisión perpetua, y a esto se debe que Eytinge esté cumpliendo su condena en la penitenciaría de Arizona desde hace ya quince años.

En la cárcel, debido a su voluntad firme y a su vida arreglada, sanó de la tuberculosis. Observó luego que sus compañeros de prisión hacían diversos trabajos manuales, curioridades que vendían a los visitantes que iban de cuando en cuando a la penitenciaría. El también se ocupó en fabricar diversas clases de objetos curiosos. Pero no iban a la cárcel visitantes en el número suficiente para comprar todos los objetos que fabricaban los prisioneros.

En una revista encontró Eytinge los nombres de dos vendedores de curiosidades y les escribió ofreciéndoles en venta los objetos que él y sus compañeros producían. Sus cartas produjeron órdenes a vuelta de correo. Luego se convirtió Eytinge en el vendedor para todos los objetos que se producían en la cárcel. El jefe de la prisión, en vista de que el convicto despachaba tanta correspondencia, le permitió sólo que despachara dos cartas cada mes. Eytinge comprendió que, desde que no podía hacer un trabajo extensivo, debía hacer un trabajo intensivo. No podía escribir sino dos cartas cada treinta días. Esas dos cartas tenían que ser tan vigorosas, tan hábiles — sin una palabra de más, sin un razonamiento inútil — que, en realidad, cada mes escribió dos cartas maestras que producían resultados inmediatos.

Más tarde llegó a la penitenciaría de Arizona un nuevo director, Robert Sims, que tenía ideas avanzadas en cuanto al manejo de las cárceles. Le dió a los prisioneros facultad para que escribieran tantas cartas como quisieran. Estimaba Sims que la comunicación de los reos con el mundo exterior eleva sus ideales.

Comprendiendo Eytinge que había llegado a dominar el arte de escribir cartas, se dirigió a muchas casas comerciales ofreciéndoles escribir las cartas-circulares de sus departamentos de venta y redactar sus avisos. En poco tiempo el prisionero de Arizona se hizo famoso en este ramo y hoy día es considerado como una de las primeras autoridades en el arte de escribir avisos y cartas comerciales.

En esta labor ha ganado no sólo una gran fortuna, que ocupa en gran parte en regenerar a otros prisioneros, sino que también ha conquistado el aprecio de muchísimos hombres distinguidos de este país. Mantiene correspondencia con escritores y pensadores que no quieren recordar su pasado y sí su bello y su brillante porvenir.

Ahora ha entrado en el campo de literatura, estrenándose con un drama para la pantalla, el cual fué aceptado sin vacilaciones y con vivo entusiasmo por una de las compañías cinematográficas más grandes del país.

El estudio del estilo de Eytinge y de su modo de razonar es de utilidad para cualquier hombre. Su maestría en el uso de las palabras es maravillosa. Las cartas que él escribe tienen todo el vigor de su personalidad. Cada una de ellas es directa y convincente. Con el poder de una de sus cartas consiguió que un hombre, a quién el jamás había visto, una víctima consuetudinaria del alcohol, abandonara definitivamente la bebida y principiara a vivir una vida útil y eficiente. Por medio de otra carta que escribió a otro hombre, a quien tampoco había visto, logró conseguir para el reformado un empleo de diez mil dólares al año.

Sus libros, que tratan de la manera de escribir anuncios — que al fin y al cabo no son sino cartas para la multitud — lo han hecho famoso en el mundo entero.

El caso de Eytinge es la mejor prueba de lo que vale la voluntad.

He aquí un hombre que llegó a la penitenciaría de un Estado semidesierto condenado a prisión perpetua, en quien la tuberculosis había avanzado en tal forma que los médicos no le daban dos meses de vida. Sin embargo, este hombre, ahí, entre las paredes de su cárcel, sin amigos, sin parientes que lo quisieran ayudar, con escasísima instrucción previa, se propuso triunfar y triunfó.

Tancredo Pinochet.



GOYA. — Alumnas de la escuela graduada José E. Gómez, dirigida por la señorita Ana Palmira Viñón, rindiendo homenaje a la memoria del doctor José B. Zubiaur, en el 1.er aniversario de su muerte.

LA VIRULENCIA DE LA HIDROFOBIA

El siguiente caso demuestra hasta qué punto es activo el virus de la hidrofobia.

Hace algún tiempo fué muerto en Fontainebleau un perro hidrófobo perteneciente a un señor llamado Laufrise. El perro había mordido, entre otros objetos, un perro de pasta con que jugaba el hijo del señor Laufrise. Dos meses después, un criado llamado José Grisot tocó el juguete con un dedo herido, cayendo en seguida enfermo con todos los síntomas de hidrofobia, y muriendo a los tres días entre atroces dolores.

JURAMENTOS RAROS

Así como en nuestro país se jura ante los Santos Evangelios, o se promete por su honor, en los tribunales, en otros países se jura de forma muy distinta.

Los chinos juran retorciendo el pescuezo a un pollo o gallina y diciendo: "Si yo no digo la verdad, que los dioses me maten como yo mato esta ave".

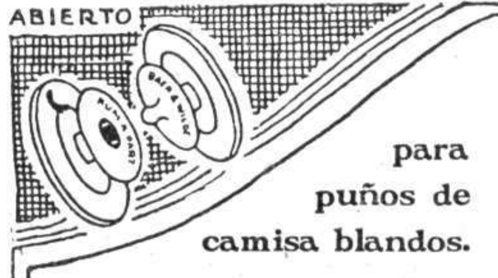
Los sacerdotes budistas dicen al jurar: "Si miento, arrojado sea al purgatorio y me vea condenado a llevar agua a través del fuego en un cesto de mimbre".

En Assan, el testigo aparece con una cuerda en la mano y dice: "Si mis palabras son falsas perezca con esto".

En Nueva Guinea juran por el sol llamándole para que los abrase si no dicen la verdad.

Muchos salvajes juran por las fieras por las cuales piden ser devorados si mienten en su declaración.





para puños de camisa blandos.

Hoy en día casi todos los hombres usan puños de camisa blandos.

Pronto usarán únicamente los botones apropiados, que son los KUM-A-PART.

Son de una comodidad absoluta. Ahorran tiempo y evitan enojosas demoras en abrochar y desabrochar los puños.

Las casas del ramo están preparadas para proveerle de KUM-A-PART.

Observe que en el reverso de cada botón esté grabada la marca KUM-A-PART.



KUM-A-PART

UFF BUTTON

Unico representante:

Will L. Smith, Inc.

Cangallo, 1175

Buenos Aires

CERRADO

Una botella Thermos



permite disponer a toda hora y en cualquier sitio de una bebida caliente o fría sin hielo, sin fuego, sin molestias, con sólo llenar y tapar el recipiente.

Son incalculables las ventajas y satisfacciones que una botella térmica prodiga en el hogar, en la pieza del enfermo, en la "nursery" así como a los amantes de los deportes y las excursiones al aire libre.

Gran surtido de modelos de 1 y ½ litro desde $ 2.50

Pida detalles y precios.

Casa Gesell - **Avenida de Mayo, 1431. Buenos Aires**





RELOJERIA Y JOYERIA LA "SUIZA-AMERICANA"

P. SEITLER

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 - Bs. AIRES

De Territorios



CALCUFU (Pampa Central). — **Comisión directiva de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos en el acto de la toma de posesión del terreno donado por la S. A. Estancias y C. Trenel a esta entidad.**

LOS DOBLES DE LOS SOBERANOS

Todos tenemos un doble, que en el argot policíaco conócese por "sosias", y constantemente nos cruzamos con alguien que se parece a algún personaje conocido.

Hubo un tal Herr Nitschke, deshollinador, que en cierta ocasión intervino en una función de aficionados, y el público, cuando salió a escena, aplaudió a rabiar, pues su parecido con el ex káiser Guillermo era tan grande que creyó la gente que el emperador, llevado por sus aficiones teatrales, se había dignado tomar parte en la escena.

El rey Eduardo de Inglaterra es sabido tenía su fiel retrato en su pariente el zar Nicolás de Rusia. En cierta ocasión, visitando una playa a la moda de Alemania, un sastre parecidísimo con él copió hasta el más nimio detalle su indumentaria y tocado, saliendo a la calle, donde, como es natural, produjo sensación. Al rey también se la produjo, pero de desagrado. Al día siguiente recibió la visita de un comisario, conminándole para que, o mudase de aspecto personal o cambiase de población. El sastre, orgulloso de su personalidad, profirió lo último.

Al presidente Faure ocurrióle encontrarse diversas veces con un sujeto tan parecido con él que desconcertaba a los presentes.

Estos parecidos, como se sabe, han sido explotados por algunos soberanos para evitar ciertos peligros que les amenazaban.

Un tal Sergio Komaroff fué asesinado por confundírsele con el zar Nicolás, y un servidor del sultán Abdul-Hamid II fué envenenado por los emisarios de unos revolucionarios armenios enviados para hacer desaparecer del mapa al sultán.

AGRICULTURA

FLORICULTURA

ABONOS PARA ROSALES

Todas las plantas cultivadas necesitan encontrar en el suelo los elementos suficientes en cantidad, proporción y estado de asimilación para su mejor desarrollo, y cuando por el cultivo continuado y la mermada producción es dable creer que el suelo tiende a perder su fertilidad natural, es indispensable restituírsela mediante la aplicación de abonos.

Los rosales, como que son arbustos perennes que florecen copiosamente y algunas variedades repetidas a veces, necesitan tierra abonada convenientemente; puede decirse que la abundancia, período de su floración, los tonos de sus colores y hasta la intensidad de su perfume depende en buena parte de la fertilidad del suelo, natural o adquirida.

Los rosales cultivados en plena tierra se abonan después de efectuada la plantación, regando el suelo abundantemente y cubriéndolo después con una capa de estiércol de establo, dispuesta alrededor de las plantas; esta capa de abono proteje las raíces durante el invierno y también durante el verano.

Pero además de esta abonadura inicial, los rosales requieren otras frecuentes y repetidas, especialmente en otoño y primavera, para los cuales pueden emplearse abonos orgánicos de origen animal; pero los más indicados y de más rápidos efectos son los abonos minerales o químicos, de los cuales anotamos algunas fórmulas aconsejadas por tratadistas autorizados y de mérito.

Para aplicarse en otoño: sulfato de potasio, 300 gramos; superfosfato de hueso, 300 gramos; sulfato de cal, 300 gramos, y ceniza de leña, 100 gramos; esta mezcla se aplica a razón de 100 a 200 gramos por planta, según su desarrollo vegetativo.

Para emplearse en primavera, al despertar la vegetación: superfosfato de hueso, 700 gramos; nitrato de soda, 250 gramos; sulfato de hierro, 50 gramos; de esta mezcla se emplean 50 gramos por metro cuadrado.

Estos abonos se esparcen superficialmente en el suelo y apenas se entierran con rastrillo o escardillo, regando después.

Otra fórmula adecuada para plantas adultas es la siguiente: nitrato de soda, 250 gramos; cloruro de potasa, 350 gramos, y superfosfato de cal, 400 gramos; se disuelven estas substancias en 100 litros de agua, cuando se apliquen a rosales en plena tierra, y en 150 litros para plantas en macetas, y se emplean con regadera a razón de 5 litros por planta, en el primer caso, y 2 litros en el segundo, respectivamente; se aplican en tres veces con intervalo de quince días entre una y otra y empezando desde agosto o septiembre en adelante, según la estación y el clima de la región. Empleando estas soluciones, se tratará de regar el suelo en torno a las plantas, cuidando de no bañar las hojas o flores, porque podría hacerles daño el líquido.

PLANTAS FRUTALES: EL AVELLANO

Es un arbusto provisto de ramas numerosas que crecen al pie, formando matas y que alcanzan de dos a cinco metros de altura.

Requiere clima templado, no muy frío ni ventoso, pues el viento molesta la fecundación de las flores; teme un poco las heladas; puede dar bien en las provincias del centro y en las andinas.

Numerosas especies y variedades de avellano se conocen, clasificadas por la forma de su fruto, por la dureza de su casco, por el color y consistencia de su almendra, por su precocidad; entre las variedades más recomendables por su fertilidad, rusticidad y producción, podemos anotar: de Argel, de Inglaterra, Piamonte, de España, Emperador, Fértil, Provenza, Trebisonda, Princesa real y Maravilla.

Se adapta a varias clases de suelo, pero prefiere los de mediana consistencia, frescos, profundos, algo calcáreos, con subsuelo más o menos análogo.

Se reproduce por semilla y por estaca; por semilla, estratificando las avellanas en arena, en cuanto se cosechan (su facultad germinativa no dura más de seis meses), sembrándolas en semillero, en primavera, en surcos distantes 30 centímetros uno de otro y transplantando las plantitas en viveros al año siguiente.

Por estaca o vástago es el método más usado y más rápido: las plantas madres, durante el invierno, se descalzan y se cubren después al pie con tierra suelta y mantillo; los vástagos que crecen, a los dos años se separan con sus raíces y se plantan en su lugar definitivo en «quincunce», a distancia de 4 a 6 metros.

Al año siguiente, a fines de invierno, se cortan las plantas cerca del suelo para provocar el crecimiento de nuevos vástagos; al tercer año de la plantación se suprimen las ramas o vástagos débiles o deformes y se dejan de siete a ocho de las mejores y más robustas; y en el año ya se puede empezar a recoger los primeros frutos, pues la producción solamente desarrolla sobre ramas de cuatro años; estas ramas siguen fructificando de cuatro a cinco años hasta que se agotan y producen poco; por lo cual débese preparar vástagos nuevos crecidos al pie de la mata para substituir los viejos agotados que se suprimen cortándolos.

Es así, con esta poda gradual y sucesiva, que se renueva el avellanar y se logra obtener de él una producción siempre mayor; ésta empieza a los cuatro años de la plantación, con 400 kilogramos de avellanas por hectárea; a los ocho a diez años puede alcanzar a mil y mil quinientos kilogramos, y a los quince o diez y seis años puede llegar, según algunos autores, de 4000 a 6000 kilogramos por hectárea; durando las plantas en condiciones normales de producción, hasta 60 ó 70 años.

Aunque no se pudiera obtener la producción máxima mencionada y solamente una regular de 2000 kilogramos por hectárea, siempre tendríamos un cultivo muy remunerador y de mercado seguro, pues de este fruto se han importado del exterior en algunos años hasta 200.000 kilogramos.

Las avellanas se comen frescas o secas, tostadas o confitadas; de la almendra se extrae hasta el 60 % de un aceite blanco, fino, de aplicaciones alimenticias e industriales.

UNA FORRAJERA PELIGROSA

Se nos consulta sobre la manera de destruir el pasto ruso (sorgo de Alepo) que invadió una chacra, y esto nos confirma por milésima vez los peligros que trae aparejado su cultivo, sin tener en cuenta en cada caso su cualidad característica preponderante: su gran poder invasor.

No hay duda de que este pasto es muy rústico, de fácil adaptación, de grandes rendimientos, alimenticio y adecuado para ensilaje; pero hay que recordar que sus raíces rastreras, sus gruesos y fuertes rizomas tienen un poder invasor tal, que cuando ha cubierto el terreno, no es fácil detenerlo en su marcha; en las provincias de Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba y otras, lo vimos cruzar alambrados e invadir chacras y alfalfares sin que el arado o el pisoteo de las haciendas lograran arrestar su libre difusión.

Y para detenerlo o sacarlo del suelo resulta bastante difícil; el arado, el rastrillo y la horquilla a veces no son suficientes para limpiar la tierra, de sus raíces, pues basta una yema, un brote, para que salga una planta. Por esto solamente es recomendable su siembra en tierras de escaso valor, médanos, bajos u otras donde no viene bien la alfalfa u otras forrajeras y también en zonas de secano; pero siempre, hay que cuidarlo y vigilarlo para que de buena o excelente forrajera que es, en ciertos casos, no se torne una plaga invasora y temible

HUGO MIATELLO
ING. AGRÓN.

De Territorios

JARDON (F. C. O). — Señores Gil, Negri y Rovira, que reintegran la comisión de fomento de la localidad, constituida recientemente, y de cuya acción se esperan diversas mejoras.



CATRILO (F. C. O.). — Grupo de colegas que obsequiaron con una sentida demostración a la señora Laura G. de Quiroga y al señor Rivero Paivoa, por sus respectivos ascensos en el magisterio.

CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). - Administración: Unión T. 2316 (Avenida).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR:	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año	40 »	Número atrasado del cte. año	50 »		

Para Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana y San Salvador .... Año, $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

Comentarios

— Un senador untuoso
hacía el entusiasta
elogio de las largas cabelleras.
Estuvo prodigioso.
Dijo primores y hasta
dijo algunas zonceras.
Tratando del cabello fué elocuente
de un modo extraordinario. De repente.
fijándose en Alvear, enmudeció.
— ¿Y por qué?
— No lo sé.
— Ni yo.
— Ni yo.

* * *

— La pseudo galantería,
que no es más que grosería,
se propone castigar
el jefe de policía
de una manera ejemplar.
— Yo, a las chicas, por ahí
las pienso llamar así:
sílfide, en lugar de prenda,
y, en vez de percanta, hurí.
Puede que alguna me entienda.

* * *



— El intendente me ha parecido
muy bien vestido.
Fíjese en él.
— Para los sastres, especialmente,
no hay intendente
como Noel.

* * *

— ¿Viste al ministro?
— ¡Cómo no!
"Hoy, con Alvear, hay que esperar".
Son las palabras de Marcó.
— ¿Las dijo bien?
— Las remarcó.
Nada tenemos que esperar.

* * *



— La sirvienta ¡pobrecilla!
canta de ese modo atroz
y me rompe la vajilla.
— La romperá con la voz.

— No hay escritor en el mundo.
que escriba cosas tan feas.
Especialista en ideas
del género nauseabundo,
ofende por su cinismo
y por su insolencia abruma.
— Bueno, ¿y por qué se perfuma?
— Para no olerse a sí mismo.

* * *

Cantilo, que es incansable,
a un pueblo va de visita,
almuerza con apetito
y, prosiguiendo su jira,
dice que almorzará en todos
los pueblos de la provincia.
Tiene bastante memoria
y, por eso, cierto día
hablando de Pago Triste
pudo afirmar en seguida:
— Tiene un camino muy malo
y una excelente cocina.

* * *



Le devolvió la liga que su amiga
le había regalado.
Le devolvió la liga,
a la que tanto quiso,
y hoy en día se siente "desligado"
de todo compromiso.

* * *

— Vea que Irigoyen mira con recelo
lo que don Marcelo
piensa y ejecuta.
— ¿Ya hay que acometer?
¡Si eso es lo que anhelo!
— Calle y no interprete
mal lo que le digo. Mientras lo respete
no hay nada que hacer.

* * *



— Piden empleos por vicio.
¿No tiene oficio?
— Señor,
yo no tengo más oficio
que el de regenerador.

MONOS DE REDONDO

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, cuentos, novelas y notas: Los patos economistas, por **Francisco Grandmontagne.** Canto a Andrade, por **Manuel L. Ugarteche.** Sala de niños, por **Enrique Méndez Calzada.** La asamblea de las sombras, por **Leopoldo Rodríguez Pujol.** Lo inefable, por **Alberto Hidalgo.** La leyenda del afilador, por **Félix Paredes.** Un precursor, por **Pablo Della Costa.** La torre de los siete jorobados, por **Emilio Carrere.** La mentira, por **Abraham Reisen.** Piedad, por **Herman Scheffaner.** El mercader de Jade, por **Max Danthendey.** Juan Francisco de las Medias Azules, por **Charles Nodier.** En la pensión, por **Luiggi Capuana.** La cadena rota, por **Harry Douglas.** Las carreras más productivas del siglo XX, por **Redondo.** Los aventureros de la fortuna, por **Santiago Fúster Castresoy.**